SAGA
EGMONT
El químico
escéptico
Angels Gimeno

SAGA
EGMONT
El químico
escéptico
Angels Gimeno

Angels Gimeno

El químico escéptico

Saga

El químico escéptico

Copyright © 2023 Angels Gimeno and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728539705

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Prólogo

Un secreter de caoba del ebanista inglés Sheraton guarda en un escondrijo secreto documentos que comprometen gravemente a un político ultraconservador español, poniendo de manifiesto sus amores culpables con una vedette del Paralelo barcelonés y las terribles consecuencias que tuvo ese romance que nadie conoce.

Dafne, la joven que se encarga de restaurar el valioso mueble, descubre accidentalmente esos documentos de los cuales su tía, una mujer sin escrúpulos, intenta sacar rendimiento sin importarle el riesgo de muerte que correrá la muchacha mientras ésta cae en los brazos de Oliver, su químico escéptico, un divorciado que detesta a las mujeres tras el fracaso de su matrimonio y que está dispuesto a utilizarlas simplemente como objeto de placer. Amante de las motos y la velocidad, el hombre sufrirá en propia carne las consecuencias de sus locas carreras que le llevarán del Mediterráneo a las selvas amazónicas.

Uno

La macabra y enorme silla de madera con reposabrazos, en el centro del entarimado e iluminada por el foco que incidía directamente sobre ella, despedía una especie de halo sobrecogedor y maligno que propiciaba el rechazo; era difícil que alguien sensible pudiera mirarla con una sonrisa divertida, esa sonrisa acababa deshaciéndose entre los labios con un regusto ácido.

Correas de cuero para inmovilizar el tórax, el cuello, correas para atar los brazos, las piernas, los tobillos... Dios, cuántas correas y qué sólidas parecían. Colgado del respaldo y unido a un cable que desaparecía en la pared que había detrás, una especie de casquete metálico.

Rodeando la vetusta silla eléctrica, otras sillas de tijera, dispuestas en círculo y ocupadas por unos cuarenta jóvenes que serían testigos de la ejecución. Dos hombres altos y fuertes como gorilas, vestidos con un uniforme azul marino y gorra de plato como si fueran policías, condujeron hasta la silla a un muchacho que se debatía y gritaba de forma espectacular. Los rostros de los supuestos agentes eran impenetrables, se movían con fría determinación y cada uno de sus gestos parecía cuidadosamente estudiado. Aunque el chico se resistió, les costó muy poco inmovilizar su cuerpo con las correas que eran muy anchas y tenían gruesas hebillas. Una correa más delgada ajustó su barbilla contra el respaldo de la terrible silla.

—Deberíamos rasurarle la coronilla para que el pelo no obstaculice el paso de la corriente eléctrica, pero como ya se está quedando calvo, pasaremos por alto ese trámite. Lo que sí haremos es afeitarle los tobillos...

—¡Eh, alto, alto, aparten de mí esa cuchilla...!

Como ya estaba atado con las correas, no le hicieron el más mínimo caso; subieron la pernera del pantalón tejano y con una gran cuchilla procedieron a afeitarle el vello oscuro de la pierna,

alrededor del tobillo.

El siguiente paso fue cubrirle la cabeza con un saco de tela negra, no tenía orificio alguno y el joven que iba a ser el actor principal en aquella ejecución se vio rodeado de una oscuridad húmeda y pegajosa. Los presentes enmudecieron, la escena estaba calando en ellos, sobre todo porque los gritos del reo ya no sonaban divertidos, gorgoteaba sonidos, palabras confusas bajo el saco negro y esas palabras estaban impregnadas de ansiedad. Su frente, todo su rostro, se había perlado de sudor, notaba su sabor salado mojando sus labios y deslizándose luego por el mentón.

—Esperemos que la energía eléctrica no falle en el momento adecuado, porque eso nos obligaría a suspender la ejecución —comentó uno de los agentes mientras procedía a ajustar el horrible casco metálico sobre la cabeza del reo. Previamente, a su tobillo rasurado, habían adherido algo que parecía una ventosa, debía ser un electrodo—. Claro que lo peor que podría ocurrir es que la electricidad venga floja, porque entonces sólo se nos achicharrará a medias. Con la esponja mojada que hay en este cubo intentaremos apagarlo si se nos incendia... Si entre los presentes hay alguien especialmente sensible, todavía está a tiempo de abandonar la sala, no queremos que nadie se ponga a vomitar. He de advertirles que el humo que se produce y el olor a carne quemada es francamente desagradable...

Algunas muchachas se removieron en sus asientos, inquietas a su pesar; otras se mordieron los labios, fascinadas por la escena que se desarrollaba en aquella especie de lóbrego almacén con paredes de obra vista semicubiertas por un hollín grasiento mezclado con esquirlas de metal despedidas por fresadoras, tornos o pulidoras; aquel recinto debía haber albergado antes un taller mecánico, las máquinas habían sido retiradas en su totalidad y cementado el suelo de nuevo, pero los muros conservaban toda su suciedad pegajosa y hasta parecía olerse aún la taladrina. La industria desplazada por el ocio en una ciudad que parecía condenada a divertirse, el azul de los monos de los mecánicos sustituido por el azul de los pantalones tejanos pegados a las caderas.

—Carlos López, de acuerdo con la ley de nuestro estado, ahora se te aplicará una descarga eléctrica que pondrá fin a tu vida... ¿Tienes

alguna última voluntad?

El reo fue incapaz de balbucir unas palabras audibles como respuesta, sólo una especie de maullido escapó por debajo de la bolsa negra. Algún chico, entre el público, rezongó:

—Que se la chupen...

Uno de los agentes, con expresión severa, gruñó:

—Los testigos deben guardar la debida compostura o serán desalojados del recinto de inmediato.

El otro policía se apartó del condenado que era incapaz de moverse, las ataduras eran demasiado sólidas, y se acercó a la pared de la derecha donde destacaba una reluciente palanca trifásica de enormes dimensiones.

Las luces del recinto bajaron espectacularmente de intensidad, los presentes se vieron inmersos casi en las tinieblas. Sólo la silla, sobre la tarima que apenas tendría un palmo de altura, permanecía iluminada por un foco de color ámbar. Un zumbido prolongado y extraño laceró sus oídos y semejó convulsionar sus pechos...

De la silla comenzaron a escapar pequeñas chispas y un humo denso y rojizo. Todo el cuerpo del reo se agitó. Sus músculos, pese a la inmovilidad a que le sometían las correas, se convulsionaron como movidos por una música diabólica. Un alarido que no parecía acabar nunca escapó de debajo de la bolsa negra y estremeció los espinazos de los presentes.

El tiempo semejó detenerse, nadie supo si todo había sido muy rápido o había durado una eternidad. El cuerpo del muchacho quedó quieto al fin y todas las luces se encendieron de golpe haciendo parpadear a los presentes, bruscamente deslumbrados.

Las notas vibrantes y ensordecedoras del “Rock de la prisión” pusieron el punto final a aquella ejecución en la silla eléctrica.

Los asistentes, puestos en pie, comenzaron a aplaudir rabiosamente. Los agentes vestidos de azul saludaron junto a la tarima como auténticos actores de teatro y se alejaron dejando el cuerpo del

muchacho atado en la silla.

—¡Eh, eh! ¿Es que no van a soltarme?

Ambos se volvieron hacia él con cara de perplejidad. Uno de ellos masculló:

—Parece que sigue vivo... Habrá que aplicarle una segunda descarga más fuerte...

Sin embargo, se acercaron a la silla y comenzaron a desabrochar las grandes hebillas para dejar libre el cuerpo del condenado.

—Chico, si quieres una segunda descarga, tendrás que pagar otra vez.

El tal Carlos López se levantó de la silla de un brinco, sus piernas temblaban, pero estaba ansioso de alejarse corriendo; la descarga en la silla eléctrica, las sensaciones que pretendían remedar las que sufren los ejecutados mediante un multiplicador de vibraciones, le habían parecido menos divertidas de lo que esperaba.

Varias chicas le rodearon y le besaron entre gritos, como si realmente fuera un resucitado, a él poco a poco se le pasó el susto y entre chanzas y bromas, todos abandonaron aquel anexo de la discoteca “La Sartén por el mango” y entraron en el recinto principal donde una masa de jóvenes de ambos sexos, inmunes a la fatiga y con una energía digna de mejor causa, se contorsionaban bajo la demoledora música máquina.

—¡Ha sido genial! ¿No te parece, Dafne?

Dafne apenas dibujó una sonrisa al comentario de su amiga Pilar, el espectáculo que acababa de presenciar le parecía de absoluto mal gusto, pero prefirió no expresar su opinión en voz alta.

—Me pregunto qué hacemos aquí. Si pegáramos la oreja al motor de una excavadora sería una música más agradable.

—Jo, pareces la más carroza del grupo aunque seas la más joven...

—¿No te das cuenta de que todos estos chicos que se mueven como

si los estuviera mordiendo un alacrán ya son de otra generación? Nosotras tres ya hemos saltado la barrera de los treinta y esta discoteca es para gente mucho más joven, todos deben tener veinte años a lo sumo.

Martina y Pilar rezongaron protestonas, pero la evidencia acabó imponiéndose y a la vista de la fauna que las rodeaba, no tardaron demasiado tiempo en abandonar la ruidosa y destartalada discoteca ubicada en un polígono industrial a las afueras de Hospitalet; allí nada tenían que hacer, ellas ya no encajaban en aquel ambiente tan juvenil.

Se metieron en el flamante Peugeot 306 de color azul propiedad de Pilar que aguardaba en el aparcamiento y la chica, antes de accionar la llave de contacto, se volvió hacia sus dos amigas para preguntar:

—¿Qué hacemos ahora, adónde vamos? ¿Es que otra noche del viernes voy a pasármela en blanco?

—Tú eres la guía, tú verás a donde nos llevas, pero que sea a un sitio donde haya tíos con una edad más parecida a la nuestra y una música que no perfore los tímpanos.

—Mira, los tíos de nuestra edad ya están todos ocupados. Si encontramos alguno libre será un divorciado y esos están tan resabiados que no hay manera de cazarlos, lo máximo que les sacas es un quiqui y luego pasan de ti como si fueras un klínex usado.

—Oyéndoos hablar, ya me veo ligando en un club para usuarios de la tercera edad —se lamentó Martina, que tenía una especial mala suerte con los novios. Era rubia y un poco bobalicona, pero tenía un carácter dulce y sumiso y siempre estaba dispuesta a alabar las virtudes de sus compañeros y a decirles lo guapos e inteligentes que eran. Tenía ya treinta y tres años, había convivido en diversas ocasiones con hombres, pero éstos acababan largándose siempre, a lo sumo le duraban un par de meses, y nadie lo entendía, porque Martina era una cocinera excelente que disfrutaba elaborando platos sofisticados, pero los tipos no aguantaban a su lado ni con el soborno de los sabrosos platillos. Trabajaba en una gestoría y se pasaba la vida haciendo cosas que enriquecían tanto el espíritu y la

creatividad como declaraciones de renta de las personas físicas, impuestos de sociedades y declaraciones de IVA. Posiblemente es que acababa hablando a sus ligues de asuntos de su trabajo y eran temas tan poco sugestivos que los pobres no podían soportarlo y preferían huir antes que suicidarse.

—Si os parece, podríamos ir a una discoteca que nos queda cerca, está en Castelldefels y tocan música cubana, a lo mejor allí hay tipos más adecuados para nosotras —propuso Pilar—. Hemos de animarnos un poco o acabaremos con la llorera, sentadas sobre la arena de la playa y contándonos nuestras tragedias, lo cual resulta de lo más aburrido, porque nos las hemos repetido un montón de veces y las sabemos de memoria.

Pilar iba a cumplir treinta y dos años, morena de cabello y de piel, era lo que los hombres podían llamar una real hembra de carnes algo opulentas pese a que la pobrecilla se pasaba la vida probando un régimen alimenticio tras otro, siempre estaba con más hambre que un judío en Auschwitz, pero no había manera de rebajar las "cartucheras" salvo que utilizara un cuchillo jamonero.

—Por mi parte, de acuerdo. ¿Qué dices tú, Martina?

La chica rubia se encogió de hombros y frunció los labios, lo cual significaba que estaba de acuerdo.

Dafne acababa de cumplir treinta años. Ella tenía la suerte de estar delgada, aunque no en exceso, pues sus formas femeninas se realzaban con nitidez describiendo curvas muy atractivas. Era frugal en sus comidas y bastante activa por lo que no tenía problemas de sobrepeso. Tenía los ojos grandes, de pupilas doradas y el cabello, ligeramente más oscuro, lacio y con una melena que le llegaba por debajo de la nuca. Un ligero moldeado de peluquería le daba volumen y rizaba sus puntas hacia afuera. El flequillo, hábilmente desfilado a tijera, ocultaba parcialmente las cejas y dulcificaba la expresión general del rostro que resultaba casi aniñado.

Pilar puso en marcha su coche con una gran delicadeza, hacía sólo quince días que el distribuidor se lo había entregado y su pintura azul estaba tan brillante que mirarlo irritaba los ojos. Ella lo mimaba más que si fuera un caniche, aquel coche la compensaba un

poco de sus frustraciones amorosas y lo limpiaba y acariciaba como si fuera un ser vivo. Tenía artritis en la muñeca de firmar tantas Letras para pagarlo, pero pensaba que su cuerpo se merecía aquel capricho ya que, por el momento, estaba en el paro de otras sensaciones más fuertes. Además, cuando conducía, se olvidaba del hambre que siempre la agobiaba y ya no pensaba tanto en pastelillos de nata y chocolate recubiertos de yema quemada y adornados con cerezas confitadas.

Aparcaron en el estacionamiento del amplio recinto y tras abonar la entrada, las tres mujeres se vieron dentro del local, mucho más convencional y repleto de bailarines de una edad más similar e, incluso, superior a la suya. Cerca había un camping y parejas con cara de ser matrimonios habían optado también por mover el esqueleto al ritmo del chachachá, el mambo o el son. En aquel momento, las conocidísimas notas de "La Guantanamera" de Joseíto Fernández vibraban con tanta vitalidad que no parecía que fuera una pieza compuesta setenta años atrás.

"Yo soy un hombre sincero, de donde crece la palma, y antes de morirme quiero, echar mis versos del alma...", cantaba a pleno pulmón el vocalista sobre el escenario mientras tres *gogós* mulatas no cesaban de moverse con una energía que parecía infinita e inagotable, incitando a todo el mundo a emularlas.

Las tres amigas se echaron a la pista y comenzaron a ondular sus cuerpos dejándolos a merced de los ritmos caribeños, y estuvieron bailando una pieza tras otra hasta que, agotadas y sudorosas, decidieron marcharse; ellas no tomaban ningún tipo de drogas de diseño, éxtasis o *speed*, por lo tanto, eran capaces de sentir fatiga, no eran como los chicos de "La Sartén por el mango" que podían llegar a consumir hasta diez pastillas en las rutas de fin de semana. Aquella noche tampoco hubo suerte, no "ligaron" con ningún tipo aceptable, porque los que más o menos se acercaron a ellas les parecieron tan poco atractivos que los desestimaron, aquel viernes su listón aún estaba bastante alto.

Con chistes y comentarios jocosos que disimulaban una ligera decepción, subieron de nuevo a bordo del Peugeot 306, dispuestas a regresar a Barcelona.

La autovía de Castelldefels no iba demasiado cargada de tráfico, rodaban a buena velocidad y el aire perfumado con la sal del mar y la savia de los pinos penetraba por las ventanillas abiertas del vehículo. Dafne, en el asiento delantero, sentía como el viento enfriaba su rostro y agitaba su cabello, y aquella sensación le pareció lo más agradable de la noche de aquel viernes absolutamente olvidable.

Las tres eran solteras, libres e independientes, trabajaban, podían mantenerse a sí mismas e incluso permitirse algún capricho como había hecho Pilar comprándose el coche nuevo. Alardeaban de poder disfrutar cómo y cuándo querían, pero sus grandes diversiones solían acabar como aquel viernes: regresando a sus respectivas casas un poquito frustradas y quizás, un poquito más solas. No obstante, a la semana siguiente volverían a hacer planes y acudirían a cualquier otro lugar de ocio dispuestas a arrasar, porque si se quedaban encerradas en sus casas, era infinitamente peor.

Pilar dejó a sus amigas ante sus respectivas viviendas y las tres se despidieron con besos en las mejillas y prometiéndose que a la siguiente vez que salieran, seguro que conocerían a hombres amables y encantadores que caerían rendidos bajo sus encantos, porque aquella noche sólo se habían topado con imbéciles.

Ya a solas, Dafne pudo relajar las mandíbulas, borró su sonrisa antes de que se convirtiera en mueca y un ligero velo de tristeza cubrió sus facciones. Franqueó la puerta del piso con el llavín y se vio rodeada de oscuridad. Se quitó los zapatos para que el ruido de los tacones no rompiera el silencio y entró en la cocina. De la nevera sacó un zumo de naranja y bebió tratando de mitigar su sed, una sed que no era sólo física. No quiso comprobar si en el contestador había quedado grabado algún mensaje telefónico y no lo hizo porque, salvo su abuela, no había nadie que pudiera llamarla.

Vivía sola en un piso alquilado con muebles en el Ensanche, era un edificio viejo y el piso, de reducidas dimensiones, sólo tenía un dormitorio. Disponía de un balcón soleado que daba a la calle y a ella le encantaba acodarse a él y ver cómo la vida discurría a sus pies, por la amplia acera o rodando sobre el asfalto de la calzada.

A sus dieciocho años había vivido un amor intenso e ingenuo, el primero, el que deja una huella perenne en la memoria. Desde entonces y a pesar de los doce años transcurridos, ninguna otra pasión había alterado su pulso. Había tenido contactos esporádicos y superficiales con diversos hombres, relaciones que no cristalizaron en nada profundo, fundamentalmente porque ella las había cortado cuando se daba cuenta de que podían desembocar en algo más íntimo y comprometido.

Martina, que se las daba de psicóloga (había estudiado un par de cursos de la carrera, pero lo había dejado porque la cosecha de suspensos se le antojó excesiva), aseguraba que Dafne sufría, precisamente, "el complejo de Dafne", que consistía en el miedo que algunas jóvenes sienten ante el sexo y la sexualidad y cuyas raíces deben buscarse en motivaciones educativas y sociales. Dafne, algo molesta, solía replicarle que, si era tan buena psicóloga, ¿por qué escogía tan mal a sus novios? Y Martina, que ya tenía la respuesta preparada, le soltaba que los tipos que te atraen no suelen ser los que te convienen, que la relación con los hombres estaba condicionada por las dichosas hormonas. De lo contrario, ¿cómo se explicaba que hubiera hombres que sólo con mirarlos te dejaran la boca seca, los pezones enhiestos y las rodillas trémulas y en cambio, ante otros, permanecieras fría e indiferente y tuvieras que disimular los bostezos?

Lo cierto es que Dafne se protegía y encerraba en la concha de un pasado que idealizaba. La melancolía casi le producía un placer morboso pese a que tenía buen cuidado de no exteriorizarlo, procuraba mostrarse siempre alegre y desenfadada, secundaba las bromas y no escatimaba las risas. La tristeza suscitaba un rechazo inmediato, era como una enfermedad que podía contagiarse y había que disimularla para mantener las amistades.

Sí, habían pasado doce largos años, pero las intensas sensaciones de su amor por Juan Antonio no se habían disipado aún, ni la propia muerte había podido arrastrarlas consigo.

Recordaba los largos paseos con él, sus besos, las caricias que no se habían regateado y que, pese a ser inexpertas, de amantes principiantes, eran tan nuevas y desconocidas que su efecto era demoledor sobre unos sentidos que despertaban a la vida amorosa.

Se conocieron en Salou, la localidad turística de la Costa Daurada, frecuentada por tantos jóvenes venidos de los más dispares lugares de España y del resto de Europa. En sus playas, en sus calles y avenidas sombreadas por palmeras, se había fusionado Europa mucho antes de que los políticos lo decidieran firmando complicados protocolos de anexión.

Juan Antonio vivía en Bonavista, un barrio de la periferia de Tarragona que si tenía algo peculiar, era las fachadas de sus casas bajas, en su mayor parte cubiertas de azulejos de dudoso gusto, y calles con números en lugar de nombres, como en Manhattan, pero sin rascacielos y sin Wall Street. Sus padres habían venido del Sur y él era muy guapo, extrovertido y un poco fanfarrón. Sus grandes ojos negros despedían chiribitas, como decían en su tierra.

Trabajaba en los laboratorios de una empresa del polígono químico y, para divertirse, siempre recalaba en Salou a bordo de una motocicleta que, según sus propias palabras, era la más molona de su barrio, su segunda novia después de Dafne, a la que conoció un caluroso anochecer mientras ambos hacían cola para subir a la noria del pequeño parque de atracciones junto al club marítimo.

Fue un amor a primera vista, se enamoraron suspendidos en el aire, sentados en la vagoneta de la altísima noria, con los pies apoyados en el vacío al borde de un mar que brillaba, y ya no se separaron hasta aquella aciaga noche...

A bordo de la motocicleta, Juan Antonio la devolvió al pequeño pueblo de interior donde Dafne se alojaba, en casa de la abuela Cinta. Se despidieron como solían hacerlo y Juan Antonio se alejó a horcajadas sobre su “burra”, llevando en los labios el sabor y la felicidad de un último beso de amor.

Dos días más tarde y a través de un amigo común, Dafne supo que se había quedado viuda sin dejar de ser virgen.

Juan Antonio habría hecho uno de sus habituales alardes y salió despedido de la motocicleta, de la vida. El terrible golpe le partió el cráneo y pasó a ser inquilino del más allá sin apenas haber tenido tiempo de saborear el más acá.

Cuando la muchacha acudió al tanatorio, apenas alcanzó a ver el rostro exangüe y lejano del amado, casi irreconocible en la blanca laxitud de la muerte. Aislado tras el cristal, como si ya fuera un *alien*, yacía inmóvil en aquella especie de terrario a baja temperatura.

Dafne no conocía a los familiares de Juan Antonio, ella no era más que una extraña, una perfecta desconocida a la que nadie se molestó en saludar y mucho menos consolar.

Amaba profundamente a aquel muchacho, ambos habían compartido las postreras caricias, seguro que él aún conservaba en los labios el sabor de sus besos y se lo llevaba consigo como única vitualla en el viaje sin retorno, pero la joven no tenía entidad ni importancia alguna en el duelo familiar, apenas era una sombra silenciosa, todo el protagonismo lo acaparaba la madre del muchacho muerto que, sentada en el sofá de tela oscura, con los brazos abiertos, como si estuviera crucificada, brazos que asían otras dos mujeres, nadie sabía si era para impedirle escapar, a intervalos soltaba gritos y alaridos desgarradores con los que ponía de manifiesto la pena tan grande que la embargaba. ¿Cómo Dios podía haberla castigado de forma tan terrible matando al hijo de sus entrañas? Si no se arrancaba el cabello a mechones, poco le faltaba.

Infinidad de ramos y coronas de flores, familiares y amigos se habían volcado en exteriorizar su condolencia pese a que la tragedia era casi habitual y cotidiana.

Cuántos jóvenes perecían víctimas de accidentes de tráfico que se los iban llevando como una guerra no declarada, con cifras regulares que se cumplían inexorables y matemáticas, como si el azar apenas participara en la tragedia, cuerpos llenos de vida que el fin de semana segaba como una guadaña y cuyos órganos eran esperados con ansiedad por las unidades de trasplante de los hospitales, una muerte apañaba una vida.

El olor de tantas flores descomponiéndose rápidamente en el caluroso y húmedo agosto era tan intenso que se convertía en nauseabundo y llegó a producirle náuseas, Dafne pasó mucho tiempo sin poder entrar en una floristería; la acumulación de flores cortadas le recordaba la fragancia de la muerte.

Los empleados de la funeraria tardaron poco en cerrar la tapa del féretro, lo sacaron del tanatorio y lo condujeron a la capilla donde un sacerdote que en vida nunca le había visto el pelo por su parroquia, ensalzó las profundas virtudes cristianas del joven fallecido.

La madre y otras parientes de Juan Antonio no interrumpían sus llantos desgarrados mientras los miembros varones de la familia se mantenían taciturnos o profundamente conmovidos, sin permitir que ninguna lágrima escapara de sus ojos, llorar no era cosa de hombres.

Arrinconada en una de las últimas hileras de bancos, Dafne tampoco se permitió el alivio de las lágrimas. Se sentía culpable de aquella muerte. Juan Antonio había sufrido el accidente por acompañarla al pueblo donde residía, ella había sido el pretexto del que la muerte se había servido para poder atrapar entre sus garras a aquel joven alegre y extrovertido que había estado dispuesto a comerse el mundo, pero el mundo se había anticipado devorándole a él.

Inmersa en un desolado estupor, la joven regresó a la casa de la abuela.

Se tendió en la cama y en ella permaneció una semana, sin comer, tomando solamente unas tisanas muy azucaradas que la anciana le suministraba y que la sumían en una profunda somnolencia que le impedía pensar y mitigaba el sufrimiento; seguía sin derramar una lágrima. Cuando al fin abandonó el lecho, su cuerpo había perdido varios kilos de peso y su cara, los perfiles suaves y redondeados de la adolescencia; era ya el rostro de una mujer.

Dos

La madera conservaba siempre algo vivo, su contacto transmitía un calor muy tenue a la piel, acariciarla semejaba mitigar parte de la inquietud, neutralizaba vibraciones negativas y casi envolvía con su ligerísimo perfume vegetal.

Dafne se entregaba con especial placer a la tarea de restaurar alguna de aquellas escogidas y selectas piezas que formaban parte del «Rincón del Sibarita», muebles de estilo que llegaban a manos de tía Julia procedentes de desahucios, embargos, o que eran puestos a la venta por herederos que no deseaban conservarlos en su poder y preferían su valor en dinero contante y sonante.

Aquel *bureau* era una auténtica preciosidad. Por los comentarios que había oído, procedía de la casa de Perla de Oriente, una mujer fallecida no hacía demasiado tiempo y cuyo nombre, años atrás, en la época en que el Paralelo barcelonés lucía con todo su esplendor pretendiendo ser una réplica del Broadway neoyorkino, había sido escrito con luces de neón abarcando toda la fachada de un teatro de music-hall.

Había sido una vedette bellísima, sus largas piernas, sus abultados pechos en una época en que las prótesis de silicona eran impensables, habían perturbado el sueño de no pocos hombres que la convertían en la musa de sus húmedos delirios eróticos.

Dafne, por su edad, no había conocido la época de esplendor de Perla de Oriente, pero su tía Julia se había entretenido en informarla; la procedencia de aquel mueble aumentaba su valor dejando al margen la calidad intrínseca del mismo y por lo tanto, ella debía estar enterada por si necesitaba ensalzarlo delante de algún cliente caprichoso.

El *bureau*, de caoba pardo rojiza, era una pieza surgida de las manos del ebanista inglés Sheraton o de alguno de sus discípulos. Se la databa en el 1802 y pese a su apariencia frágil y ligera, tenía una

construcción verdaderamente sólida y selecta dentro del estilo imperio.

Prácticamente no había nada que restaurar, la valiosa madera tropical era inmune a los insectos xilófagos. Dafne se limitó a acariciarla con la gamuza húmeda para limpiarla de todo resto de polvo y grasa. Con unas bolitas de algodón colocadas al extremo de palillos e impregnadas en un líquido restaurador, fue resiguiendo cuidadosamente las molduras para dejarlas el máximo de limpias. La operación posterior consistiría en nutrir la madera con ceras de carnauba brasileña y un vigoroso pulido final permitiría que el mueble brillara con toda su belleza original.

De buena gana, Dafne se hubiera llevado aquel secreter a su dormitorio particular, siempre la habían atraído especialmente aquel tipo de escritorios llenos de cajoncitos y con una puerta deslizante que permitía ocultar todo su contenido, pero su tía no era una mujer precisamente generosa y no iba a hacerle ninguna rebaja sustancial, por lo que era impensable que ella pudiera comprar nunca un mueble de aquella categoría.

Dafne sabía que el ebanista Sheraton había sido especialmente ingenioso en la construcción de muebles convertibles, pupitres con gavetas ocultas y mesas con infinidad de escondrijos secretos. Él se había nutrido con las ideas de Hepplewhite y los diseñadores franceses, pero había creado su propio y peculiar estilo. Seguro que, aparte de los cajones y estantes accesibles, aquel mueble ocultaba algún departamento camuflado que sólo su antigua dueña conocería.

Se entretuvo resiguiendo con las puntas de los dedos las deliciosas chambranas que orlaban las puertas, parecía querer impregnar la madera con su propio calor, casi seducirla para que le revelara sus secretos celosamente guardados.

Tuvo que interrumpir su tarea, una llamada por el interfono le advirtió que su tía necesitaba verla en la planta. Se lavó las manos, se sacó el guardapolvo y con un ligero suspiro, abandonó la dependencia donde se entretenía en acondicionar y pulir aquellas selectas piezas de coleccionista.

Tomó el ascensor y bajó a la primera planta, allí se recibía a los clientes y tras unas mamparas de cristal que la aislaban, estaba la oficina. Su prima Gloria estaba delante del ordenador dando golpes al teclado.

—Se me ha bloqueado el maldito programa de las facturas... ¿Eres capaz de recomponerlo?

—Lo intentaré...

Dafne ocupó el asiento de su prima y tras un breve tecleo, logró restaurar la operatividad del programa. Gloria esbozó un mohín que era casi de disgusto y no se molestó en darle las gracias.

Dafne se volvió hacia su tía Julia.

—¿Me necesitabas?

—Sí, bueno, lo primero era que le arreglaras el ordenador a Gloria, ese maldito programa siempre hace de las suyas. ¿Cómo has visto el secreter recién comprado?

—Está prácticamente perfecto, la caoba es excelente, pero además debía estar en una casa con el grado de humedad justa y protegido del sol, porque no hay ni que restaurar el barniz.

—Algún amante de Perla de Oriente se lo regalaría, ese escritorio es un auténtico capricho. He tenido una suerte bárbara, lo ha heredado un sobrino que no tiene ni pajolera idea de lo que vale y me lo ha vendido casi a precio de saldo, habrá pensado que es un trasto viejo, el muy bruto.

—Es terrible pensar que objetos que apreciamos especialmente puedan pasar a manos de alguien que no es consciente de su valor y acaba tirándolos a un contenedor.

—Sí, hay que estar siempre ojo avizor para que no ocurran semejantes catástrofes. Estoy segura de que obtendré una buena ganancia con la venta de ese mueble. Bueno, como el ordenador ya está arreglado, puedes volver arriba; cuanto antes podamos poner a la venta el *bureau* de Perla de Oriente, mejor, claro que aunque tarde en venderlo tampoco me importará, porque seguro que su

valor aumenta con el tiempo.

Dafne volvió al ascensor y subió las cinco plantas que la separaban del ático de aquel edificio dedicado íntegramente a la venta de muebles y objetos de decoración. Disponían incluso de un amplio muestrario de cortinajes y tapicerías y se ocupaban de su instalación y confección. Cualquier cosa que un hogar necesitara para hacerlo más cómodo y agradable podía encontrarse en “Hogar Siglo XX”, una empresa ya veterana y que gozaba de cierto prestigio en la ciudad. Su tía Julia se había casado con el propietario de la misma, un hombre que le llevaba bastantes años y que se había muerto justo a tiempo para no incordiarla demasiado con sus achaques seniles, dejándola heredera de todo. Por contra, Dafne era la pariente pobre que debía estar agradecida porque la dejaran trabajar allí y que lo mismo estaba para un cosido que para un barrido.

Ayudaba a su prima en las tareas administrativas, atendía a cualquier cliente que se presentara en la tienda y en los ratos que le quedaban libres, se ocupaba de restaurar algunas antigüedades que su tía adquiría y que exhibía en la planta ático, en lo que llamaban el “Rincón del Sibarita”. Eran piezas escogidas y no demasiado grandes, aptas para decorar un piso de la ciudad que no solía tener un exceso de metros cuadrados. Nunca faltaban clientes con sólidas economías que estaban ansiosos de adquirir ese mueble único y especial que venía del pasado con toda su pátina emocional y que ya era imposible fabricar en nuestros tiempos pese a todos los avances de la técnica. Siguió con su tarea. Revisó concienzudamente el mueble para comprobar que no quedara ningún arañazo sin restaurar y lo desplazó para poder meterse por detrás e inspeccionar su parte trasera. Era muy pesado, pero previamente un empleado había colocado unos fieltros bajo las patas y logró moverlo. Inspeccionó uno por uno todos los cajoncillos y estantes sin lograr descubrir ninguno de aquellos compartimientos secretos que se atribuían a los muebles de Sheraton.

El tirador de bronce con botoncillo de marfil de uno de los cajones le pareció algo flojo y le dio varias vueltas hasta que notó la rosca suficientemente fuerte. La luz del atardecer, en brusco descenso, le

alertó de lo avanzado de la hora.

Consultó su reloj y decidió que ya era hora de marcharse; se pasaba la vida en aquel edificio y ya estaba bien por aquella jornada, al día siguiente continuaría con la restauración salvo que su tía estimara que había otra tarea más urgente que hacer. Se dirigió al pequeño apartamento en el que vivía en completa soledad.

De su padre no sabía si estaba vivo o muerto; había abandonado a su madre antes de que ella naciera y ésta también había rehecho su vida con otro hombre. La hija representaba un estorbo en la nueva relación y acabó en manos de la abuela materna que se ocupó de cuidarla y educarla a su estilo. Cinta vivía en un pueblo del interior de Tarragona, en una especie de masía en la que había transcurrido la infancia de Dafne. Esta no había echado nunca en falta a sus padres, la abuela lo había sido todo para ella y estaban unidas por fuertes vínculos que iban más allá del parentesco. Cuando la muchacha había pasado por situaciones especialmente penosas o difíciles, se había refugiado en la casa de la abuela que siempre la acogía con los brazos abiertos. Estaban en contacto casi permanente. Aunque las separaban bastantes kilómetros de distancia, la comunicación telefónica les permitía transmitirse sus mutuas inquietudes. Y no sólo estaba el teléfono, Dafne era consciente de que algo que podía ser un nexo telepático, la unía constantemente con la abuela Cinta; si la joven sufría o tenía algún problema, la abuela no tardaba en llamarla para preguntarle qué le pasaba. Lo cierto es que Cinta era una persona especial, con una sensibilidad distinta al común de los mortales, casi una bruja como algunos comentaban en voz baja, pero la anciana se encogía de hombros y pasaba olímpicamente de aquellas opiniones, porque también eran muchos los vecinos que acudían a consultarla y a pedirle ayuda cuando tenían problemas.

Cuando Dafne acabó sus estudios, tía Julia, que era prima de su padre, le ofreció aquel empleo en la enorme tienda y la muchacha aceptó. Llevaba ya un montón de años allí y se conocía bien todos los entresijos de aquel negocio familiar. El sueldo no era ninguna maravilla, pero, por contra, el trabajo le gustaba y era bastante variado, pues lo mismo atendía a una pareja de novios que iba en busca de los muebles para su futuro hogar que hacía gestiones en

los Bancos o supervisaba la tarea final de los operarios montadores, era una especie de comodín en el “Hogar”. Pero, como su tía iba de rica y si los ricos se mostraran generosos, corrían el peligro de dejar de serlo, no la compensaba económicamente como sería justo y Dafne siempre tenía que hacer equilibrios para llegar a fin de mes.

Tía Julia estaba irritada y no se molestaba en disimularlo, como no había ningún cliente a aquella primera hora de la mañana, se despachó soltando unos cuantos insultos contra el cliente moroso.

—Ya es la quinta Letra que el Banco me devuelve de ese hijo de puta. Ayer por la noche le llamé por teléfono, no ha sido fácil localizarle porque nunca está en casa y le solté todo lo que pienso de él. Le dije que voy a llevar todas sus letras protestadas al abogado para que las ejecuten y le embarguen hasta los calzoncillos. Tuvo la caradura de echarse a reír y me replicó que haga lo que prefiera, pero que no tiene dinero para pagarlas. ¿Y sabes que me sugirió? Que pasemos a recoger todos los muebles, que le da lo mismo que nos los llevemos... Parece que está en trámites de divorcio o algo así.

Gloria y Dafne asistían en silencio al episodio de rabia de la tía que tampoco era nuevo, porque más de una vez se habían encontrado con clientes que no querían o no podían pagar, y por experiencia sabían que reclamar una deuda por la vía legal era de lo más arduo, costoso y dilatado en el tiempo y el éxito final nunca estaba asegurado.

Dafne opinó:

—Pues, quizás no sería tan mala idea, si los muebles están en buenas condiciones pueden volver a venderse a otro cliente después de repasarlos y todo el perjuicio que eso te ocasione, quedaría compensado por las letras que ese cliente ya ha pagado.

—Sí, eso mismo he pensado yo, porque si pongo el asunto en manos de mi abogado, el muy cabrito, ya va a darme un buen mordisco de entrada con la provisión de fondos. Más o menos eso acordamos anoche ese tipo y yo, pero antes de tomar una decisión definitiva, necesito saber que los muebles están en perfectas condiciones, ya

sabes que algunas mujeres histéricas la emprenden a patadas contra las puertas y algunas quedan hechas un asco. Esta misma mañana, tú, Dafne, pasarás a comprobar en qué forma se encuentra todo, es un salón comedor completo, un dormitorio de matrimonio y un recibidor, son muebles de diseño súper moderno y bastante caros, por cierto.

—Seguro que estarán bien, tía, no hace demasiado tiempo que los compraron.

—Fede, el montador, te acompañará. Si todo está correcto, Fede ya puede empezar a desmontar puertas y estantes, cuanto antes acabemos con este asunto, mejor. He quedado con ese hijo de puta que a las nueve pasaréis por el piso, él se ha puesto a chillar porque dice que ha de llegar tarde a su trabajo por atenderos, pero ha acabado aceptando. Os dejará las llaves del piso para que hagáis el trabajo y luego pasará a recogerlas por aquí. Toma, llévate copia de la factura de ese pedido, no os vayáis a descuidar algo, porque ese sinvergüenza es muy capaz de escamotearnos algún mueble. Aquí están todos los datos del moroso, su dirección y el teléfono, se llama Oliver Climent y vive en la calle Muntaner número..., queda cerca de aquí. El encargo lo hizo su mujer, una tal Bibí Sesma, pero la factura está a nombre de él y además, fue él quien aceptó las letras de pago.

Dafne no tardó en verse a bordo de la pequeña furgoneta Seat Inca acompañada por Fede, el más veterano de los montadores, un auténtico “manitas” que utilizaba el destornillador manual con más delicadeza que el doctor Christiaan Barnard su bisturí.

El moroso en cuestión les estaba esperando en su piso de la calle Muntaner, un edificio que tendría más de cincuenta años, pero de apariencia sólida, mansardas de pizarra al estilo parisino en la fachada y cierta elegancia clásica.

La expresión de su rostro era cualquier cosa menos simpática y amable. En su mano sostenía un casco de motorista al que no cesaba de dar vueltas para evidenciar su impaciencia. Sus piernas recias, enfundadas en un ajustado pantalón tejano, estaban ligeramente abiertas, se balanceaba sobre ellas y su actitud era un poco desafiante y agresiva. Dafne pensó que tenía un ligero

parecido con Kevin Costner.

—¿Se creen ustedes que no tengo nada mejor que hacer que esperarles? —Su voz grave sonaba profundamente irritada.

Dafne le respondió tratando de mantener la calma.

—Hemos venido con mucha más prisa de la que usted se ha dado en pagar esas letras que el Banco ha devuelto.

—Mire, señorita, no estoy dispuesto a aguantar más estupideces, con oír a su tía ayer ya tuve bastante. Aquí tiene las llaves del piso, la hago a usted responsable directa de ellas.

Dafne sacó una tarjetita del bolsillo de su chaqueta en la que constaba su propio nombre y el de la tienda. Recordando las sabias recomendaciones de su amiga Pilar, con el bolígrafo anotó también su número de teléfono particular y después le alargó la tarjeta. “Cuando te veas ante un tipo que te parezca atractivo, busca cualquier pretexto para darle tu teléfono, dale facilidades porque los hombres acaban llamando al primer número que encuentran.”—Soy Dafne Marés. Le he anotado mi teléfono particular por si necesitara recuperar sus llaves durante las horas en que la tienda está cerrada.

—No hará falta. —Sin embargo, con un gesto casi mecánico, Oliver se guardó la tarjeta en el bolsillo superior de su cazadora tejana que se cerraba con un remache—. Llévense esos malditos muebles de una vez y olvídenme. Yo ya he estado sacando mis libros, vacíen ustedes mismos lo que falta y procuren ser cuidadosos, no rompan nada, no me cabreen más de lo que ya estoy, aunque la verdad es que tampoco queda nada valioso dentro de ellos, mi ex-mujer se entretuvo en llevarse todo lo que pudo... Y cuando acaben por hoy, no se le ocurra entregar las llaves a la portera, a esa bruja no la quiero ver aquí arriba, yo mismo pasaré a recogerlas por su tienda sobre las siete y media de la tarde, cuando acabe mi trabajo. Ah, y sobre todo no se descuiden de llevarse esas malditas sillas que ha debido diseñar un discípulo de Torquemada.

Se alejó con largas zancadas, sin despedirse y dando un sonoro portazo. No disimulaba que estaba furioso. Dafne suspiró

tenuemente. Le miró por detrás mientras caminaba y pensó que Oliver Climent tenía un trasero de lo más acariciable. Martina debía tener cierta razón respecto al tema de las hormonas, porque aquel hombre despedía un no sé qué que le hacía especialmente atractivo. Alto, de cabello oscuro, abundante y un poco enmarañado, sus ojos claros, de tonalidad verdosa, llenos de irritación aquella mañana, semejaban despedir chispitas. La ex-mujer de aquel hombre debía ser tonta de remate por haber roto con él. El mercado no andaba precisamente sobrado de ejemplares tan apuestos y viriles. Aparentaba unos treinta y tantos años y era elástico y delgado.

Fede y ella revisaron los muebles que estaban prácticamente nuevos y el montador no tardó en esgrimir su destornillador para empezar a sacar tornillos y bisagras. Merecía la pena llevarse todos aquellos muebles, repasarlos y venderlos de nuevo, aunque fuera haciendo un descuento al nuevo comprador. Especialmente la *boisserie*, era un mueble por elementos que podía adaptarse a cualquier salón moderno, no habría problema en recolocarlo, no eran piezas hechas a medida sino en serie, aunque muy selectas y con un diseño súper vanguardista.

Dafne telefoneó a su tía para tranquilizarla respecto al buen estado de los muebles y después se dispuso a vaciarlos para facilitar el trabajo de Fede. Junto a una pared del salón, fue arrinconando todo lo que encontró y que el propio Oliver Climent no había tenido tiempo de sacar.

Encontró una caja de cartón que apenas podía cerrarse de la cantidad de fotos que contenía, y no pudo evitar darles un vistazo. En muchas de ellas se veía al propio Oliver Climent acompañado de una mujer bellísima, de largo cabello negro, estilizada e incluso más alta que el propio Oliver. Tenía el aspecto de una sofisticada *top-model*, sonreía siempre y no había quedado descolocada en ningún momento, estaba claro que aquella mujer sabía posar. La barbilla siempre muy alta, describiendo un perfecto ángulo recto, las piernas sugestivamente adelantadas para realzar las caderas y los hombros echados hacia atrás para evidenciar un busto que no era opulento; por supuesto, contenía la respiración en todas las fotos.

Era una auténtica preciosidad y Dafne, de forma inmediata y por puro instinto, sintió algo muy parecido a antipatía y celos hacia

ella. No recordaba haberla visto por la tienda, la habría atendido otro vendedor, pero supuso que debía tratarse de Bibí Sesma, la “ex”.

La pareja se prodigaba en infinidad de posturas cariñosas, especialmente por parte del hombre, porque ella parecía siempre más preocupada de la cámara que de su compañero. Había tantos retratos en aquella caja que Dafne pensó que si se llevaba uno cualquiera, nadie iba a notarlo. A espaldas de Fede y sin que éste se diera cuenta, introdujo en su bolso una fotografía en la que el tal Oliver aparecía vestido con un ajustado pantalón vaquero, una camiseta blanca de manga corta y a horcajadas sobre una potente Yamaha. Sonreía ampliamente y parecía feliz y despreocupado; estaba guapísimo, casi como un galán de cine. A su lado, ligeramente distanciada, aparecía la inevitable Bibí, pero con un hábil tijeretazo pensaba librarse de ella sin que la imagen de Oliver Climent quedara afectada en absoluto.

La propia Dafne no entendía por qué hacía aquello, pero lo cierto es que no tuvo el más mínimo remordimiento por el pequeño hurto.

Mientras Fede se dedicaba a desmontar la estantería del salón, ella se dio una vuelta por el dormitorio. Era amplio y luminoso, pero estaba hecho un perfecto desastre, las sábanas de la cama estaban arrugadas y debía hacer bastantes días que no se habían cambiado.

Varias camisas usadas y otras prendas se amontonaban sobre una butaca. Sin poderlo evitar, acercó a su nariz una de aquellas camisas y olió las axilas. Sí, olía a sudor de hombre y lo peor del caso es que aquel aroma no la molestó en absoluto, más bien todo lo contrario. Aspiró hondo mientras experimentaba un montón de sensaciones encontradas. El baño no tenía mejor aspecto que el dormitorio, pero lo peor fue cuando entró en la cocina. Dentro del fregadero se acumulaban vasos, tazas y platos sucios como mínimo de una semana, aquel tipo era un perfecto Adán o no tenía tiempo de limpiar nada. Abrió el armario colocado sobre las fregaderas y descubrió que en el escurridor no quedaba un solo vaso limpio.

Sin detenerse a meditar sobre lo improcedente de su acción, buscó una botella de detergente y un estropajo y se dedicó a limpiar todos aquellos cacharros, no soportaba la visión de semejante desidia ni

aún en una casa que no era la suya. Estuvo más de una hora limpiando la cocina de aquel desconocido hasta que, poco a poco, ésta adquirió un aspecto ordenado y pulcro.

Se sonrió a sí misma, satisfecha del resultado, y pasó a inspeccionar una segunda habitación, un estudio equipado con una mesa escritorio grande y vetusta de madera maciza, un ordenador moderno y potente y estanterías repletas de libros, torcidas por el peso excesivo. En lugar destacado, “El tratado elemental de Química” de Antoine Lavoisier y una reedición de “El químico escéptico” de Robert Boyle; allí no había ningún mueble vendido por "Hogar Siglo XX" y aquella estancia sí se veía perfectamente ordenada.

Colgado en la pared, debidamente enmarcado y protegido por cristal, un diploma universitario de licenciado en Ciencias Químicas a nombre de Oliver Climent.

La estancia tenía un ventanal que se abría a la terraza y Dafne se asomó para mirar al exterior.

La terraza daba a un patio de manzana, pero ésta era tan amplia y despejada que no resultaba opresiva en absoluto, incluso se podía ver a distancia porque los edificios de delante eran más bajos. Y en aquella terraza de apenas diez metros cuadrados, descubrió varias bandejas llenas de pequeñas macetas protegidas por una cobertura de plástico transparente para conservar el calor y la humedad. En cada uno de los tiestos se veían etiquetas blancas con anotaciones. Las plantitas tenían distintos niveles de desarrollo y todo el conjunto se veía perfectamente limpio y cuidado. Supuso que aquél debía ser un *hobby* del propietario del piso.

—Bueno, por hoy ya hemos trabajado bastante... —dijo Fede, guardando sus herramientas ordenadamente.

Tres

Cuando aquella tarde regresó a la tienda, su tía aún no había llegado, como era la dueña no se ajustaba a los horarios de apertura o cierre y tampoco lo hacía Gloria. Generalmente, era Dafne quien abría y cerraba, ayudada por los otros vendedores o montadores transportistas. La cifra total de personas que allí trabajaban, no rebasaba la decena, incluyendo a la propietaria y a su hija. Normalmente eran suficientes, pero en fechas especiales quedaban absolutamente desbordados por el trabajo.

Como la tarde era tranquila, sólo unos pocos curiosos deambulando por las plantas, se dirigió al ático dispuesta a proseguir con la tarea de acondicionamiento del precioso *bureau* Sheraton de Perla de Oriente.

Siguió repasando los tiradores de puertas y cajones hasta darse cuenta de que el tirador del cajón colocado en el extremo izquierdo tenía una especie de embrague, era como la ruedecilla de un reloj que se estira para mover las saetas y rectificar la hora.

Llena de entusiasmo, pues intuía que estaba a punto de descubrir alguno de los míticos compartimientos secretos del ebanista Sheraton, manipuló el tirador guiándose por su intuición y con una delicadeza semejante a la empleada por los ladrones de guante blanco que aparecen en las películas policíacas y tratan de abrir las cajas fuertes con la valiosa ayuda de un estetoscopio.

El éxito coronó su dedicación, pues no tardó en ver cómo se desplazaba un falso fondo que ocupaba la mitad del cajón, mostrando un compartimiento cuya altura era inferior a un par de centímetros, pero aquel espacio era más que suficiente para albergar un sobre conteniendo diversos documentos.

Con dedos temblorosos por la emoción, sacó el sobre y revisó su contenido; ni siquiera necesitó rasgar el sobre, la solapa estaba simplemente doblada hacia el interior.

En sus manos quedó una carta manuscrita, un cheque nominal y algo que parecía un informe médico redactado en francés y con el membrete de una clínica ginecológica del vecino país.

La carta manuscrita estaba firmada por un tal “Gus”, estaba fechada nada menos que quince años atrás y dirigida a Perla de Oriente. El cheque tenía la misma fecha de la carta y en él se daba orden de pagar cuatro millones de pesetas a María Rodríguez Céspedes, una cantidad sustancial para la época y que, evidentemente, la mujer en cuestión nunca había cobrado, se había limitado a guardar el cheque como recuerdo, sepultándolo en el fondo secreto del cajón para que nadie lo descubriera. Pero, lo más significativo era quién firmaba aquel cheque, nada más y nada menos que Augusto Valle-Corrales, un prohombre de la ciudad, un individuo que siempre había ostentado cargos políticos muy importantes y a nivel nacional, lo mismo en la época de la dictadura franquista que más tarde, con el advenimiento de la democracia. Había sido embajador en un país sudamericano, máximo representante del gobierno en un estamento de las Naciones Unidas y actualmente, presidía un partido ultra conservador, Puente al Progreso, con el que esperaba arrasar en las próximas elecciones y restaurar la maltrecha moral que imperaba en nuestros días, aplicando un paternal pero recto autoritarismo sustentado en los valores tradicionales de la sociedad católica española. Estaba claro que aquel individuo era un perfecto animal político agarrado en perpetuidad a un sillón de mando del que jamás levantaba el trasero, inmune e indiferente a los bandazos que pudiera dar el oleaje político, pues a lo sumo que llegaba era a cambiar de cargo, él siempre estaba en la brecha.

Sin embargo, y atendiendo al contenido de su carta, resultaba obvio que el tal Valle-Corrales también podía ser víctima de los vicios y pasiones que asolaban la carne y una de éstos había sido la espectacular Perla de Oriente, poseedora de los ojos verdes más bellos de la ciudad. Al parecer, había mantenido un largo y tempestuoso romance con la *vedette* estando él ya casado, y no se había conformado con el romance si no que, además, la había dejado encinta.

En su carta, con términos muy poco cariñosos, no se recataba en reprochar a Perla de Oriente su falta de previsión. ¿Cómo una mujer

tan experimentada como ella podía haber cometido la insensatez de quedarse preñada, en qué diablos estaba pensando? Le sugería que viajara a Francia, seguro que en el vecino país podían solucionar el entuerto, le pedía que buscara una clínica adecuada y que se "deshiciera" del problema de una vez por todas. Y para ello le adjuntaba un cheque por una cantidad de dinero que suponía más que suficiente para que todo se solventara con el máximo de discreción.

El informe médico emitido a nombre de María Rodríguez, española de treinta y seis años, y redactado con posterioridad a la fecha de la carta, revelaba que la mujer había sufrido un aborto terapéutico. Tras la operación, habían surgido gravísimas complicaciones, a consecuencia de las cuales se habían visto obligados a someterla a una histerectomía y ablación de ambos ovarios para salvar la vida de la paciente.

Dafne se estremeció ante la lectura de aquel documento, estaba redactado en francés y aunque no era una experta en aquella lengua, recordaba lo suficiente de sus tiempos de bachillerato para comprender el texto, máxime teniendo en cuenta que los términos médicos variaban poco de un idioma a otro.

Quedaba claro que la bellísima Perla de Oriente, una *vedette* deseada por todos los hombres de la ciudad y pueblos de los alrededores, se había convertido en una mujer estéril a una edad en la que aún podía aspirar a ser madre de nuevo. Lamentable final para aquella historia de pasión entre el político y la artista.

La inesperada revelación la conmovió, pero ya era cosa del pasado; María Rodríguez, que había triunfado en el Paralelo con el sobrenombre de Perla de Oriente, había abandonado este mundo y ya nada podía afectarla, estaba al margen y a salvo de todo.

Volvió a guardar todos los papeles en el sobre que sostuvo en su mano, un poco indecisa, pues no tenía claro lo que debía hacer. Cuando por el interfono recibió aviso de que Julia quería verla en la planta, bajó sin hacerse esperar, y todavía conmovida por el descubrimiento que acababa de hacer, le entregó el sobre a su tía.

—He localizado un pequeño compartimiento secreto en el *bureau* de

Perla de Oriente y dentro había esto.

Julia tomó el sobre y no perdió tiempo en leer los papeles; sus ojos empequeñecieron, preocupados.

—¿Has comentado con alguien este hallazgo? —preguntó, sombría, mirando a su alrededor de forma instintiva. Nadie las observaba.

—En absoluto, no he tenido tiempo de hablar con nadie, pero tampoco lo haría. Perla de Oriente ya está muerta, pero esos papeles implican a otras personas que todavía están vivas.

—Sí, y son personas muy importantes e influyentes. Sé que eres muy discreta, sin embargo he de encarecerte que seas como una tumba, no comentes con nadie este asunto, ni con tu abuela, y mucho menos con mi hija. Estos documentos son muy comprometidos.

—Tienes razón, lo más prudente sería quemarlos.

—Bueno, yo pienso que lo más adecuado quizá fuera devolver ese cheque al hombre que lo firmó.

—Ese cheque, después de quince años, no tiene ningún valor, tía.

—Mira, es mejor que dejes este asunto en mis manos, yo me hago cargo de todo, tú no sabes nada. Necesito reflexionar un poco, estoy tan sorprendida como tú.

Dafne se encogió de hombros.

—Tú eres ahora la dueña de ese secreter y de su contenido, haz lo que creas conveniente.

—¿Ha ido todo bien en casa del moroso? —preguntó Julia; era evidente que deseaba cambiar de conversación.

—Sí, Fede ha empezado a desmontar los muebles; mañana por la mañana tenemos previsto volver al piso con Manolo y la camioneta y ya empezarán a llevarse las piezas. Ten preparadas las letras que hay que devolver a Oliver Climent, porque el lunes ya estará todo desmontado.

—Uy, de devolverle las letras ya hablaremos, no hay por qué darse tanta prisa, que sufra un poco como él me ha hecho sufrir a mí con esos impagos.

El rostro de Dafne se ensombreció ligeramente y, sin saber por qué, se puso de parte de Oliver Climent.

—Él está cumpliendo su parte del compromiso, tú has de hacer lo mismo.

—Claro, claro, no faltaría más. Anda, ocúpate de atender a esa mujer rubia que está mirando los paisajes de Gálvez, a ver si le colocas alguno...

Aquella tarde, la tía Julia se fue a su casa más temprano de lo habitual y, una vez más, Dafne pensó que debería ocuparse de cerrar la tienda. A las siete y media esperaba la llegada de Oliver Climent para recoger sus llaves, pero el hombre no se presentó. Eran más de las ocho de la tarde cuando le vio llegar a bordo de su potente Yamaha; ella ya estaba bajando la persiana metálica de la puerta central ayudada por Vicente, uno de los vendedores.

Él, sin apearse de la moto, subió a la acera y se acercó con la mano extendida para que Dafne le entregara sus llaves.

—Se ha retrasado usted, pensaba que ya no venía.

—He tenido trabajo. Había de venir a la fuerza, sino tendría que dormir al raso. Devuélvame mis llaves.

—Un momento...

Dafne, algo molesta, volvió a entrar en la tienda utilizando la puerta pequeña. Del interior de su propio bolso sacó las llaves de Oliver.

—Aquí tiene —dijo, entregándoselas—, pero le advierto que mañana hemos de continuar y es posible que hasta el lunes no esté acabada la operación.

—No creí que fueran a tardar tanto.

—Usted mismo ha insistido en que seamos cuidadosos, hemos tenido que acabar de vaciar los muebles y...

—De acuerdo, de acuerdo —la atajó—. Mañana no estoy dispuesto a llegar tarde a mi trabajo otra vez, así que, si quiere las llaves, venga a recogerlas antes de las ocho treinta de la mañana, y no se retrase ni un minuto porque no va a encontrarme. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, seré puntual.

Oliver no se había molestado en quitarse el casco de motorista, simplemente había levantado la visera. Apoyaba un pie en el suelo para mantener el equilibrio de la Yamaha mientras seguía dándole gas para que el motor no se parara y el ruido estaba poniendo nerviosa a la muchacha que sentía un rechazo instintivo por aquellos caballos modernos que no se alimentaban con pienso ni movían las orejas. El hombre dio unas palmadas al trozo de asiento libre que quedaba detrás.

—¿Quiere que la lleve a alguna parte?

—No, gracias, detesto las motos, prefiero viajar en autobús.

Él alzó la diestra con un gesto de despedida.

Dio media vuelta para bajar de la acera y regresar al asfalto cuando se acercaba un coche rodando a buena velocidad. Oliver no se inmutó y dio tanto gas a la moto que ésta brincó como catapultada.

Dafne le vio rodar adelantando a todos los coches y un ligero sudor de angustia la invadió; si aquel imbécil seguía haciendo alardes con su máquina, tenía bastantes números para acabar en el servicio de urgencias de un hospital.

A las ocho y veintiocho minutos de la mañana del día siguiente, Dafne llamaba al timbre del piso de Oliver Climent. Este le franqueó la puerta de inmediato, ya con el imprescindible casco de motorista en su mano.

—Ten, las llaves. —Había pasado a tutearla directamente—. Gracias por adecentar mi cocina, ha sido una forma muy sutil de llamarme

guarro.

Dafne se sonrojó.

—Bueno, necesitábamos dos vasos limpios para beber agua y...

—Ahora tengo prisa, pero esta noche ¿te importaría cenar conmigo? Es la única forma que se me ocurre de darte las gracias.

—Bueno, yo... —casi balbució.

—Pasaré a las ocho por la tienda, como ayer. ¡Hasta luego!

Dafne se quedó con la palabra en la boca y él se alejó hacia la puerta del ascensor.

La muchacha quedó dentro del piso, esperando la llegada de los montadores. Con la espalda apoyada contra la puerta, suspiró. Aquella noche del viernes tenía compromiso, una cena con un hombre que hablaba de su ex-mujer. ¿De verdad estaría ya en trámites de divorcio o corría el riesgo de que él pudiera reconciliarse con su "ex"? Al menos, aquella noche no necesitaría salir con Pilar y Martina forzosamente, tenía una cita y aquel hombre, la atraía como un poderoso imán aunque fuera un moroso. Tragó saliva. ¿Oliver Climent sería capaz de "olvidarse" la Visa y hacerle pagar la cena a ella? Los antecedentes no eran tranquilizadores, pero decidió arriesgarse.

Se acercó a la cocina para comprobar qué aspecto tenía aquella mañana, y con cierto asombro descubrió que todos los cacharros estaban limpios y recogidos; por aquel día, Oliver había aprendido la lección.

Tuvo curiosidad por ver cómo había dejado el dormitorio y recibió una nueva sorpresa: La cama estaba hecha. Levantó parte de la colcha de intenso color azul y observó que las sábanas habían sido sustituidas por otras limpias. No había rastro de ropa sucia por ninguna parte.

Al poco, llegaron los operarios y la tarea de desmontaje prosiguió. Se fueron llevando las distintas piezas que componían el salón comedor y éste no tardó en ofrecer un aspecto deprimente, las voces

cobraban eco en la estancia desolada. Sobre las paredes blancas y vacías se marcaban rayas oscuras como cicatrices de polvo, evidenciando la ausencia de los muebles, cuadros o espejos que hasta aquel momento mitigaran la fría desnudez de los tabiques que ahora mostraban multitud de agujeros de tacos, como si hubieran recibido una rociada de perdigones.

Arrinconadas contra la pared, botellas conteniendo distintos licores, piezas de vajilla y cristalería, infinidad de objetos inútiles, hasta aquel momento guardados y ocultos. Recuerdos comprados en distintos viajes, con la pueril pretensión de atrapar un momento fugaz, la visión de un lugar hermoso; regalos de boda nunca utilizados...

Desapareció el tresillo, la mesa de grueso cristal, las sillas de arriesgado diseño, con altísimos respaldos rectos que no parecían gustar en absoluto a Oliver Climent. Directamente sobre la tarima de parqué, en un ángulo de la estancia, quedó el televisor; para verlo, su dueño tendría que sentarse en el suelo sobre un cojín, con las piernas cruzadas al estilo árabe.

Cuando vio cómo quedaba el salón, Dafne experimentó algo muy parecido a un sentimiento de vergüenza.

Fede y Manolo la emprendieron después con el armario del dormitorio y cuando iban a llevarse también la cama y las mesillas, Dafne se opuso frontalmente:

—No, ya no os lleváis nada más de aquí, no vamos a dejar a este hombre durmiendo en el suelo.

Fede se rascó la oreja.

—Doña Julia ha dicho...

—Yo me hago responsable.

Los montadores se encogieron de hombros y no insistieron, el asunto no iba con ellos. La camioneta quedó prácticamente llena y rodaron de regreso a la tienda que apenas distaba unos quinientos metros del piso.

Dafne cerró la puerta y abandonó el edificio para dirigirse a su propio piso. Después de comer, se lavó el cabello, se lo moldeó con el cepillo y el secador de mano y rebuscó entre sus vestidos el que le pareció más apropiado para aquella noche. Eligió uno de tirantes, muy ligero y veraniego, de luminoso y radiante azulón. La falda de piezas se pegaba a las caderas para ensancharse después, estilizaba la silueta y ponía de manifiesto su cintura estrecha y su estómago prieto, sin grasa alguna. No se podía usar sujetador con aquel vestido porque la espalda se cerraba simplemente con un lazo cuyas puntas caían sobre el trasero. Cuando se miró al espejo, se vio atractiva y se dio un aprobado. Se maquilló ligeramente y no se descuidó de meter en su bolso pinceles, sombras y carmín para iluminar sus ojos y sus labios; antes de abandonar la tienda, al término de la jornada, se metería en el lavabo y acabaría de maquillarse para ofrecer un aspecto impecable.

Telefoneó a Pilar para comunicarle que aquella noche no saldría con ellas porque tenía una cita.

—¡Eres una guarra y una traidora! —fue lo más suave que le soltó Pilar—. Dejas a tus amigas tiradas para irte con un tío que apestará a hombre... Supongo que debe estar de toma pan y moja, porque tú eres de lo más rarita y no sueles aceptar invitaciones, claro, como sabes lo que luego piden todos y vas de estrecha.

—No te pases, se trata de un cliente y...

—Sí, eso, tienes que explicarle las excelencias de los colchones de agua, anda ya. Bromas aparte, que todo te vaya muy bien y procura ser cariñosa y asequible. ¿He de recordarte que ya has cumplido treinta tacos y lo que a los veinte años es un valor añadido, a los treinta sólo es un lastre, y tú ya me entiendes? Oye, no será un divorciado, ¿eh? Ya sabes que todos tienen tendencia a volver con sus “ex”.

—Ya te contaré cómo me ha ido todo, ¡que lo paséis bien sin mí!

Aquella tarde, tía Julia se la pasó encerrada en su despacho, pendiente de su teléfono móvil GSM, parecía estar esperando alguna llamada que podía ser importante.

Cuando a las ocho de la tarde cerraron la tienda, Dafne miró a su alrededor mientras aguzaba el oído esperando captar el ruido característico de la motocicleta acercándose, pero pasaron varios minutos sin que la Yamaha apareciera. ¿Iba a sufrir el ridículo de un plantón? Comenzaba ya a notar una desagradable sensación en el estómago, como si se hubiera tragado un montón de mariposas que revoloteaban pretendiendo escapar, cuando alguien la tocó en el hombro; se giró bruscamente y descubrió a Oliver Climent a su espalda. Dio un respingo, sorprendida, pese a que le estaba esperando con impaciencia.

—Esperaba que vinieras en moto.

—Pues, no, me he acercado caminando. Como dijiste que no te gustaban las motos, he pensado que mejor tomábamos un taxi.

—Has sido muy amable —dijo, y el globo de su angustia se deshinchó con un tenue suspiro. Una sonrisa radiante iluminó su rostro, embelleciéndolo aún más.

—Oye, apenas nos conocemos y no sé cuáles son tus preferencias. ¿Te parecería bien que fuéramos a cenar a la Barceloneta? Conozco un restaurante estupendo. ¿Te gusta el marisco?

—Me encanta.

Oliver alzó la diestra y un taxi levantó el cartelito de “libre” para acercarse a ellos. Subieron al vehículo y el hombre extendió su brazo por detrás de los hombros de Dafne, sobre el respaldo del asiento, sin apenas rozarla.

Dio la dirección al taxista y el vehículo rodó por las iluminadas calles de la ciudad en aquella calurosa noche de finales de julio. El tráfico era intenso, infinidad de coches rodaban hacia el puerto, eran muchos los que deseaban disfrutar de la brisa marina que mitigaría el intenso calor veraniego y no serían pocos los que se adentrarían en el mar para rebajar la temperatura de sus cuerpos sudorosos con la caricia del agua salada.

Oliver la hizo entrar en uno de los viejos y típicos restaurantes marineros del paseo de la Barceloneta, “Ca la Mari”, un

establecimiento donde los clientes repetían porque se sentían tratados casi como si fueran parientes de la dueña. Oliver debía ir por allí con frecuencia, le conocían y les colocaron en una buena mesa. El aire acondicionado del local les liberó del calor que doblegaba la calle.

—No sé que pensarás tú, pero yo detesto esos restaurantes de diseño, especiales para anoréxicas, donde dan más importancia a la decoración que a la comida que sirven —comenzó a hablar Oliver con espontaneidad—. Cuando quiero ver obras de arte, me meto en un museo, a un restaurante voy a comer y lo único que me importa es que la comida sea de calidad y esté bien preparada.

Una mujer algo mayor, llevando en su brazo izquierdo un cesto de mimbre lleno de rosas rojas de pétalos aterciopelados, no tardó en acercárseles para ofrecerles su colorida mercancía. Oliver hizo ademán de coger una flor, pero Dafne hizo un gesto negativo con la cabeza y él se abstuvo. No obstante, el hombre entregó unas monedas a la vendedora y ésta se alejó dándole las gracias.

—¿No te gustan las flores?

—Bueno, prefiero las plantas vivas, bien agarradas a la tierra; cuando las flores se cortan, empiezan a marchitarse en seguida y huelen muy raro.

Pidieron la especialidad de la casa, una mariscada a la plancha, y no tardaron demasiado en ver ante ellos una enorme bandeja que más parecía un bodegón imaginado por la mente calenturienta de un pintor hambriento. El azabache de las valvas de los mejillones destacaba junto al blanco de sepias y calamares que mostraban las rayitas marrones de la parrilla, gambas de un rojo intenso, rosados langostinos, el gris nacarado de las almejas abiertas mientras un aroma capaz de resucitar a un muerto se elevaba hasta sus olfatos activando todos los jugos gástricos. Gajos de limón artísticamente distribuidos, perejil picado salpicándolo todo con su pátina verde, ajos desmenuzados para intensificar los sabores y como remate, en el centro y encima de todo, una enorme cigala en actitud rampante, tan grande que casi parecía una langosta.

—¿Te gusta? —le preguntó Oliver. Sus ojos claros brillaron por el

entusiasmo que la visión de la bandeja le producía.

—Despide un olor que envenena.

—No vamos a dejar ni las cáscaras...

Oliver atrapó entre el tenedor y el cuchillo la enorme cigala que coronaba la bandeja y la depositó en su propio plato. Con rapidez y destreza, le cortó la cabeza y dejó la rosada cola libre de su caparazón. La pinchó con el tenedor y prácticamente la metió en la boca de Dafne.

—El bichito para la niña guapa. ¿Está bueno?

—De muerte... —apenas pudo responder, con la boca llena.

Entre comentarios divertidos y sorbos de un delicioso vino blanco afrutado y muy frío, fueron dando buena cuenta de todas aquellas delicias que algún pescador habría arrebatado al mar aquel mismo día, pues la frescura de todo el marisco era manifiesta. Evidentemente, Oliver era un tipo que disfrutaba dando gusto a su paladar.

—Al mediodía como en el *self-service* de la propia empresa, como puedes suponer allí sólo nos alimentamos, por eso siempre que puedo me permito estos desahogos que no sólo alegran el estómago sino el espíritu. Y por lo que estoy viendo, parece que todo esto te gusta tanto como a mí.

—Pues sí, está delicioso, pero me temo que tendré que parar o luego no voy a poder levantarme de la silla.

—No me digas que tú también vives obsesionada por la línea. Con lo bonitas que son las redondeces de las chicas.

—Es que mi estómago ya está a punto de decir “basta”.

—Mi “ex” era insoportable en ese aspecto, bueno, en otros aspectos también, pero en lo relativo a la comida, era y supongo que sigue siendo el colmo. Se pasa la vida pendiente de las calorías y de la báscula, se pesa cada día, se mide la cintura con la cinta métrica, come poquísimo y siempre tiene un humor de perros, supongo que

es culpa del hambre que debe sentir a todas horas. Y no se contentaba con todo eso, encima me hacía sentir culpable por disfrutar delante de un buen plato e intentar mojar pan en las salsas... Para ella, las cifras 90-60-90 son sagradas. Cuando salíamos a cenar, era una tortura, ella elegía siempre esos restaurantes de diseño de que te hablaba antes y yo me horrorizaba pensando en la cuenta que tendría que pagar después por aquellos platillos semivacíos "al perfume de esto y de lo otro", porque eso sí, tardas más tiempo en decir el nombre que en acabarte el plato... Bueno, disculpa, soy un bocas, sólo hablo yo, apenas te dejo intervenir.

—Tranquilo, me gusta que me cuentes tus cosas. Hablas de una forma tan espontánea que resultas muy convincente.

—¿Sabes que tus ojos son dulces como un caramelo? —Sin esperar una respuesta al piropo, prosiguió—: Como te he dicho esta mañana, deseaba darte las gracias porque has sido muy amable conmigo, y también, no sé por qué, me siento en la obligación de explicarte un poco la situación en que me encuentro y que me ha convertido en un moroso. Te aseguro que en toda mi vida no he dejado a deber un duro a nadie y aunque no soy culpable de nada, me siento un poco avergonzado.

—A mí también me ha molestado mucho todo este asunto y lamento haber tenido que cooperar en ese vaciado de muebles, pero yo sólo soy una empleada, el negocio es de mi tía.

—Si he de serte sincero, lo que menos me importa es que os llevéis los muebles, nunca me han gustado, Bibí los eligió y no tuvo la delicadeza de consultarme. Ese piso donde vivo es propiedad de mis padres, soy hijo único y cuando Bibí y yo íbamos a casarnos, mis padres nos lo cedieron; yo les paso una cantidad mensual para completar la pensión de papá que, como la mayoría de las pensiones, es raquítica y ellos se instalaron en el campo, tienen una casita con jardín y allí viven de una forma más acorde con su edad y su salud, sin los agobios de la ciudad. Yo he nacido en ese piso de la calle Muntaner que estaba perfectamente amueblado por mi madre y me sentía cómodo y a gusto en él, todo era familiar y conocido; si me levantaba de noche a oscuras, no necesitaba luz para encontrar cualquier cosa. Pero Bibí no paraba de quejarse de que la decoración era antigua, vulgar y sin clase, ella vive

obsesionada por el maldito diseño. Para que estuviera contenta y entretenida, acepté que cambiara la decoración, sólo me puse firme en que mi estudio ni tocarlo, pero se pasó, eligió los muebles que menos podían gustarme y de pronto me encontré en una casa que no parecía la mía, fría y extraña, peor que un hotel, y pagando unas Letras mensuales que se me llevaban parte del sueldo. Y aquello sólo fue el principio, porque una vez cambiados los muebles, pensó que no era suficiente y decidió cambiarme también a mí.

Dafne le escuchaba con atención, intervenía con escasos comentarios porque no deseaba interrumpirle, estaba muy interesada en todo lo que él pudiera explicarle. Observaba la expresión de su rostro, buscaba en sus ojos verdosos un atisbo de melancolía o ternura que revelara los sentimientos que aún albergaba hacia su ex-esposa, pero Oliver Climent hablaba con despego y una cierta indiferencia, no parecía abatido sino simplemente molesto, exponía sus problemas como si ya los tuviera asumidos e incluso superados.

—Un día cualquiera, llegué a casa y ella se había ido. Me dejó una carta explicando que quería triunfar en la pasarela y en el mundo de la publicidad, ser como una Cindy Crawford a la española, y que no podía seguir a mi lado porque yo le cortaba los caminos. Me había negado a que hiciera una publicidad de ropa interior, me molestaba que todo el mundo viera a mi mujer en tanga... Se largó con un individuo tan *snob* como ella que le comió el tarro convenciéndola de que había nacido para ser famosa y admirada por todos y que iba a conseguirle un contrato para ser la modelo exclusiva del catálogo anual de una cadena de moda con tiendas franquiciadas, creo que se llama “Tango” o algo así. Cuando me di cuenta, las cuentas bancarias que teníamos a nombre de los dos estaban prácticamente vacías, no me quedaba dinero ni para echar gasolina en la moto... Y la cosa no acabó ahí, porque luego me fueron llegando los pagos de las compras que ella había hecho con la tarjeta Visa y que yo ignoraba. Antes de irse, aprovechó para cambiar su vestuario a mi costa, y ella nunca ha comprado en grandes almacenes, todo ha de ser caro y selecto, hasta en las bragas ha de llevar etiquetas de Dior o Chanel. Por si fuera poco, he tenido que pagar también los intereses del descubierto de la Visa. Gano un sueldo bastante bueno, no puedo quejarme, pero Bibí

arruinaría al director general de Endesa y hasta a los Albertos. Este golpe bajo me ha dejado con el culo al aire, tengo suerte de que en nuestro país la gente nunca acaba en la cárcel por deudas o hubiera dado con mis huesos en la Modelo. Consulté el caso con el abogado que me lleva el papeleo del divorcio y me dijo que era inútil denunciarla porque las cuentas estaban a nombre de los dos y ella podía disponer del dinero con entera libertad. Como comprenderás, tampoco me era posible seguir pagando las Letras de los malditos muebles...

—¿Sigues enamorado de tu "ex"? —se atrevió a preguntarle, y esperó anhelante aquella respuesta que consideraba decisiva. Si él respondía que "sí", lo más sensato era levantarse de la mesa y dar por concluida la velada.

—No. —Completó el monosílabo con un movimiento negativo de cabeza—. Como alguien dijo, el amor es como el fuego, si no se comunica, se apaga. No le tengo ni un ligero cariño, pese a que cuando la conocí, me quedé prendado de ella. Era una preciosidad, la chica más guapa que había visto nunca.

Dafne se mordió los labios y pensó que Oliver se estaba pasando con su sinceridad, ninguna mujer acepta bien que el hombre que tiene delante aluda a otra llamándola "preciosidad".

—Cuando nos presentaron, yo ya tenía treinta y cuatro años y ella, veintitrés, era como una muñeca, hacía algún pase como modelo en grandes superficies y publicidad diversa, nada importante. Había estudiado en una academia y se cuidaba muchísimo, sabía maquillarse y siempre estaba radiante e impecable, a punto para la foto.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Voy a cumplir treinta y siete. ¿Cuántos tienes tú?

—Treinta.

—No los aparentas, tienes carita de niña, pero lo importante es que tengas esos treinta años dentro de la cabeza. Por cierto, no me has dicho si he de tomar precauciones, ponerme a salvo de algún novio

celoso dispuesto a partirme la cara si me encuentra aquí contigo.

—Tranquilo, si tuviera novio no habría aceptado tu invitación.

—Sí, eso mismo he pensado yo, pero uno nunca está libre de recibir sorpresas desagradables y te lo dice un escarmentado.

En la bandeja aún quedaba marisco, pero a pesar del ímpetu inicial, ambos ya estaban saciados. El elaborado y multicolor bodegón se había derrumbado y multitud de cáscaras se acumulaban en los platos formando una montaña de dudoso equilibrio. Pidieron piña como postre, el ácido fruto era lo que mejor colaboraría en aquella digestión que además precisaría de un paseo prolongado.

Se lavaron los dedos en un cuenco de agua con limón y unas pequeñas toallas impregnadas en colonia acabaron de borrar todo rastro de olor de la abundante mariscada.

Oliver pidió la cuenta, la abonó en metálico y dejó la propina correspondiente. Se despidieron con plácemes a la cocinera y prometiendo volver. Dafne tuvo remordimientos por haber temido que él le hiciera pagar la cena.

De nuevo en la calle, él la cogió de la mano para cruzar por el paso de peatones y ya no la soltó. Anduvieron hacia el paseo marítimo. Las olas besaban la orilla suavemente, apenas sin ruido. La noche había engullido el color dorado de la arena que ahora se veía gris oscura.

—¿Te importa llenarte los pies de arena?

—No, pero lo que haré será quitarme los zapatos.

Dafne se quedó con las sandalias de charol negro y alto y fino tacón en la mano. Oliver la miró de lado y sonrió con cierta suficiencia.

—Hum, te has quedado pequeñita, llevabas unos buenos tacones. ¿Cuánto mides?

—Yo no soy una *top-model*, sólo mido un metro sesenta y tres. —Dafne fue generosa consigo misma y se añadió tres centímetros, la altura del cabello.

—Una estatura estupenda, a tu lado no me siento acomplejado.

—¿Tu “ex” era muy alta? —inquirió, de nuevo molesta, aunque por las fotos que había visto sabía de sobras cómo era la dichosa Bibí.

—Mide apenas un centímetro más que yo, pero siempre iba con unos tacones de vértigo o con plataformas, y yo acababa teniendo complejo de enano, no me hacía ninguna gracia que su cabeza rebasara la mía.

—¿Cómo la conociste?

—Me la presentó un compañero de trabajo, se llama Albert, es el jefe de ventas y por deformación profesional, debió dejarme por las nubes, como si yo fuera poco menos que el gerente de la empresa; Bibí se lo creyó y se mostró de lo más asequible conmigo. Yo estaba en esa etapa de la vida en la que un hombre se plantea que ya es hora de formar una familia, de tener hijos, todos mis amigos estaban casados o aparejados, empezaba a sentirme solo y un poco desplazado, mis “ligues” ocasionales ya no me parecían tan divertidos, me dejaban un regusto a vacío. Necesitaba que alguien me quisiera, que viviera pendiente de mí, en una palabra, que me mimara. Bibí y yo nos enrollamos en seguida.

—¿Ella te amaba?

—Bibí sólo es capaz de amarse a sí misma, es la persona más sofisticada y vanidosa con la que me he topado, pero cuando la conocí, supo deslumbrarme y me enamoré como un imbécil, la idealicé y creí ver en ella un montón de cualidades que sólo estaban en mi imaginación. Pensamos que la gente es como nosotros deseamos que sea y nos emperramos en el error hasta que el tiempo se encarga de poner las cosas en su sitio.

—¿Tu amor ha sido sustituido por el odio?

—No, porque ni siquiera la odio, los reproches me los dirijo a mí mismo porque no fui capaz de ver la realidad en su momento. Cometí un error y lo he pagado, con disgustos y con dinero, así de simple.

Mientras conversaban, caminaban junto a la orilla de la playa solitaria, apenas iluminada por farolas lejanas. Algunas parejas, sentadas o tendidas sobre la arena, se abrazaban, se besaban y musitaban eternos juramentos de amor que a lo mejor duraban hasta el día siguiente, cuando la mañana les despertara.

Oliver le soltó la mano y le pasó un brazo por el hombro, acercándola hacia sí. Dafne notó en la piel de su brazo el roce suave de los dedos del hombre, captó el aroma, la tibieza que irradiaba del cuerpo viril y sintió que su espinazo era recorrido por algo muy parecido a una descarga eléctrica. No rechazó su proximidad, hubiera sido incapaz de hacerlo porque le encantaba y no sólo eso, ella también estaba ansiosa de recibir muestras de afecto y ternura. Él continuó hablando con naturalidad, sin dar importancia alguna a su propio gesto.

—Como te he comentado antes, ahora estoy metido con el rollo del divorcio y mis padres han tenido que prestarme un poco de dinero de sus escasos ahorros para la provisión de fondos del abogado que lleva mi caso.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que os casasteis?

—Ahora hará dos años, la condena no ha sido demasiado larga. ¿Nos sentamos un poco?

—Bueno —aceptó la joven.

Se sentaron sobre la mullida arena, muy próximos el uno al otro. El brazo del hombre actuaba como respaldo para Dafne. Ella contemplaba su perfil que apenas era un esbozo, desdibujado por la noche. Oliver tenía una cabeza hermosa como la de un gladiador romano.

—¿Tenéis algún hijo?

—¿Hijos, qué cosas se te ocurren? Antes morir que engordar... Mira cómo era Bibí que no quería tomar anticonceptivos orales porque, según ella, la hacían aumentar de peso y otros artilugios que usáis las mujeres, también los rechazaba. Me tenía entre la espada y la pared.

Dafne hizo un gesto con la mano tratando de cortar unas explicaciones que, en el fondo, la incomodaban, pero Oliver no pareció darse cuenta y prosiguió con el relato de su aciaga vida matrimonial.

Él mismo no era consciente de que era la primera vez que exponía sus problemas con tanta crudeza, la actitud de Dafne le incitaba a hablar y desahogarse. Ella le escuchaba con una gran atención y parecía comprenderle.

—Hasta el sexo era poco gratificante con ella... Nuestros contactos han sido siempre difíciles y escasos, como una emergencia, usando preservativos como si estuviera acostándome con una mujer extraña, no con mi propia esposa, porque ella no quería correr el riesgo de un embarazo. Es sorprendente que una mujer tan vanidosa y que disfruta incitando a los hombres, en el fondo esté tan poco interesada por el sexo. Creo que ella prefiere los orgasmos que deben provocarle los *flashes* de los fotógrafos o el descubrir esos destellos de admiración que provoca en los ojos que la contemplan, es una narcisista integral.

—Vaya, estamos sentados en la arena, pero esto parece un diván y que yo sea tu psiquiatra.

—Uy, pues no vaya a ocurrírsete pasarme la minuta, ya sabes que estoy en las últimas. —Soltó una corta carcajada y su risa sonó agradablemente en los oídos femeninos—. Disculpa, soy un impresentable, me he pasado la noche dándote la paliza con mis problemas... Supongo que tus relaciones amorosas habrán sido más gratificantes que las mías, ¿no? Porque yo podría escribir el manual del perfecto apaleado.

—¿Qué quieres que te diga? Sigo soltera y sin compromiso.

—Porque tú habrás querido, eres dulce y atractiva.

—¿Nada más?

—Para opinar, necesito conocerte más a fondo, luego hablamos.

Como si de pronto decidiera que el tiempo de charla había acabado,

como el que interrumpe una conversación colgando el teléfono, Oliver pasó a la acción. Cerró el cerco de sus brazos mientras la echaba hacia atrás y empezó a besarla con absoluta dedicación, y lo peor del caso es que no era precisamente inexperto, su lengua tomaba posesión de la boca de la mujer, exploraba la húmeda y tibia cavidad mientras la saliva de ambos se mezclaba.

El tiempo semejó dar un brusco salto hacia atrás, y Dafne fue consciente de que su cuerpo recuperaba de golpe la capacidad de excitarse. La emoción del beso fue tan demoledora que la mujer se olvidó completamente del entorno. Las sensaciones tan placenteras descubiertas en la adolescencia y que ya creía irrecuperables, resurgieron nuevas y vibrantes, activadas por aquel beso que aumentaba el volumen, la sensibilidad de sus labios, un beso que se prolongaba tratando de vencer y anular sus posibles reservas mientras la temperatura de su rostro, de sus manos y el resto del cuerpo, aumentaba, cubriéndola de un ligerísimo sudor. De hallarse en pie, habría notado el temblor de sus piernas mientras todos sus músculos se estremecían, conmocionados por una incontrolable avidez.

Ni se dio cuenta de que él la tendía de espaldas contra la arena mientras seguía besándola en el cuello, junto a las orejas, de nuevo en los labios, en el nacimiento de los senos. Mientras, sus dedos comenzaron a bajar los tirantes del vestido y debajo, Dafne no llevaba sujetador.

—Tienes unas tetas impresionantes —opinó él roncamente. Sus párpados entornados velaban en parte unos ojos que brillaban en la oscuridad.

El cuerpo de Oliver se desplazaba hábilmente ganando terreno, una de sus piernas ya estaba sobre el cuerpo de la mujer mientras su boca no paraba de besarla y las manos actuaban independientes: Le acariciaban los senos, el vientre, los muslos, mesaban las partes más sensibles de la anatomía femenina, y no lo hacía sólo porque aquellas caricias, el contacto de su piel, a él le produjeran un placer inmediato; tenía, además, un propósito deliberado: excitarla, anular cualquier resto de oposición para que ella acabara respondiendo como él pretendía.

Ya estaba prácticamente volcado sobre Dafne, casi haciéndola desaparecer en la arena con la superioridad de su peso, cuando la joven logró apartarle ligeramente, apoyando las manos sobre el pecho de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver con voz ronca, un poco sorprendido—. ¿No quieres hacerlo aquí, prefieres que espere, que vayamos a mi casa?

A la mente de la mujer, como un relámpago, acudió una imagen significativa: Oliver se había molestado en hacer su cama aquel día e incluso, había puesto sábanas limpias. Por lo visto, era capaz de planificar cuidadosamente cómo deseaba que se desarrollara el postre de sus cenas, no tenía bastante con un plato de piña sino que, además, quería comerse un melocotón.

—¿Qué pretendes? —le preguntó temblorosa, apenas con un hilo de voz. Sus propias emociones la dominaban.

—Pues, lo natural, lo que desea cualquier hombre. No me vengas ahora con preguntas tontas, no lo estropees.

—Y claro, has pensado que era más barato invitarme a cenar que pagar a una furcia.

—¿Qué tonterías se te ocurren? Eres una mujer hermosa, es natural que desee hacer el amor contigo. Quiero sentir placer y dártelo a ti también, y varias veces.

—Pues, esta noche no vas a salirte con la tuya.

—Vamos, preciosa ¿quieres que te corteje un poco más? —rezongó sin permitir que ella pudiera escapar de debajo de su cuerpo—. No me importa hacerlo, de verdad, admito que he sido demasiado brusco. Mira, cogemos un taxi, vamos a mi casa, tomamos unas copas, charlamos y luego seguimos... ¿Te gusta más así?

—Tanta amabilidad me conmueve, pero conmigo te has equivocado, no estoy tan desesperada como para caer rendida en tus brazos. En una relación con un hombre no busco simplemente sexo, busco algo más.

—¿Buscas amor?

—Sí.

—Mira cuánto amor puedo darte yo... —Cogió la mano femenina y presionó con ella sobre una parte muy concreta de su anatomía que era capaz de aumentar de tamaño incluso sin permiso del dueño.

La reacción de Dafne fue inesperada hasta para ella misma. Desasió su mano bruscamente, como si aquel contacto tan suave quemara, y luego cogió un puñado de arena y se lo lanzó a la cara.

Oliver, molesto y sorprendido, empezó a sacudirse la arena que se le pegaba a los ojos, cegándolo, y la mujer aprovechó para escapar de debajo de él. Cuando se dio cuenta, Dafne ya corría hacia el paseo descalza, había recuperado su bolso y los zapatos, pero los llevaba en la mano, no se había entretenido en calzárselos.

—¡Eh, no puedes irte, no puedes dejarme así! —bramó, furioso.

Ella se subió a un taxi detenido junto al bordillo y le suplicó al chófer que se diera prisa en ponerlo en marcha.

Cuando Oliver llegó junto al vehículo, la portezuela se cerraba con violencia y tuvo que apartar la mano para que no le atrapara los dedos. El motor arrancó con el empuje de un montón de caballos.

Cuatro

Oliver tomó un taxi y volvió a su casa despotricando, más furioso de lo que cabía esperar. Ni él mismo entendía por qué le encolerizaba tanto el rechazo de la mujer, posiblemente se había pasado de listo, pese a que hubiera jurado que ella no iba a poner objeción alguna, que estaría encantada de acabar la noche en sus brazos, haciendo el amor con él.

Dafne se había pasado la cena bebiendo sus palabras, riendo sus gracias y mirándole con unos ojos tan tiernos que le acariciaban y le ponían cachondo. Él había actuado de la forma habitual: una cena sabrosa, un primer contacto cogiendo su mano, su hombro, luego un abrazo, el beso en profundidad, las caricias atrevidas... Las secuencias normales que siempre terminan de la misma manera. Además, ella ya tenía treinta años, a su edad no podía seguir en el rol de ingenua y sabría perfectamente cómo acababan todas las invitaciones. ¿Qué diablos le habría pasado?

Decididamente, nunca acabaría de entender a las mujeres, siempre tenían la facultad de desconcertarle. El día que en su colegio explicaron cómo eran las mujeres y la mejor forma de tratarlas, seguro que él faltó a clase, porque todos sus amigos eran unánimes en afirmar que, si salían a cenar con una mujer y luego no les proponían acostarse, ellas les preguntaban si eran maricas.

Estaba molesto y frustrado y, por otro lado, ansioso de gozar con una mujer. Tanta inactividad sexual estaba a punto de volverle loco, porque lo que no había llegado a explicarle a Dafne es que, desde que Bibí se había marchado de casa, él no había mantenido ninguna relación amorosa. Al principio, no la había echado en falta en absoluto; sufría una especie de sarampión misógino y cogió un odio feroz a todas las mujeres, pensaba que eran como vampiras siempre dispuestas a chupar la sangre y el dinero de los hombres, con la única excepción de su propia madre.

Mas, el tiempo no había pasado en balde y aquel cóctel de

misoginia, depresión y disgusto se fue desbravando, su libido de hombre sano y joven acabó imponiéndose y decidió que, ya que una mujer se había aprovechado de él, lo más inteligente que podía hacer era aprovecharse a su vez de las mujeres y obtener de ellas justo lo que necesitaba.

Se cepilló el pelo para quitarse toda la arena, se lavó la cara y se puso la cazadora. Cogió las llaves de la moto y decidió salir de nuevo. No tenía un destino muy concreto, no sabía exactamente adónde ir, pero sí sabía lo que quería y necesitaba hacer. La noche sólo había hecho que comenzar, merecía la pena salir a ver qué encontraba y cuanto antes, mejor. No iba a perder más tiempo galanteando a una mujer que luego podía hacerse la estrecha, iría a buscar lo que su cuerpo exigía con urgencia, aunque tuviera que pagar por ello. Se olvidó deliberadamente de algo que él mismo se había cansado de repetir delante de sus amigos: Que él jamás pagaría por acostarse con una mujer, que prefería entretenerse en conquistarlas hasta que caían vencidas en sus brazos.

Rodó hacia la estación del Norte, una estación a la que no llegaban ni partían trenes. Por sus inmediaciones circulaban bastantes camiones desviados de su ruta y que tampoco iban a descargar nada porque a aquellas horas, ningún almacén permanecía abierto para recibir mercancías. Posiblemente, aquellos chóferes tendrían que recuperar luego el tiempo perdido aumentando la velocidad, y cuando llegaran a sus hogares y sus esposas les abrazaran mimosas y asequibles, ellos las rechazarían alegando que estaban exhaustos de tanto conducir, que les dejaran tranquilos unas horas para recuperarse de su agotamiento.

El faro de la Yamaha de quinientos centímetros cúbicos iluminó distintas siluetas femeninas, muchas de ellas ataviadas con ropas fosforescentes, mujeres que caminaban al borde de la acera sobre altísimos tacones y agitando el bolso como un reclamo. Las había morenas, rubias, pelirrojas, blancas, orientales, mulatas y negras, un amplísimo abanico capaz de complacer cualquier gusto y preferencia.

Una espectacular cabellera rubia reflejando la luz llamó la atención a su izquierda, fue como un semáforo destacando en la noche. Redujo la marcha y se desvió ligeramente. No se dio cuenta del

dinosaurio con cara de camión que rodaba tras él y que no consiguió frenar con la debida celeridad.

Oliver salió despedido de la máquina y se sorprendió de poseer la facultad de volar mientras la Yamaha seguía rodando en otra dirección.

Hacía tantos años que no conseguía llorar... Era un alivio que parecía estarle vedado, pero aquella noche, la rabia hizo que un par de lágrimas asomaran a sus ojos, lágrimas que el propio calor de la ira enjugó con rapidez y de ellas, apenas quedó un vestigio salado.

Oliver Climent era tan cerdo y tan canalla como todos los hombres que había conocido antes que él, sólo Juan Antonio había sido distinto, por eso se había ido al otro mundo, dejándola sola y a merced de las pasiones de aquellos tipos y de las suyas propias, porque sólo ella sabía lo que le había costado rechazarle, oponerse a su deseo. Pero, se rebelaba a la humillación de convertirse en un simple juguete en manos de aquel hombre, casi una muñeca hinchable creada para proporcionarle placer sexual, algo con menos valor que un pañuelo que se usa y se tira. Quería sentirse amada, que la pasión del hombre no fuera sólo sexo, si no la consecuencia de un sentimiento más elevado y profundo que no lastimara su dignidad de mujer.

Casi a oscuras en la soledad del pequeño piso, se sentía absolutamente desgraciada.

El pequeño piloto rojo del contestador automático parpadeaba, suspiró y se acercó para pulsar el botón de *play* y oír el mensaje.

—¿Cómo estás, Dafne? —era la voz siempre cariñosa de la abuela Cinta—. Nenita, ayer tuve una pesadilla horrible, soñé con accidentes de tráfico en los que estaban implicados una especie de camioneta roja, otro coche azul, una moto... Tú estabas metida en ellos y yo lloraba temiendo que hubieras resultado herida... Ten mucho cuidado al cruzar las calles, en Barcelona todos habéis perdido la sensatez, vais como locos. Esta mañana he hecho unas invocaciones para que el peligro no te afecte, para que pase de ti. A tu laurel se le han puesto mustias dos ramas... Estoy asustada.

Llámame en cuanto puedas y dime que estás bien, no me tengas angustiada.

El mensaje acabó, y no había más llamadas. La anciana siempre con sus presentimientos... Miró su reloj, eran casi las dos de la madrugada; la abuela solía acostarse temprano y dormiría como una bendita, era preferible no despertarla, ya la llamaría a la mañana siguiente para tranquilizarla diciéndole que estaba perfectamente, sólo un poco triste y un mucho deprimida, porque en aquella ciudad llena de hombres por todas partes no encontraba a ninguno capaz de quererla.

Se metió en la cama. Pensaba que no lograría conciliar el sueño, pero cuando el teléfono que tenía en la mesilla dejó oír su timbre, despertó bruscamente. Dio un vistazo al reloj y vio que faltaba poco para las siete de la mañana. Descolgó esperando oír la voz de su abuela.

—¿Dime?

—¿Es usted Dafne Marés? —le preguntó una voz de hombre que le resultó absolutamente desconocida. El tono era frío, casi impersonal.

—Sí, yo misma. ¿Quién llama?

—La llamamos del Centro de Urgencias. ¿Conoce usted a Oliver Climent?

—Sí, claro que le conozco...

—Hemos encontrado una tarjeta con el nombre de usted en el bolsillo de su cazadora, por eso la llamamos. ¿Puede venir a hacerse cargo de él? Ha sufrido un accidente de moto.

La angustia, el miedo recobrado, se aferró a su garganta como la zarpa de una alimaña rabiosa, impidiéndole casi respirar.

Llegó al centro hospitalario apenas quince minutos después. Se había vestido apresuradamente, sin entretenerse en peinarse, y tomado un taxi.

La atendió un hombre con cara de fatiga que parecía ansioso por acabar la guardia; en un primer momento, Dafne no supo si era un médico o un simple enfermero mientras el incalificable olor de los hospitales golpeaba su olfato y casi le producía náuseas.

—Su amigo se cree que las ruedas del camión le han pasado por encima, pero sólo ha sido un aterrizaje forzoso contra el asfalto... El casco le ha salvado de que la cosa fuera mucho más grave. Se ha roto la clavícula derecha y tiene una herida bastante profunda en el muslo derecho que ya le hemos suturado, ahora están acabando de reducirle la fractura. Tiene golpes y magulladuras en todo el cuerpo y el culo como un mapa mundi, pero no llegó a perder el conocimiento y no ha orinado sangre, por el momento parece que sus riñones están bien, pero tendrá que seguir controlando ese asunto. Le hemos sugerido que se quede unas horas en observación, pero él ha insistido en marcharse y creo que es lo mejor, porque estamos tan saturados que tendríamos que ponerlo en una cama en el pasillo. Pasará unos cuantos días enterándose de la cantidad de huesos que tiene en el cuerpo, nada importante. Dele estas cápsulas cada seis horas, le aliviarán los dolores, y no se le vaya a ocurrir mezclarlas con alcohol ni tabaco...

—Ya, el alcohol y el tabaco, ni olerlos, lo de siempre.

—Exacto —asintió el médico, y con mal disimulado sadismo, añadió —: El sexo no se lo prohíbo también porque, tal como está, seguro que no le quedan ganas de practicarlo. Ahora, cuando le vea, no se asuste demasiado, le hemos anestesiado para poder coserle y reducir la fractura y le parecerá que está drogado o atontado. Si en las próximas horas surgiera algún problema, cosa que no creo, llame a urgencias y ya le dirán qué ha de hacer. Cuando se encuentre mejor, que vaya a su traumatólogo para el seguimiento de las lesiones y que le entregue este informe para que sepa qué le hemos hecho... —le alargó unos impresos que acababa de firmar—. Tendrá mucha sed, que tome muchos líquidos y es mejor que no coma en unas cuantas horas. —Suspiró, evidenciando una vez más su fastidio y su cansancio—. Hemos tenido una guardia fatal. ¿La gente no podría pasar la velada jugando al mus en lugar de salir a pegársela contra el asfalto?

Apareció un celador empujando una silla de ruedas en la que

habían obligado a sentarse a Oliver Climent.

Al verle, Dafne quedó aterrada, el aspecto del hombre era patético, la piel de su rostro era pálida como la de un cadáver. Habían sustituido sus ropas de calle por un holgado pijama con el logotipo del centro asistencial y que más parecía un uniforme de penado. Los vendajes se notaban bajo la tela.

—¿Es que no puede caminar? —inquirió con un hilo de voz.

—Sí, supongo que sí, pero a todos los pacientes los sentamos en sillas de ruedas para no confundirlos con los sanos. Buenos días.

Cuando Oliver descubrió a Dafne, no demostró entusiasmo alguno. Sus ojos verdosos se empequeñecieron.

—¿Has venido a rematarme? —preguntó, y efectivamente parecía que estuviera borracho, hablaba de una forma muy rara.

—Han encontrado mi número de teléfono en tu bolsillo y me han pedido que venga para acompañarte a tu casa.

—Tú eres la culpable del accidente, no necesito tu ayuda. Cualquier taxista puede llevarme.

El celador le hizo un gesto a Dafne con el que parecía indicarle que no hiciera caso de las palabras del herido, seguro que era consecuencia de la anestesia.

—Señorita, ¿dónde ha aparcado su coche?

—No tengo coche, tomaremos un taxi.

—Perfecto.

El celador empujó la silla hasta la parada donde varios taxistas indolentes siempre aguardaban la salida de pacientes más o menos compuestos y enyesados, salidas que se producían con absoluta regularidad, como un goteo; la ciudad tenía una movida constante de accidentes y al centro hospitalario no cesaban de llegar ambulancias, era prácticamente imposible que allí pudieran estar con los brazos cruzados.

—Dentro de esta bolsa le hemos puesto sus efectos personales y lo que queda de sus ropas, hubo que cortarlas para poder curarle.

—Muchas gracias.

Entre el celador y Dafne ayudaron a Oliver a acomodarse en el taxi; el chófer apenas les dedicó una ojeada y no movió el trasero del asiento para ayudarles lo más mínimo; los heridos no le conmovían en absoluto, estaba harto de verlos cada día porque solía estacionarse en aquella parada a la espera de viajeros.

Dafne alargó un billete de diez euros al celador que éste se apresuró a ocultar en el bolsillo de la bata; su tono al decir “gracias” fue tan bajo que la muchacha pensó que aquel hombre esperaba una propina más generosa.

Dio la dirección al taxista y éste arrancó con una finura tan deliciosa que Oliver no pudo reprimir un quejido cuando su cabeza se desplazó bruscamente hacia atrás.

Oliver se las vio y deseó para salir del taxi y cruzar la acera hasta el portal de la finca donde vivía y no tuvo más remedio que apoyarse en la mujer para salvar el pequeño trecho, las piernas se le doblaban. Se alegró de que los sábados y domingos la portera hiciera fiesta, así se libró de dar explicaciones que justificaran su lamentable aspecto. Ya dentro del ascensor, estuvo a punto de desplomarse. Dafne, asustada, no sabía muy bien qué hacer, el peso y la estatura del hombre la desbordaban, las circunstancias estaban poniendo de manifiesto su escasa fuerza física.

Abrió la puerta del piso y recorrer el largo pasillo fue otra pequeña odisea. Cuando Oliver estuvo al fin tendido en el lecho, suspiró, exhausta y sudorosa, seguro que al día siguiente estaba llena de agujetas, porque intentar soportar al hombre, a ella le suponía un esfuerzo extraordinario al que no estaba habituada.

Le colocó almohadas y cojines lo mejor que pudo para acomodar sus miembros y evitarle posturas dolorosas y le ayudó a estirar las piernas. Oliver apenas emitía gruñidos y no tardó en cerrar los ojos, sumiéndose en un sueño pesado y profundo. La joven le vio tan desvalido, tan indefenso y a su merced, que se sintió invadida por

una oleada de ternura. No pudo reprimirse y comenzó a besarle el rostro mientras le acariciaba el cabello.

—¿Qué has hecho, estúpido, es que a ti también voy a perderte?

Rompió a llorar espontáneamente, sin apenas darse cuenta de que lo hacía, vencida por el miedo que la embargaba. Sus lágrimas fueron tan abundantes que el rostro del hombre quedó completamente mojado mientras ella seguía cubriéndolo de besos y prodigándole caricias, como si éstas fueran un eficaz talismán para ahuyentar la sombra de la tragedia.

Pasaron muchas horas, serían más de las tres de la tarde cuando Oliver abrió los ojos, estaba empapado en sudor. Vio a Dafne a su lado y le pidió agua.

Ella le acercó el vaso a los labios y le administró una de las cápsulas.

—¿Cómo te sientes?

—Fatal, he soñado que las ruedas del camión me pasaban otra vez por encima y ha sido terrible... Bueno, también he soñado que la lluvia me mojaba la cara y que tú no parabas de besarme y eso no ha sido tan malo.

—La anestesia te ha provocado alucinaciones. Habrá que avisar a tu familia, alguien ha de ocuparse de ti, estás medio muerto.

—No, no puedo llamar a mis padres, papá sufrió un infarto hace un tiempo y no está para recibir más disgustos, con lo de Bibí ya tuvo bastante. Sobreviviré, no es el primer accidente de moto que sufro, aunque éste ha sido de los peores. ¡Ay! —se quejó al intentar incorporarse.

Una vez más, Dafne le ayudó.

—¿Qué quieres hacer?

—Necesito ir al baño.

Le acompañó hasta el servicio, él hizo una mueca de circunstancias y con un ademán le pidió que saliera y cerrara la puerta; evidentemente, se sentía incómodo.

La situación también era bastante embarazosa para ella, no obstante intentó controlar qué sucedía en el interior del lavabo por los distintos ruidos que captaba, seguía muy asustada ante lo que pudiera ocurrirle a Oliver. En el fondo, no dejaba de sentirse un poco culpable de aquel accidente; si aquella noche hubiera permanecido a su lado, posiblemente él no habría salido a rodar con la maldita máquina en busca de sólo Dios sabía qué.

Cuando el hombre salió del baño, lo hizo cubierto con un albornoz, se había despojado del pijama empapado de sudor y debía haberle costado lo suyo, porque había invertido bastante tiempo. Regresó al lecho, se cubrió con las sábanas y Dafne, una vez más, le ayudó para despojarse del albornoz. Al poco, volvía a sumirse en un profundo sopor. La mujer fue incapaz de marcharse a su piso dejándole solo y cuando la fatiga la venció a ella también, se tendió junto a él en la misma cama; el resto de la casa, a excepción del estudio y la cocina, se hallaba vacío de muebles.

El hombre se agitaba en el sueño y las sábanas se movían, medio enredadas entre sus piernas. Dafne pudo observarle sin recato alguno, a sus anchas, sin sentir sobre ella la presión de los ojos varoniles que la turbaban hasta lo indecible. Examinó su cuerpo en profundidad, tomó posesión de él aunque sólo fuera visualmente y se familiarizó con el color de su piel, la redondez de sus hombros, la forma de sus músculos, el vello oscuro que le cubría el pecho, el vientre, las poderosas piernas. Él estaba prácticamente desnudo a excepción de los vendajes y un pequeño *slip* blanco que se amoldaba a sus glúteos prietos y a sus órganos sexuales, evidenciando sus formas, las dimensiones generosas.

Dafne sintió que la saliva se secaba en su garganta y su estómago quedó como vacío mientras otras sensaciones mucho más intensas la llenaban de zozobra y su vientre se humedecía de sudor. Fue como si un mar interior, sosegado hasta aquel momento, comenzara a agitarse con olas incontenibles que la salpicaban de espuma. Sus manos ardían y tuvo que morderse los nudillos para contenerlas, escapaban díscolas, ansiosas de acariciarle, pero temió que él

despertara si le tocaba.

En vano intentó mantener los ojos cerrados, la visión del cuerpo varonil, la llamada de su piel, le producía tanto placer, que sólo dejó de mirarle cuando el sueño la venció.

Estuvo dos días sin abandonar aquella casa que empezaba a sentir un poco suya; había telefoneado a su abuela y la había tranquilizado hablándole con el tono de voz más alegre que logró improvisar y diciéndole que estaba perfectamente; no hizo alusión alguna al accidente sufrido por Oliver.

Preparó comida para ambos, el hombre parecía evolucionar bien, aunque no paraba de quejarse de infinidad de dolores. Según él, sólo una parte muy concreta de su cuerpo no le dolía.

Dafne se había volcado en cuidarle, incluso en mimarle; le había ayudado a lavarse y a ponerse ropa limpia como una esposa solícita, y tragándose el rubor, le había interrogado para confirmar que sus riñones no habían quedado afectados por el terrible golpe contra el asfalto y que todo funcionaba perfectamente.

Aquella mañana, muy temprano, se despidió de él, debía ir a trabajar y ella también necesitaba pasar por su casa.

—Volveré al mediodía. Si te ocurre algo, llámame a la tienda. Te dejo el número junto al teléfono.

—Vete tranquila, seguro que estaré bien. ¿Te he dicho que eres una enfermera estupenda? Si llego a saber que ibas a cuidar tanto de mí, me habría tirado antes de la moto.

Hubiera deseado responderle con un sarcasmo, pero no se le ocurrió ninguno e hizo ademán de alejarse.

—Eh, eh, no puedes irte así… ¿Tú no sabes que un beso cura más que todas las medicinas?

Alargó su mano y atrapó la de la mujer, acercando el cuerpo femenino contra su pecho. La besó en la boca y prolongó su peculiar combate de lengua hasta que ambos necesitaron respirar.

—Ahora, todo me duele menos —confesó. Sus ojos brillaban como los de un niño travieso.

Cuando Dafne llegó a “Hogar Siglo XX”, no estaban su tía Julia ni Gloria, los lunes por la mañana nunca iban, solía haber muy poco trabajo. La muchacha lo sabía y se dijo que era la ocasión para hacer lo que llevaba in mente. Sabía que en todo lo relativo al dinero, su tía era una auténtica urraca y no quería correr riesgos.

Abrió la caja metálica donde guardaban los efectos bancarios y recuperó todas las Letras aceptadas por Oliver Climent, allí estaban las impagadas que había devuelto el Banco y las que aún faltaban presentar al cobro.

Con unas tijeras, cortó el lateral donde aparecía la firma de Oliver aceptando el pago y guardó en su bolso los trocitos de papel. Buscó un tampón donde aparecía la palabra “PAGADO” y lo estampó en el anverso de todas las Letras.

Si en la mente de tía Julia bullía alguna idea retorcida, le iba a ser imposible llevarla adelante.

Más tranquila, buscó en el ordenador la ficha de cliente de Oliver y saldó el Debe y el Haber añadiendo una breve explicación: “Cuenta saldada por devolución del género”.

Cuando Julia se diera cuenta de su maniobra, seguro que montaba en cólera y hasta podía amenazar con despedirla. No le preocupó demasiado, comenzaba a estar más que harta de que no supieran valorar su trabajo e incluso trataran de someterla bajo la presión de un agradecimiento eterno e injustificado, no le daban nada gratis, simplemente trabajaba y cobraba un sueldo, el hecho de ser parientes no representaba ninguna ventaja, más bien todo lo contrario.

Abrió directamente la puerta del piso de Oliver con la llave que conservaba en su poder. Oyó voces masculinas, se aproximó al dormitorio y descubrió que Oliver conversaba con otro hombre. Era de una edad similar a la suya y ambos parecían conocerse bien.

—Hola, Dafne, te presento a mi amigo Albert Prades, es el jefe de ventas de la empresa... Albert, ésta es Dafne Marés. No te fíes de su cara de niña buena, es una mandona terrible, una auténtica señorita Rottenmeier, le ha faltado poco para atarme a la cama y me ha estado dando una cápsula tras otra para que durmiera y no molestara.

Albert la besó en las mejillas y pareció muy contento de conocerla.

—Te acompaño en el sentimiento si has tenido que soportar muchas horas a este capullo, seguro que no ha parado de quejarse. Trabajo con él y sé lo pelma que puede llegar a ponerse.

—He telefoneado a Albert para contarle lo que me había pasado y pedirle que averiguara cómo está mi moto.

—No estarás pensando en volver a cogerla —exclamó Dafne sin disimular un gesto de auténtico miedo.

—Oliver se creía un Crivillé o un Carlos Checa y confundió las calles de Barcelona con el circuito de Montmeló —se burló Albert —, pero tranquila, Dafne, lo que es esa Yamaha, no va a poder montarla otra vez, está tan destrozada que no la quieren ni en el desguace, la he visto en el depósito municipal y parece una escultura de Tapies. Lo único que ha quedado intacto son las llaves y el llavero. —Vivo en un trece y martes permanente, maldita sea, sólo me faltaba quedarme sin la moto. ¿Qué voy a hacer ahora? La necesito para ir a trabajar, para desplazarme a cualquier parte —se lamentó Oliver, y no soltó la retahíla de sonoros tacos que acudieron a su boca porque la muchacha estaba delante y tuvo cierto reparo.

—Y también necesitas la moto para pegártela, claro. Por ir a la empresa no te preocupes, nos ponemos de acuerdo y yo te llevo en mi coche, tú pagas la gasolina y todos contentos —le propuso Albert.

—No esperaba menos de ti, quieres que haga de paquete y encima, que pague la gasolina. Teniendo amigos como tú, no necesito enemigos, y no sé por qué me asombro, siempre has sido un rácano.

Siguieron dedicándose improperios mutuamente mientras la joven les observaba divertida, estaba claro que eran viejos amigos y se apreciaban mucho.

Cuando Albert se marchó, ella le acompañó a la puerta para despedirle.

—Cuídale, Dafne, es un tío legal e inteligente, lástima que demasiado impulsivo y un poco ingenuo, y no vayas a repetirle esto porque cuando le quiten las vendas, es capaz de pegarme —le confesó, bajando su voz hasta convertirla casi en un murmullo para que Oliver no pudiera oírle desde el dormitorio—. Tuvo la mala suerte de toparse con Bibí y lo que más lamento es que fui precisamente yo quien se la presentó, pero lo hice pensando que sólo se enrollaría con ella, todavía no entiendo cómo pudo atarse con papeles. Menos él, todos nos dimos cuenta de que aquello no podía funcionar, esa chica sólo es una fachada de lujo. Cuando Bibí se largó, Oliver se quedó hundido y no es que me lo confesara, pero le conozco bien y sé que pasó una temporada fatal, os cogió odio a todas las mujeres. Necesita que le quieran, como todo el mundo, claro, pero creo que él un poco más, supongo que será porque es hijo único.

—Es terrible que todos acabemos sintiéndonos culpables de algo, pero no tenemos ninguna bola de cristal para saber qué va a ocurrir después, qué consecuencias pueden acarrear esos actos que a veces hacemos tan despreocupadamente.

—A pesar del accidente, me ha parecido bastante animado, debe ser gracias a ti, te ha dejado por las nubes antes de que llegaras y pudieras oírle. Toma, mi teléfono —le alargó una tarjeta personal —, cualquier cosa que tú o él necesitéis, contad conmigo, y contad conmigo, aunque sea para pedirme dinero. No hagas caso de lo que he dicho antes, le he propuesto que pague la gasolina del coche porque si no, sé que no aceptará que le lleve al trabajo, es muy orgulloso.

Se besaron en las mejillas y Albert se fue de la casa.

Cinco

Densas nubes gris oscuro agobiaban el cielo de la ciudad, la humedad ambiental transformaba el calor en un bochorno casi insoportable y todos deseaban que la tormenta descargara al fin para aliviar las altas temperaturas.

Aquella tarde, tía Julia se mostró especialmente amable y cariñosa con Dafne; por lo visto aún no se había dado cuenta de que su sobrina se había entretenido en recortar las Letras de Oliver Climent.

—Tienes que hacerme un pequeño favor, querida.

—Tú dirás.

—No sé cómo explicártelo, verás... He actuado como intermediaria en una venta de unas antigüedades a una persona que desea permanecer en el anonimato por una cuestión de dinero negro. Se trata simplemente de que entregues un sobre a un enviado de esa persona.

—¿Qué contiene ese sobre?

—Bah, nada, unos certificados de autenticidad.

—¿Y por qué no se ocupa un mensajero de llevarlo?

—No te pongas así, es un asunto un poco delicado y sólo faltaría que uno de esos mensajeros se equivocara y entregara el sobre en otra parte, ya sabes lo poco cuidadosos que son. Ya les he dicho que pasarías tú personalmente, les he dado tu nombre. Coges un taxi, pides el ticket al taxista y ya te pagaré la carrera, será cosa de media hora.

—Bueno, ¿y adónde hay que ir?

—Hemos acordado que os encontraréis en el Tibidado, en la plaza

que hay delante de la iglesia, no tiene pérdida... Ese hombre irá con un Land Rover “Discovery” de color rojo metalizado con matrícula francesa, para que no te confundas me ha dicho que irá vestido con un traje de piloto de carreras, también rojo y una gorra de béisbol negra...

—Caramba, con ese atuendo se verá de lejos. ¿Y no era más fácil quedar en cualquier punto de la ciudad?

—Bueno, ellos han sugerido ese sitio y yo no he puesto objeciones, me ha parecido bien.

—¿Y a qué hora he de encontrarle?

—A las siete, el que llegue antes que se espere un poco.

—Entonces, recogeré mis cosas y me iré.

Dafne cogió el sobre de color ocre y tamaño Din A5 que su tía le entregó y en el que había pegada una etiqueta blanca que rezaba “ANTIGÜEDADES”. El sobre estaba forrado con plástico de burbujas y parecía contener varias hojas de papel, estaba sólidamente pegado. Lo metió dentro de su bolso y salió de la tienda algo molesta; lo único que le faltaba es que también la utilizaran como mensajera.

Anduvo por la acera hacia la parada de taxis cuando a su espalda sonaron varios golpecitos de claxon. Se volvió y descubrió el Peugeot 306 azul de Pilar, su amiga le hacía señas desde el volante. Fue a su encuentro y ambas se besaron efusiva y cariñosamente.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —le espetó Pilar—. Hace días que estoy llamando a tu casa y no contestas. Me tenías asustada y venía a comprobar que estás bien. Por la tele no paran de salir violadores que luego asesinan a sus víctimas para que no les reconozcan...

—Tranquila, estoy perfectamente. Un amigo ha sufrido un accidente de moto, está solo y le he estado cuidando, por eso no me encontrabas.

—¿Y has estado varios días con él, a solas en su casa? —Pilar puso

unos ojos como platos.

—No ha pasado nada de lo que estás imaginando, tiene una herida en la pierna, la clavícula rota y...

Alguien se impacientó tocando el claxon tras el Peugeot.

—Anda, sube y mientras circulo me lo cuentas...

A grandes rasgos, sin entrar en detalles, Dafne le explicó lo sucedido desde su cena con Oliver.

—¿Y ahora ibas otra vez a verle?

—Sí, pero antes he de entregar este sobre, mi tía se ha empeñado en que le haga este favor. Ahora iba a tomar un taxi.

—¿Y vas a dejarle tanto rato solo, pobrecito? ¿Quieres que sea yo quien lleve ese sobre?

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—No, he acabado la jornada, ya te he dicho que simplemente venía a comprobar que estabas viva.

—Pues, no deseo molestarte, pero ya que eres tan amable...

Dafne se sintió muy agradecida, lo cierto es que ardía en deseos de volver junto a Oliver, necesitaba verle, comprobar que estaba bien.

Le repitió todas las instrucciones de su tía y Pilar asintió con la cabeza.

—Tranquila, diré tu nombre y les daré el sobre. Las amigas estamos para ayudar, lo que no me gusta es que estés ansiosa de liarte con un divorciado. ¿Es que has olvidado lo que siempre te repito? Ya sabes que tengo experiencia en ese aspecto... Italianos o divorciados, ni olerlos.

—Oliver es peor que un divorciado.

—¿Peor?

—Sí, ni siquiera es libre, todavía está metido en los papeleos previos al divorcio.

—Pues las “ex” siempre vuelven, son como un Terminator y ellas siempre tienen ventaja porque conocen todos los puntos débiles de los que han sido sus maridos, saben exactamente dónde hay que rascarles y pellizcarles...

—Parece que Oliver no puede ni verla, esa mujer le ha hecho muchas putadas.

—Es lo que ellos dicen siempre para convencernos, seguro que también te ha soltado que es un incomprendido. Tenemos la ciudad con más incomprendidos por metro cuadrado. En fin —suspiró—. ¿Dónde estarás esta noche?

—En mi casa, por supuesto.

—Entonces, sobre las nueve y media pasaré a contarte como ha ido todo y seguiremos charlando, seguro que te has dejado muchas cosas en el buche. Si no vas a estar, avísame por el móvil y si por alguna causa yo no pudiera ir, también te avisaré para que no te preocupes.

—Hasta luego y muchas gracias, eres una amiga estupenda.

Cuando Dafne Marés llegó al edificio donde vivía Oliver, se topó con la portera que la miró de forma aviesa y le preguntó directamente:

—¿Vive usted con Oliver?

—Oh, no, tengo mi propia casa.

—Como la veo tanto entrar y salir... Pensaba que Oliver iba a mudarse de piso, se llevaron un montón de muebles, ¿no?

—Imagino que querrá cambiar la decoración.

—Claro, como su mujer se largó... ¿Usted conoce a Bibí?

—No, no he tenido ese gusto.

—Es una mujer espectacular, mucho más guapa que esas modelos que salen por la tele, tiene un tipo impresionante y como está tan delgada.

—Pues, ¿qué suerte, no? En cambio, a usted le está haciendo falta un régimen severo. Ahora, disculpe, tengo un poco de prisa.

Se metió en el ascensor y desapareció de la vista de aquella mujer cuya principal misión en el edificio debía ser transmitir cotilleos entre los vecinos.

La ciudad era grande, moderna, pretendía ser europea y cosmopolita, estaba llena de gente diversa venida de lugares muy distintos, pero en cuanto se rascaba un poco, dentro de los edificios acababa resurgiendo la aldea, eran como pequeños núcleos donde unos moradores se preocupaban de lo que hacían o decían los otros mientras intentaban fiscalizar y controlar sus vidas. La única diferencia sustancial estribaba en que allí las habladurías circulaban en vertical en lugar de hacerlo en horizontal.

Oliver se sorprendió bastante de verla llegar tan temprano. Permanecía sentado ante la mesa de su pequeño estudio, la pantalla del ordenador estaba encendida y él parecía repasar unos papeles.

—¿Ha pasado algo? Pensaba que vendrías más tarde.

—¿Cómo te encuentras? Parece que estás mejor. ¿Te has tomado las cápsulas?

—No, gracias. Esas cápsulas me quitan dolores, es cierto, pero también me dejan sin fuerzas y me impiden pensar con claridad. Además, me he entretenido en leer su composición y uno de los ingredientes reduce la libido y puede provocar impotencia.

—Uy, eso debe ser terrible para un hombre.

—Ahora entiendo por qué tenías tanto interés en que las tomara, así no corrías peligro. ¿No vas a darle un beso a tu enfermito?

Se besaron, Oliver se mostraba tierno pero también un poco

sombrío. Dafne se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te pasa? Este mediodía parecías más alegre. ¿Es por lo que Albert ha dicho de que tu moto está irrecuperable?

—Bueno, esa noticia me ha sentado como un tiro, yo pensaba que con una reparación saldría adelante. Soy especialista en acumular desastres. Como no estaba bastante jodido, sólo me faltaba este accidente, la moto en el desguace, este mes que con la baja voy a cobrar la mitad del sueldo... Y encima, llama mi abogado para pedir una nueva provisión de fondos y me suelta que menos mal que este piso está a nombre de mis padres, que, de lo contrario, Bibí podría reclamar la mitad. Estoy aterrado, sólo me faltaría tener que pasarle una pensión para mantenerla. ¿Quién me mandaría a mí casarme?

—Ya veo que te has pasado la tarde comiéndote el coco, no se te puede dejar solo. Tienes razón en todo lo que dices, pero estás vivo y podrás resolver tus problemas.

—Eso es lo peor, estoy vivo; si el golpe hubiera sido más fuerte se me habrían acabado ya todos los problemas.

—No pensé que fueras tan dramático.

—Y ahora, precisamente ahora, apareces tú.

—¿Qué te he hecho yo?

—Cuidarme, ser amable y generosa a pesar de lo borde que fui contigo.

—¿Cuándo intentaste convertirme en tu desahogo sexual del viernes noche?

—Sí, y cuando luego, al verte en el hospital, intenté culpabilizarte de lo sucedido, cuando el único culpable de todo lo que me ocurre soy yo. Lo peor que podías hacerme es tratarme con tanto cariño, me has llenado de remordimientos, me doy cuenta de que tú no merecías toparte con un individuo como yo.

—¿Intentas convencerme de que eres un desastre, que mejor me olvido de ti?

—Sería lo más sensato que hicieras en tu vida. No soy un buen partido precisamente.

—No te preocupes tanto por mí —le replicó con cierta frialdad, disimulando lo molesta que empezaba a sentirse. Intuía que, con buenas palabras, Oliver le estaba diciendo que su relación no tenía ningún futuro y que lo mejor era olvidarse mutuamente antes de que la cosa fuera a mayores—. Ha sido divertido jugar a enfermeras, cuidarte me ha compensado en parte de un frustre muy gordo que tuve hace doce años.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Olvídalo, el pasado es mejor dejarlo quieto. Lo que sí puedo decirte es que gracias a ti he recuperado la capacidad de llorar y no me avergüenza confesártelo.

—¿Has llorado por mi causa? —preguntó, y notó como si algo se resquebrajara en su interior.

—Sí, el otro día estaba tan asustada que pillé una llorera impresionante, pero cuando acabó, me sentí mucho más tranquila.

—¿No podías callarte eso? Consigues que cada vez me sienta peor. Te juro que estoy hecho un lío, como un ratón dentro de un laberinto, pero yo debo ser más torpe que ese ratón porque no logro encontrar el queso ni la salida. Siempre que me he dejado arrastrar por mis impulsos he metido la pata. Ahora, intento que mi racionalidad se imponga por una vez y no hacer lo que deseo, sino lo que es adecuado y correcto, no quiero hacerle daño a nadie y mucho menos a ti.

—Mientras llegas a decisiones tan trascendentes, ¿quieres que riegue tus semilleros? —le preguntó, deseosa de cambiar el rumbo que estaba tomando la conversación. Empezaba a sentir una molesta opresión en el diafragma.

—No hace falta, esta tarde me he ocupado yo mismo de añadir agua a las bandejas, ha de ser de manantial, el agua del grifo lleva demasiado cloro y demasiado calcio, y también les he puesto la dosis de oligoelementos que necesitan. Esas macetas se riegan por

inmersión.

—¿Qué intentas cultivar?

—Árboles tropicales, teka, iroko, ébano real, caoba, maderas inmunes al ataque de hongos e insectos.

—¿Eso está relacionado con tu profesión?

—Es más bien justo lo contrario, es simplemente un hobby. Precisamente, en la empresa soy un responsable del departamento de productos fitosanitarios, herbicidas, fungicidas e insecticidas.

—Todo acaba en cida y eso suena a muerte.

—Tienes razón, son productos para matar hongos, insectos y las malas hierbas que pueden arruinar un sembrado.

—Vamos, que si los de Greenpeace te atrapan, te amarran en la cubierta de su "Guerrero del Arco Iris" y no te sueltan hasta que te hayas aprendido de memoria el catecismo del buen ecologista.

—Algo así. Me he sentido mal muchas veces por el abuso indiscriminado que se hace de todos esos productos que pueden ser tan peligrosos y contaminantes, pero también sé que son necesarios para controlar plagas transmisoras de enfermedades o que arrasarían las cosechas y dejarían poblaciones hambrientas. No podemos olvidar que somos muchos y que todos queremos comer. Por mi trabajo, he de relacionarme bastante con agricultores, los asesoro e instruyo en cooperativas y cámaras agrarias sobre el manejo responsable de todos esos productos, intento que los utilicen con el máximo de garantías, lo mismo para ellos, cuando los fumigan, que para el consumidor final del producto.

—O sea, que para imaginarte trabajando, debo verte en un laboratorio con una bata blanca y un tubo de ensayo en la mano mientras diversos líquidos de colores burbujean a tu alrededor.

—Esa imagen no se ajusta mucho a la realidad, en mi empresa prácticamente no se investiga nada, somos filial de una multinacional alemana y nos llega todo hecho, podría decirse que nos limitamos a envasar y distribuir. Muchos de esos venenos

derivados del arsénico, lindano, piretrinas, etcétera, se producen en países del Tercer Mundo muy poco escrupulosos con los controles de seguridad ambiental y así los costes resultan mucho más baratos. Nosotros tenemos un laboratorio casi testimonial, para verificar muestras. Yo ya no me siento como un científico sino como un administrativo. Todas las investigaciones que he llevado a cabo por mi cuenta y que he sometido a la central de la empresa supongo que estarán cuidadosamente archivadas, es decir, olvidadas, no les han hecho maldito el caso y eso es muy frustrante.

—Te entiendo, y comprendo que ver germinar tus semillas te cause placer.

—Es más que eso. Verás, sé que es casi imposible que esos árboles de madera tropical prosperen en nuestro país porque las condiciones ambientales no les son propicias en absoluto, les faltaría calor, humedad y los nutrientes que recibieran del terreno también serían distintos; pero en mi mente bulle la peregrina idea de conseguir determinados cruces. En nuestro suelo prosperan bien determinadas especies de árboles, pero su madera cortada es demasiado vulnerable al ataque de hongos e insectos como la carcoma o las termitas. ¿Imaginas que se consiguiera una variedad de árbol cuya madera resistiera el ataque de los hongos y los insectos sin necesidad de aplicarle ningún tratamiento químico como, por ejemplo, lo es la teca? Sé que tengo muy pocas posibilidades de éxito, pero he dedicado ya mucho tiempo a este proyecto que sólo me atrevo a llamar hobby, y aunque no quiero echar las campanas al vuelo, alguna de esas plantitas que puedes ver ahí ya son como una sonrisa de esperanza que confirmaría que mis ideas no van por mal camino. Cuento con la colaboración de un amigo que tiene un vivero y allí, si hay suerte, esos arbolitos podrían seguir desarrollándose, porque como comprenderás, la terraza de este piso sólo sirve para la fase inicial.

Dafne tuvo que parpadear, estaba un poco emocionada.

—Creo que tienes un hobby estupendo y comprendo el aprecio que sientes por esos arbolitos a los que has dedicado tantas horas, sólo deseo que te salgas con la tuya, que tantos desvelos culminen con el éxito.

—Vaya, hasta en eso eres distinta a Bibí; ella siempre criticaba mi afición, decía que en vez de perder tanto tiempo en eso debía pensar en ganar más dinero. —Asió la mano femenina y la apretó dentro de la suya, transmitiéndole su calor, su fuerza. La joven sintió algo muy parecido a una corriente eléctrica—. Dafne, Dafne, ¿sabes que tu nombre suena como una caricia? Me gusta mucho.

—Eso mismo opina mi abuela, ella eligió mi nombre cuando supo que mamá estaba embarazada. Dijo que nacería una niña y que debía llamarse Dafne. Ya sabes, como la ninfa perseguida por Apolo a la que su madre la Tierra transformó en laurel para protegerla. Mi abuela plantó un laurel delante de su casa y lo cuida con un mimo especial, como si fuera yo misma, le habla, lo riega y le transmite sus vibraciones positivas. Mi abuela cree que cuidando y protegiendo ese laurel, está cuidándome también a mí.

—Tu abuela debe tener una sensibilidad especial y supongo que te la ha transmitido.

—Ahora, basta de charla, lo que has de hacer es cenar y acostarte, yo voy a irme.

Oliver puso cara de niño desvalido.

—No te vayas, Dafne, no me dejes solo, todavía me siento muy débil... Olvida todo lo que te he dicho antes, no he hecho más que tirar piedras sobre mi tejado.

—No, tú tienes razón, no puedo liarme contigo, eres un pésimo partido y yo he de ser pragmática y consecuente como se supone que somos todas las mujeres.

Le dio un beso fugaz y se alejó por el pasillo; al poco, abandonaba el piso de la calle Muntaner, con el corazón oprimido y notando que le costaba respirar.

Pilar no acudió a su casa para conversar como había prometido, tampoco la avisó por teléfono de que no iría. Dafne intentó comunicarse con ella a través del móvil, mas sólo le respondió el buzón de voz, debía tenerlo desconectado. Supuso que se habría encontrado con algún amigo y se le habría ido el santo al cielo, lo

cual era un poco raro, porque su amiga era una mujer de palabra y siempre cumplía sus compromisos.

Llamó a Martina para preguntarle, ella y Pilar vivían cerca, en la misma calle, y solían encontrarse con frecuencia. Esta tampoco sabía nada de Pilar, pero aprovechó para contarle que se estaba enrollando con un chico simpatiquísimo, se llamaba Paco, era *mensaka* "ecológico" y repartía sobres de un lado a otro de la ciudad a bordo de una bicicleta. Le conocía de llevar envíos a su oficina y, según ella, era fantástico y tan original que vivía en una casa *okupada* con otros colegas. Pero como Martina era todo generosidad y entrega, le prestaba su cuarto de baño para que pudiera ducharse siempre que lo necesitara...

Dafne le hizo todas las recomendaciones que siempre se hacían las unas a las otras y se despidió de ella deseándole suerte, a ver si al fin encontraba su media naranja.

Se dirigió a su habitación, la noche era bastante calurosa. Necesitaba tenderse en la cama, tratar de ordenar sus confusas ideas y después, sumirse en un sueño reparador. Suponía que la luz del sol del día siguiente sería capaz de disipar la nube de pesadumbre que en aquel momento se cernía sobre ella, agobiándola con su pegajosa humedad.

Sobre el tocador del dormitorio había un gran espejo y allí, aprisionada contra el borde del marco, había puesto la fotografía de Oliver, la que hurtara en su casa. Se consolaba viendo su rostro que tanto le gustaba, la amplia sonrisa que mostraba sus dientes blancos y fuertes como los de un lobo joven.

Había recortado cuidadosamente la silueta de Bibí y, dentro de un sobre, la había ocultado en un cajón. Con las tijeras en la mano, estuvo a punto de hacerla trizas, pero al final se había contenido. Ya vería qué hacía con ella...

Introdujo una cinta en el radio-cassette y acariciados sus oídos por una música lenta y sensual que aminoraba la angustia de su espíritu atribulado, comenzó a despojarse de la ropa delante del espejo, con deliberada sensualidad y libre de toda censura, sin apartar sus ojos intensos de la fotografía del hombre. Con la mente y el cuerpo lleno

de calor, imaginó que él podía verla, que apenas les separaban dos metros de distancia y que él estaba a punto de alargar sus manos para atraparla entre sus brazos. Se despojó de las dos últimas prendas que cubrían su cuerpo, un sujetador y unas braguitas color de rosa con pequeños rombos negros, y se tendió sobre las sábanas que no lograron enfriar todo el calor que acumulaba su piel, una piel que necesitaba desesperadamente ser acariciada.

Oliver ya lo era todo para ella, la ternura, la pasión, el sentido de su vida. Conocerle había sido demoledor para su sensualidad, como echar leña seca en un horno semi apagado donde apenas quedan rescoldos. Las llamas habían comenzado a chisporrotear, ardían tímidas primero, pero cada vez se tornaban más altas y voraces y Dafne ansiaba retorcerse en aquel fuego y que la consumiera para transformarla.

Tras la muerte de Juan Antonio, el amor que sintiera por él se había encapsulado en su cuerpo. Como una espora privada de humedad, durante años había permanecido aletargado; conocer a Oliver había sido como recibir de golpe una tormenta de verano, cargada con el magnetismo vivificante de la atmósfera, y esas esporas, regadas al fin, habían comenzado a multiplicarse alocadamente, sin control alguno, y ahora invadían su cuerpo que desbordaba amor desde las uñas de los pies a las puntas de los cabellos, un amor al margen del tiempo porque había permanecido siempre latente, esperando renacer, y que ahora amenazaba con devorarlo todo.

Sus manos aprisionaron sus propios senos para acariciarlos y proporcionarles cierto alivio, íntimas caricias cuyo recorrido no quiso limitar ni frenar y que abarcaron su vientre, la parte superior de unas piernas que ansiaban abrirse generosas, el pequeño tesoro aún íntegro que con gemidos silenciosos exigía ser colmado.

Seis

Estaba duchándose cuando oyó sonar el teléfono, pensó que podía ser Oliver y salió del baño aún cubierta de jabón y a punto de resbalar sobre el suelo. A través del auricular oyó una voz femenina que le produjo una ligera desilusión.

—¿Dafne?

—Sí, soy yo.

—Soy Martina, ha ocurrido algo terrible...

Atropelladamente, su amiga le explicó lo sucedido. Sin acabar de oírla, Dafne no pudo contenerse y corrió al lavabo para vomitar pese a tener el estómago vacío.

Cuando abandonó el hospital donde Pilar yacía todavía inconsciente, Dafne se sentó en un banco de la primera iglesia que encontró abierta; no era una mujer especialmente religiosa, pero la soledad del templo, su silencio, el frescor ambiental en comparación con el calor exterior, sus aislantes muros de piedra, la altura de las bóvedas que eran como una pirámide sobre su cabeza, le aportaron cierto equilibrio y le permitieron ordenar sus pensamientos, era un reducto de paz dentro del caos urbano.

—Dios mío, ¿es que todos los que me rodean han de acabar convertidos en víctimas?

Su mente estaba llena de angustia, no entendía nada o quizá sí: entendía que Pilar había sufrido un terrible percance por intentar ayudarla, quizás por ocupar su lugar.

Su coche había salido volando de la carretera de l'Arrabassada, se había comido el guardarraíl en una pronunciada curva en descenso, precipitándose al vacío que la aguardaba impaciente al otro lado. Todo el mundo coincidía en que era un milagro que estuviera viva.

El vehículo había quedado medio atrapado por un saliente del barranco y el sólido cinturón de seguridad sin duda la había salvado de recibir golpes letales en la brutal caída.

Nadie entendía qué podía haberle pasado y menos que nadie, Dafne, ella sabía lo prudente y cuidadosa que era su amiga conduciendo, máxime teniendo en cuenta el aprecio que sentía por aquel coche recién estrenado al que cuidaba como si fuera un cachorro.

Miles de conjeturas se agolpaban en su mente, pero una lúcida intuición fue poco a poco abriéndose paso entre la oscuridad, fue como una pequeña antorcha encendida, creyó atrapar un hilo en aquella madeja y se dijo que debía tirar de él, no podía quedarse pasiva porque los remordimientos podían engullir la paz de su espíritu para siempre.

Controlando su angustia y la rabia que la invadía, se dirigió al edificio de "Hogar Siglo XX".

Dentro del despacho, tía Julia revisaba papeles, parecía satisfecha. Gloria tecleaba en el ordenador mientras masticaba un chicle.

—Sal, Gloria, he de hablar con tu madre —le exigió.

—¿Qué tripa se te ha roto? —rezongó su prima, pero al ver la cara de Dafne, optó por alejarse. Jamás le había visto una expresión tan sombría.

Dafne pasó el cerrojo de la puerta para que nadie las interrumpiera y se volvió hacia su tía. Sus ojos color caramelo ya no parecían dulces en absoluto, despedían chispas y la voz le temblaba al hablar pese a los esfuerzos que hacía por controlarse.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Entregaste bien el sobre? ¿Hubo algún problema?

—El contenido de ese sobre fue el problema.

—No te entiendo, sólo eran unos certificados...

Dafne no era ninguna experta jugando al póquer, pero se arriesgó

con un farol tratando de encontrar la verdad.

—Antes de entregarlo, lo abrí para conocer su contenido.

—¿Fuiste capaz? Pensaba que eras una muchacha honesta... ¿Cómo has podido traicionar mi confianza?

—Te conozco lo suficiente para saber que, por dinero, eres capaz de cualquier cosa, hasta de poner mi vida en peligro.

—No seas ridícula, no corrías ningún riesgo, todo estaba perfectamente aclarado y pactado.

—Y supongo que hasta debías haber cobrado ya el dinero, de lo contrario no te hubieras arriesgado a entregar esos papeles.

—En eso tienes razón, tampoco soy tonta, si hubiera dado los papeles antes, no hubiera visto un duro. Los entregué cuando el Banco me confirmó que la transferencia había sido ingresada en mi cuenta.

—Mira, tengo curiosidad por saber cuál era el valor de esa transferencia...

—Al principio pedí más, pero se negaron en redondo y hubo mucho regateo, al final la cantidad fue modesta.

—¿Cuánto es una cantidad modesta para ti?

—Sólo ciento veinte mil euros, una simple propina teniendo en cuenta la fortuna de Valle-Corrales.

—Al fin se te ha escapado el nombre que necesitaba oír. Así que no quemaste esos papeles que encontramos en el *bureau* de Perla de Oriente como me aseguraste, sino que los utilizaste para chantajear a ese hombre amenazándole con hacerlos públicos o quizá entregarlos a un partido de la oposición, porque un tipo que pretende ir de conservador y defensor de los valores cristianos no puede permitir que nadie sepa que pagó para que su amante abortara.

Julia resopló, visiblemente irritada.

—No he de darte más explicaciones, tú no eres más que una empleada aquí y mucho menos que imprescindible. He estado manteniéndote durante muchos años y ahora me vienes con recriminaciones, eres una desagradecida.

—Y esa transferencia, ¿acaso fue a una cuenta secreta en un banco suizo? Porque en un Banco de la Unión Europea siempre sería posible hallar la documentación de ese pago y a Valle-Corrales no debe convenirle dejar rastros.

—Bueno, mi difunto marido ya tenía una cuenta en Suiza en dólares y yo la he conservado, nunca se sabe qué puede pasar y el dinero es bueno tenerlo a buen recaudo. Acordar la forma de pago fue lo más difícil, me propusieron meter una bolsa con el dinero dentro de una consigna de la estación, pero me pareció muy peligroso. Además, cuando fuera a recoger esa bolsa, podían estar vigilándome y seguirme después. Y mejor que no sigamos hablando de temas que no te incumben, yo sé bien como llevar mis asuntos económicos y tú, cuanto menos sepas, más tranquila vivirás.

—No será asunto mío, mi amiga Pilar ha estado al borde de la muerte simplemente por sustituirme.

—Ahora no te entiendo, de verdad.

—No fui yo quien entregó ese sobre, tenía cosas más interesantes que hacer y Pilar se ofreció a hacerme el favor. Se hizo pasar por mí, subió a la cumbre del Tibidabo en su propio coche y a la vuelta, sufrió un accidente en el que ha estado a punto de morir, dicen que se ha salvado de puro milagro.

—Todos podemos sufrir un accidente de circulación, ocurren cada día y en todas partes.

—Sí, cada día ocurren accidentes, pero yo sé cómo conduce Pilar y también sé que si un todo terreno la empujara en una curva descendente tendría muchas posibilidades de salir volando hacia el barranco.

Julia palideció, por primera vez fue consciente de que estaba jugando con gente peligrosa y que ella sólo era una chantajista de

estar por casa.

—¿Y para qué iban a querer eliminarte, en este caso a Pilar, si ya tenían los papeles e incluso habían pagado?

—Los chantajistas no se conforman con pedir dinero una sola vez y supongo que Valle-Corrales a lo mejor no sabe que tú no tienes nada más para poder presionarle. Si, según tú, todo era tan inocente y diáfano, ¿por qué diste mi nombre a Valle-Corrales, por qué no le diste el tuyo?

—Bueno, como fuiste tú quien encontró esos documentos en el *bureau*...

—Sí, yo aparecía como la chantajista y el dinero te lo llevabas tú. Supongo que si hubiese sido yo quien acudía a la cita, ese tipo del Land Rover me hubiera hecho subir a su vehículo por las buenas o por las malas y luego me habría eliminado quizás arrojándome por el barranco, y hasta es posible que alguien pensara después que me había suicidado por un desengaño amoroso.

—Tienes un exceso de imaginación, tu abuela te educó lo peor que supo.

—Yo tendré un exceso de imaginación, pero hay varias cosas que son evidentes: tú has recibido un dinero extorsionando a un político de altura con unos papeles comprometedores, y la persona que ha ido a entregar esos papeles ha sufrido un accidente del que ha salvado la vida por los pelos, una persona que tenía que ser yo. Me parece que no me paso de quisquillosa al pensar que Pilar pudo no sufrir un accidente, sino que la empujaron deliberadamente para echarla de la carretera.

—Eres libre de comerte el coco como prefieras, pero no tienes pruebas de nada, absolutamente de nada.

—Es cierto, no tengo pruebas, la única que podría aportarlas eres tú con tu testimonio y ya sé que antes te dejarías arrancar la piel a tiras, tú ya has cobrado lo que pretendías y si el mundo revienta a tu alrededor, te importa un bledo. No entiendo como puedes llegar a ser tan ambiciosa cuando ya estás podrida de dinero, tu marido te

dejó bien arropada, lo tuyo es una enfermedad.

—Sé sensata, Dafne, es mejor que las dos olvidemos todo este enojoso asunto —pidió, tratando de calmarla—. Seguro que a tu amiga no le pasa nada grave, es joven y se recuperará. Te aumentaré un poco el sueldo y...

—Guárdate tu dinero, no voy a permanecer un minuto más aquí, pero acuérdate de mi nombre, acuérdate porque yo no voy a olvidar lo que ha pasado y de una forma u otra, el que le ha hecho daño a Pilar, lo pagará. Yo soy muy poca cosa, pero nunca hay enemigo pequeño y seguro que encontraré alguna fórmula para fastidiar a ese político que quiere parecer honesto cuando no es más que un cerdo.

—Eres más tonta de lo que pensaba, no conseguirás nada, serás más inofensiva que un mosquito picoteando el pellejo de un elefante. Un paria no puede nada contra un brahmán, y ese Valle-Corrales es como un brahmán en el mundo de la política. Simplemente acceder a él a través del teléfono ya fue muy difícil, sabe protegerse y le sobran medios y dinero.

—Un mosquito puede matar inoculando la malaria o enfermedades aún peores, no es inteligente despreciar a los pequeños, siempre pueden acabar fastidiándote.

Dafne Marés salió del edificio de “Hogar Siglo XX” lamentando no poder dar un portazo porque las puertas de cristal se abrían solas.

Cuando de nuevo se vio en la calle, toda su furia comenzó a deshincharse y el vacío que esa rabia dejó en su pecho fue ocupado por una mezcla de tristeza, confusión y miedo. No sabía qué hacer ni por donde tirar, los acontecimientos la sobrepasaban. Si el sicario acababa averiguando que Dafne Marés no estaba muerta, quizás intentara enmendar su error. Claro que también podía suceder que Valle-Corrales decidiera no arriesgarse de nuevo y optara por olvidar y despreciar aquel asunto; a fin de cuentas, los documentos que podían comprometerle ya estaban en su poder.

El nombre de Dafne Marés no aparecía en la guía telefónica, vivía en un piso alquilado y el teléfono constaba a nombre del

propietario, pero si alguien poderoso estaba dispuesto a localizarla, sin duda lo conseguiría.

Necesitaba exponer a alguien todas sus tribulaciones, sus miedos, que otra mente más fría que la suya la ayudara a centrarse y encontrar el camino más adecuado, un camino que no perjudicara a inocentes.

Sólo podía confiarse en Oliver, tenía que hablar con él, explicarle su problema y pedirle que la ayudara a ver claro. No obstante, no pensaba revelarle el nombre del político en cuestión, saber demasiado no era beneficioso para nadie, esa es la única cosa que Dafne tenía muy clara.

Anduvo hacia el piso de la calle Muntaner. La portera estaba en su puesto tras el pequeño mostrador de madera y al verla, no disimuló una sonrisa maligna.

—¿Va usted a ver a Oliver?

—Sí, claro.

—Le advierto que Bibí, su mujer, está arriba.

La noticia le pareció tan insólita que prefirió cerciorarse personalmente. Tomó el ascensor y subió al piso cuya puerta abrió con la llave que aún conservaba. Anduvo por el pasillo y una voz femenina que hablaba en el dormitorio le confirmó que Oliver no estaba solo.

Entró en el cuarto y se vio frente a Bibí, ésta dio un pequeño brinco levantándose de la cama en cuyo borde estaba sentada, sorprendida por la, para ella, inesperada presencia de Dafne.

Oliver, tendido en la cama con la espalda apoyada contra el cabezal, era la viva imagen del estupor y el desconcierto. Enfrentado a las dos mujeres, no supo qué hacer ni mucho menos qué tenía que explicar, no fue capaz ni de decir sus nombres para presentarlas educadamente, aunque maldita la falta que le hacía a Dafne, conocía de sobras la cara de Bibí.

Dafne miró a su adversaria y Bibí tuvo suerte de tener delante a una

mujer culta y civilizada capaz de dominar sus instintos, porque Dafne hubo de contener las ansias de estirarle de los pelos a ver si la dejaba calva. Ni ella misma entendía cómo logró dominarse tanto.

Y lo peor es que tuvo que admitir que Bibí era una monada, altísima y delgada como un junco, de largo cabello lacio, oscuro y brillante, muy abundante. Tenía un rostro de muñeca, muñeca sin alma pero muñeca al fin y al cabo. Y encima era capaz de lucir con soltura un atuendo que sonrojó a Dafne de vergüenza ajena: La minifalda apenas le tapaba las bragas y el ajustado *top* de tirantes, dejaba su ombligo al descubierto, era imposible caminar por la ciudad con menos ropa sin ser multada por los urbanos. Si se paseaba así junto a una obra, los albañiles iban a caer de los andamios como peras maduras del árbol.

Lo peor de todo es que en aquel triángulo, el vértice que sobraba era la propia Dafne. Lo único que ya podía hacer era salir de escena con un mínimo de dignidad.

Tendió las llaves del piso a Oliver mientras le decía con una sonrisa que destilaba veneno:

—La operación tormenta del desierto ha terminado, como el piso ya está prácticamente arrasado, te devuelvo las llaves, ya no podemos llevarnos más muebles. —Sacó de su bolso los trozos recortados con la firma de Oliver aceptando las Letras y los arrojó sobre la cama como si fueran grandes fragmentos de *confetti*—. No sufras más por las Letras, nadie va a poder reclamarte que las pagues amenazándote con un embargo, y mira que es difícil encontrar algo para embargar en esta casa, lo más valioso que queda debe ser el ordenador y seguro que ya está obsoleto. Te deseo un rápido restablecimiento, quedas en buenas manos.

El hombre balbuceó unas palabras que Dafne no se entretuvo en atender ni escuchar, dio media vuelta y abandonó un piso donde nada tenía que hacer; ella sólo era una extraña que durante unos días había jugado a enfermera.

Se refugió en su propio piso, tenía tantos motivos para estar furiosa

que no la emprendió a patadas contra los muebles por puro milagro. Acabó tendida en el lecho, llorando como una desesperada con el rostro oculto contra la almohada. Había corrido el riesgo de morir, su mejor amiga había sufrido un terrible accidente y aún no había recobrado el conocimiento, había perdido el trabajo y, como guinda, Bibí había vuelto al hogar conyugal, posiblemente se había enterado de que Oliver estaba herido y acudía solícita y cariñosa para cuidarle.

Tenía el contestador automático desconectado, oyó sonar el teléfono y no se molestó en responder; fuera quien fuese, no quería hablar con nadie, no quería enterarse de nada; aunque alguien tratara de advertirle de que sólo faltaban diez minutos para que el planeta Tierra estallara en pedazos, le daba igual.

Pasó el tiempo y poco a poco, se fue calmando, la recobrada capacidad del llanto la alivió, permitiéndole recuperar cierta serenidad.

Del cajón de su tocador sacó el sobre que contenía el trozo de foto con la imagen de Bibí y la observó con detenimiento mientras su mente se llenaba de pensamientos perversos. Hasta a ella misma le resultaba increíble lo mal que le caía aquella *top-model* a la que sólo había visto una vez. Con las tijeras comenzó a recortar la silueta de Bibí, dejándola convertida en una especie de muñeca de papel. Ella no creía en la magia, pero ¿y si funcionaba?

Se acercó a la nevera y sacó un bote grande de salsa mahonesa que tenía guardado a medio consumir. Lo abrió e introdujo la figura de Bibí dejándola sumergida en la salsa amarillenta justo hasta debajo de los senos.

Todo el mundo opinaba que la mahonesa engordaba mucho, había llegado el momento de comprobarlo. Sin embargo, bastaba con que Bibí se engordara hasta el estómago, sólo faltaría que se le pusieran unas tetas como las de la Pamela Anderson, la vigilante de la playa.

Dafne pasó muchas horas en la clínica, pendiente de su amiga, y lo cierto es que tampoco tenía nada mejor que hacer. Los médicos eran bastante optimistas respecto a su recuperación y, finalmente, los

pronósticos favorables fueron una realidad. Pilar despertó, no recordaba nada del accidente de tráfico de que fuera víctima y Dafne hubo de contener la impaciencia que la devoraba, estaba ansiosa por conocer detalles que la ayudaran a esclarecer lo sucedido, mas no podía presionar a su amiga en absoluto y mucho menos revelarle que, sin saberlo, se había visto mezclada en un turbio asunto de chantaje a un político cuyo nombre era de sobras conocido. Saber demasiado era más peligroso que ignorarlo todo.

Pasaron varios días hasta que, poco a poco, Pilar fue ordenando sus pensamientos y pudo explicarle a Dafne lo que recordaba, que tampoco era demasiado.

—Cuando llegué a la plaza del Tibidabo, delante de la iglesia, paré mi coche. No tardé en divisar el Land Rover "Discovery" rojo con matrícula francesa, me apeé y me acerqué a él. Del todo terreno bajó un tipo joven y alto vestido con el mono rojo y la gorra de béisbol, me preguntó si era Dafne Marés y asentí, me pidió el sobre y se lo entregué. Él sonreía ampliamente, era muy simpático y atractivo, aunque la verdad es que tampoco pude ver bien su cara porque, además, llevaba gafas de sol... Intentó enrollarse conmigo y me invitó a tomar una copa, pero yo no acepté y tampoco quise darle mi teléfono a pesar de que insistió bastante.

—Si era tan simpático, es raro que tú te negaras —se asombró Dafne.

—Es que tenía mucho acento italiano, y después de lo que me pasó con Paolo, el médico me prohibió todo trato con italianos, ya lo sabes. Divorciados e italianos, pocos y lejos, son especies peligrosísimas.

—Tienes razón —admitió Dafne con un suspiro que traslucía su profundo desaliento.

—Como te decía, nos despedimos muy cordialmente y yo regresé a mi coche para la vuelta a Barcelona. Me pareció que él me seguía y pensé que lo que pretendía es averiguar dónde vivía, pero tampoco estoy muy segura de que fuera así. Mientras descendía del Tibidado comenzó a llover torrencialmente, conecté el limpiaparabrisas y, de súbito, me vi volando... Me acordé del “Jesusito de mi vida...” y

nada más, te prometo que no recuerdo ni el ruido del golpazo.

—¿Cuál era la matrícula de ese Land Rover?

—Ni idea, era una matrícula francesa y lo único que sé es que no correspondía a Paris.

—¿Sabes qué opina la policía del accidente?

—Aún no he hablado con ella, pero mi madre me ha explicado que, según le comentó el guardia urbano que pasó por aquí, fue un accidente fortuito, que debí tomar mal la curva y con el pavimento mojado, me la pegué. Lo más lamentable es que el coche está irrecuperable, suerte que lo tenía asegurado a todo riesgo, como lo estoy pagando a plazos... Todo el mundo opina que he vuelto a nacer y yo también lo pienso, lástima que en el carné de identidad nadie va a hacerme una rebajita de años. A partir de ahora, seguro que lo veo todo con mucha más espiritualidad, este accidente me servirá de lección, voy a cambiar mi planteamiento de vida y a preocuparme sólo de las cosas que realmente soy importantes y trascendentes... —Hizo una pequeña pausa y movió con cuidado su mano sobre el embozo de la sábana, aún no le habían quitado el gota a gota—. Con todos los días que llevo alimentándome a base de sueros, habré perdido un montón de kilos, ¿no crees? Me he mirado en el espejo del lavabo y he quedado asombrada de la cinturita que se me ha puesto, he rebajado hasta las cartucheras...

—Vaya, eso que dicen de que no hay mal que por bien no venga, va a resultar verdad.

Pilar sonrió con picardía y bajó la voz para confesarle:

—¿Sabes que en el turno de noche hay un médico chileno que es cariñosísimo? Habla de una forma tan dulce que te alivia los dolores. Anoche viene y me suelta: “Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos, te pareces al mundo en tu actitud de entrega...” Yo pensé que la visión de mi cuerpo le había inspirado unas palabras tan bonitas y no sabes cómo me puse, pero él me explicó que eran de un poeta de su tierra. Es un poquito más joven que yo, pero ya he dejado de dar importancia a esas nimiedades.

—Sólo deseo que tengas más suerte que yo, encuentro al hombre de mi vida y resulta que está ocupado.

—¿No has vuelto a saber nada de Oliver?

—Me ha dejado un montón de mensajes en el contestador de mi teléfono.

—¿Y tú no le has llamado?

—No puedo, si le doy la oportunidad de hablar es capaz de convencerme de que el DDT es un buen aliño para las ensaladas, tú no le conoces, y yo estoy ansiosa de que me convenza. Creo que le atraigo sexual y amistosamente, que me tiene cierto cariño, me ha hecho muchas confidencias, pero no quiero convertirme en "la otra", lo quiero mío en exclusiva, y estando de por medio esa *top-model* que además es su esposa, eso es imposible.

—¿Tan guapa es esa mujer, no la estás sobrevalorando?

—Se parece a la Mar Flores, pero Bibí es como la versión retocada de las fotos, es altísima y esbelta y tiene un cutis que es una porcelana. En cambio yo, en cuanto me descuido, me salen granos.

—Sí, ya sé que no puedes probar el chocolate.

—Pues esta mañana, antes de venir aquí, estaba tan deprimida que no he podido aguantar más y he entrado en una granja para tomarme un tazón de chocolate. Ya me da igual que me salgan granos porque lo que yo quiero es morirme.

Pilar era una amiga tan generosa que, olvidando su propio problema, se volcó en consolar a Dafne que empezaba a llorar ocultando el rostro entre sus manos.

—Dafne, ¿podrías hacerme un favor?

—Dalo por hecho.

—Me gustaría que buscaras en alguna librería a ver si encuentras algún libro de Pablo Neruda. Daría un repasito a sus poemas, así cuando hable con el doctor Reyes, parecerá que estoy

empolladísima de las obras de su poeta favorito. A los santos hay que adorarlos por la peana...

A Dafne le faltó tiempo para cruzar el vestíbulo del gran hospital y dirigirse a una librería próxima. Consultó a las amables vendedoras y después de un ratito de espera, consiguió tener entre sus manos un ejemplar de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y otro de *Residencia en la Tierra* que les quedaban en el almacén.

Una cosa le produjo un intenso desasosiego y es que, mientras esperaba en la librería a que le trajeran las obras de Pablo Neruda del almacén, descubrió que un hombre joven, alto y bien parecido, que ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol, la observaba con mucha atención. Mas, cuando ella levantaba la mirada y la cruzaba con él, aquel sujeto disimulaba y se dedicaba a examinar el libro que tenía entre las manos.

En cualquier otra ocasión, Dafne se hubiera encogido de hombros pensando que si aquel desconocido la miraba era simplemente porque la encontraba atractiva, pero en aquel momento, un escalofrío de desasosiego la estremeció y el sudor del miedo humedeció las palmas de sus manos. Intentó tranquilizarse a sí misma diciéndose que tenía un exceso de imaginación, que seguro que aquel individuo no tenía nada contra ella, pero cuando salió a la calle, controló disimuladamente los movimientos del desconocido. Anduvo por la acera con el máximo de naturalidad, deteniéndose un poco ante distintos aparadores como si estuviera muy interesada en las mercancías que éstos mostraban. No tardó en constatar que el hombre de la librería la seguía.

Cuando llegó al hospital, no se atrevió a subir directamente a la habitación de Pilar. Tomó un ascensor de descenso y, dos plantas más abajo, salió a unos pasillos fríos e iluminados que conducían al tanatorio. Allí, en distintas salitas, a baja temperatura y expuestos como en un acuario, estaban los fracasos de la medicina, seres llegados al hospital con la ilusión de curarse y que salían vacunados definitivamente contra todas las enfermedades.

Dafne se mezcló entre parientes que lloraban por la pérdida de su deudo, entre amigos indiferentes que sólo acudían a testimoniar su pésame cumpliendo un rito social. Estampó algo parecido a una

rúbrica en uno de los libros colocados al efecto y por el rabillo del ojo, controló a las personas que la rodeaban mientras el aroma de las flores de ramos y coronas llegaba a su nariz como un lamento. No divisó al hombre de la librería. Dejó pasar un tiempo prudencial y cuando le pareció oportuno, subió en el ascensor hasta dos plantas más abajo de donde estaba Pilar.

Ascendió a pie los dos tramos de escaleras que le faltaban y cuando llegó a la habitación de su amiga, jadeaba un poco. Le entregó los libros, se despidió de ella cariñosamente y, al poco, abandonaba el hospital.

No siguió el camino habitual para regresar a su piso en la calle de Valencia, seguía desasosegada, le parecía que la sombra de Valle-Corrales iba tras ella y no con buenas intenciones.

Cuando arribó al piso que tenía alquilado, entró apresuradamente y cerró la puerta a su espalda. Por primera vez fue consciente de lo vulnerable que era aquella puerta que la aislaba del rellano y la pésima calidad de la cerradura. Hasta entonces no le había preocupado en absoluto su seguridad, no poseía nada de valor y le parecía absurdo que ningún ladrón se tomara la molestia de entrar en aquella casa para robar, pero su perspectiva acababa de cambiar y la ansiedad, el miedo, secaron su paladar y comenzó a sudar temiendo que, agazapado en algún rincón del piso, como una alimaña al acecho, alguien estuviera esperando su llegada.

Venciendo el miedo que oprimía su diafragma como una garra, recorrió las distintas estancias para comprobar que no había nadie. Miró dentro de los armarios, debajo de la cama, salió al pequeño balcón que casi se desplomaba bajo el peso de las macetas, a rebosar de floridos geranios.

Algo más tranquila tras revisarlo todo, suspiró y fue a mirar su contestador. La cinta estaba llena de llamadas, todas de Oliver. Rebobinó y escuchó de nuevo los mensajes, grabados con distintos tonos de voz que revelaban los diferentes estados de ánimo por los que pasaba el hombre según el momento.

—¿Dónde diablos te has metido? —Estaba furioso—. Llámame en seguida... Soy Oliver.

—Por favor, Dafne, ven a verme... Me siento mal, creo que tengo fiebre, la herida de la pierna me duele mucho... —allí la atacaba por su lado más vulnerable, su voz estaba impregnada de desaliento.

—¡Si no quieres verme más, al menos dímelo! —decía en otro de los mensajes.

—¡Coño, llámame!

Y finalmente:

—Dafne, soy Oliver. En la tienda me han dicho que te has despedido, que no volverás por allí, y ni siquiera sé dónde vives. Sólo tengo tu número de teléfono y tu nombre no aparece en la guía. No puedo empezar a dar vueltas por la ciudad buscándote. ¿He de recordarte que no vivimos en un pueblo donde todo el mundo se conoce?

Dafne extrajo la cinta del contestador dejándolo vacío. La metió en su bolso junto con la fotografía recortada de Oliver y una fotocopia que había sacado de una de las Letras para guardar el dibujo de su firma, eran las únicas cosas que tenía de él. Sacó una maleta del armario y procedió a llenarla con lo más imprescindible.

Metió todas sus plantas dentro de la bañera, puso el tapón y la llenó de agua hasta una altura prudencial, no sabía cuánto tiempo tardaría en volver, ni siquiera sabía si volvería.

Limpió la nevera de restos de comida y los arrojó a una bolsa de basura que luego tiraría al contenedor. La nevera quedó vacía, a excepción del bote de mahonesa sólidamente cerrado y en cuyo interior continuó sumergida la silueta de Bibí Sesma. Lavó las últimas prendas íntimas que había usado y las colgó en el baño.

Abandonó el edificio con la maleta en una mano y el bolso en bandolera, paró un taxi y pidió que la llevara a la estación de Sants: Sólo había un sitio al que podía ir, el único lugar donde se sentía segura.

Siete

Palmitos, pinos, algarrobos, olivos, cipreses, laureles, infinitas gamas de verdes plasmadas armónicamente en el lienzo del paisaje mediterráneo, un paisaje que apenas cambiaba a lo largo del año, era sereno y casi inmutable, preservado del frío intenso y las heladas, las ramas de sus árboles raramente se cristalizaban, atrapadas por la escarcha. El intenso aroma del tomillo, el espliego, el romero, embalsamaban un aire limpio que vivificaba los pulmones y liberaba de toxinas hasta a un espíritu atormentado.

Dafne no había nacido en aquella tierra, pero se sentía unida a ella por lazos muy sólidos; bajo el cuidado siempre atento y cariñoso de una abuela que la acunaba con sus relatos, allí había pasado su infancia y también parte de la adolescencia.

Su alcoba siempre estaba a punto, esperándola en el piso alto de la gran casa de piedra, bajo el pequeño desván y la cubierta de teja árabe. Desde su ventana podía contemplar el paisaje siempre propicio, nunca hostil, y el resplandor de la luna se filtraba por ella para bañar su piel durante el sueño.

Dentro del armario de roble macizo continuaban colgados muchos de sus vestidos que ya no podía utilizar porque se le habían quedado pequeños o estaban pasados de moda. En la librería baja, sus libros preferidos aguardaban ser acariciados de nuevo por sus ojos, por las yemas de los dedos pasando una vez más las páginas.

La abuela Cinta la acogió con los brazos abiertos y no le hizo preguntas, nunca las hacía, ella parecía intuirlo, saberlo todo. Dafne no le confesó que estaba enamorada, tampoco le habló del hallazgo del *bureau*; simplemente le explicó que estaba harta de aguantar las exigencias de su tía, que se había despedido de “Hogar Siglo XX” y pensaba tomarse un período de vacaciones en el que reflexionaría sobre el mejor camino a emprender después.

La masía estaba cercada por un sólido muro de piedra y por el

rústico recinto que Dafne no se atrevía a llamar jardín, correteaban dos perros pastor alsacianos de largo pelaje negro fuego. Eran macho y hembra y se llamaban *Thot* y *Alba*. Una pareja de perros alsacianos siempre había guardado aquella casa; lógicamente, los animales desaparecían, su vida era demasiado corta comparada con la de los humanos y eran sustituidos por otros, pero sus nombres siempre eran los mismos, la abuela lo prefería así, y la presencia de aquellos animales era tan perenne como las hojas de los árboles que les brindaban su sombra para preservarles de un sol que en el verano quemaba como plomo fundido.

La casa, sólida y severa, no tenía lujos, ni falta que le hacían. El tendido de electricidad acababa en ella y también la línea telefónica, estaba a las afueras del pueblo. Sobre el tejado, una gran antena de televisión captaba las ondas de las distintas emisoras, la abuela era ecléctica y no prescindía en absoluto de los avances que le brindaba la civilización moderna, disponía de lavadora automática, nevera, un gran congelador, un horno microondas e incluso había instalado en su biblioteca un ordenador bastante potente.

Lo único que lamentaba es que aquel fabuloso invento le había llegado un poco tarde, que ya no le quedaban muchos años para disfrutarlo.

En principio, se había mostrado algo reacia al engendro del PC, pero cuando alguien le explicó que navegando por Internet podía consultar las obras de un montón de bibliotecas públicas y hasta de fundaciones privadas, se puso como loca y corrió a apuntarse a un cursillo de introducción a la informática organizado por el ayuntamiento del pueblo para la tercera edad. Y había acogido con tal entusiasmo aquel invento (ella no se cansaba de repetir que aquello sí era magia y lo demás, pamplinas) que cuando Dafne la perdía de vista durante horas, ya sabía en qué estaba entretenida: navegando por la red.

A bordo del viejo Citroën de la abuela Cinta, Dafne rodó por el amplio sendero de tierra que se adentraba por un cultivo de avellanos cuyos frutos ya nadie se preocupaba de recoger. Al final del camino, rodeada de campo y soledad, estaba la masía de Sadurní, al que todos llamaban el Mormón.

Era un tipo muy corpulento, le faltaba poco para medir dos metros de estatura y su cuello era tan grueso como su propia cabeza, coronada por una cabellera rizada intensamente pelirroja, como pelirroja era la barba que disimulaba el perfil débil de su barbilla. Usaba pequeñas gafas de miope y su rostro grande, redondo y un poco aplastado, era la viva imagen de la felicidad y la placidez.

Acogió la presencia de Dafne con vivas muestras de entusiasmo.

—¡Mi querida Dafne! ¿Por ventura has decidido al fin acceder a mis ruegos y vienes dispuesta a ser una más de mis flores, a formar parte de mi familia plural?

—Anda ya, polígamo, más que polígamo, simplemente vengo a buscar los huevos y el queso que mi abuela te encargó.

—Ya, no podía ser posible tanta felicidad... —Suspiró ostensiblemente y le faltó poco para soltar unas lágrimas, era un tipo bastante histriónico—. ¿Te he advertido ya que antes de cinco años caerán sobre los hombres terribles inundaciones, terremotos y huracanes para castigar sus pecados y que nuestro país no se librará de ese castigo?

—Yo pensaba que esas catástrofes ocurrían un año sí y otro también en alguna parte del planeta...

Sadurní prosiguió sin inmutarse:

—Pero, luego sobrevendrá un período de mil años de paz y prosperidad y los continentes se unirán en una masa única de tierra rodeada de agua... Los miembros de la Iglesia Verdadera y Viva de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, los hombres más sabios y generosos, bajo la protección del ángel Moroni, poblaremos ese mundo maravilloso porque somos los elegidos de Dios, los poseedores de la única y fundamental verdad...

—Si no estuviera segura de que tú no bebes alcohol, ni siquiera café o coca-cola, pensaría que estás flipado

Del interior de la casa escapaban alegres sones de música latina. A través de las ventanas y ocupadas en distintas labores domésticas,

Dafne vio a las tres esposas de Sadurní: Margarita, Rosa y Azucena, por eso él las llamaba “mis flores” con toda propiedad.

Eran tres mujeres relativamente jóvenes y parecían despreocupadas y felices. Alrededor de la masía correteaban tres niños, eran hermanos del mismo padre, pero nacidos de distinta madre. Cuando Rosa llegó junto a ella cargada con el queso que elaboraban, constató la redondez y prominencia de su vientre: Sadurní esperaba un cuarto vástago.

—Está visto que hasta que no tengas un equipo de fútbol no pararás.

—¿Y por qué he de parar? Tengo una familia fantástica y deseo que sea lo más numerosa posible. Así los niños se educan en comunidad, pero una comunidad que es su propia familia porque son todos hermanos.

—Cualquier día te veo en la cárcel, la poligamia es un delito.

—Según la Biblia, el propio Abraham tuvo varias esposas, no hay nada malo en ello. Yo cumplo las leyes, ya lo sabes; mi esposa oficial es Margarita, con Rosa y Azucena me he casado siguiendo nuestros propios ritos, pero a las tres las respeto y las adoro, y lo mismo haría contigo si te decidieras a hacerme el más feliz de los mortales, porque tú eres la única gema que falta para completar este perfecto collar.

Sadurní siguió hablando y echaba mano de todo un torrente de elocuencia, era el perfecto predicador y en cuanto alguien se le ponía a tiro, no perdía el tiempo y empleaba todos sus argumentos tratando de convencerle. Dafne le conocía bien y en el fondo le apreciaba, sabía que a Sadurní le encantaba verse rodeado de mujeres y para conseguirlo, no le importaba erigirse en el único profeta afincado en la zona del brazo fundamentalista de los mormones, porque los mormones modernos tenían una sola esposa, como todo el mundo.

—Mi querida Dafne, te aseguro que mis tres esposas se llevan de maravilla, son más que amigas, hermanas, se ayudan mutuamente, se reparten las tareas de la casa y las distintas labores de la granja,

comparten la educación de los niños y no necesitan ningún canguro, se cuidan unas a otras cuando están enfermas. Ninguna de ellas puede sentirse sola o melancólica. Aceptan mi autoridad, dejan que yo mande porque eso es lo que quiere Dios, y todo es tan perfecto y maravilloso, que cuando nos reunimos en torno a la mesa para comer, damos humildemente gracias al Altísimo por depararnos tanta felicidad.

—¿Nunca se pelean entre ellas, no sienten celos? —inquirió Dafne escéptica.

—No, son mujeres generosas y por ello nunca sienten celos ni envidia unas de otras. Te aseguro que ni el asunto del sexo nos ocasiona discusión alguna. Tenemos unos turnos, yo me acuesto cada día con una de ellas, la hago feliz, y al cuarto día, descanso y vuelta a empezar. Bueno, si tú vivieras aquí, sólo descansaría cada cinco días...

—Lástima que yo soy una mujer tan egoísta que quiero un hombre para mí sola, los *ménage à trois* o, en este caso, a *cinq*, no se han inventado para mí.

—Tú lo has dicho, te falta generosidad. Si amaras sin egoísmo, sólo desearías que tu hombre fuera feliz y no te importaría que gozara en los brazos de otra mujer.

—Entonces, si eres tan generoso, ¿por qué no permites que se instale aquí otro hombre y te ayude en la tarea de amarlas y dejarlas contentas?

—Oh, no, eso es diferente.

—Claro, en los gallineros sólo puede haber un gallo. No importa el número de gallinas, pero si hay dos gallos, acaban peleándose hasta que uno elimina al otro.

—Ajá, la naturaleza es muy sabia y no podemos alterar sus leyes y equilibrios de protección.

—¿Sabes qué pienso? Que tienes un morro que te lo pisas, querías tener un harén y te has hecho profeta de la religión que más te

conviene para convencerlas a ellas con argumentos que otros han inventado antes.

—¿Te he explicado alguna vez que nosotros creemos en la reencarnación y que hemos de ser buenos para reencarnarnos en una criatura superior, porque si no retrocederíamos a una escala inferior?

—Debe ser terrible sufrir el castigo de una reencarnación, con una vida es más que suficiente para saber lo que son problemas.

—Si vinieras más por aquí, si no me regatearas el regalo de tu presencia, yo te ayudaría a encontrar el camino de la luz, nuestro mensaje es imparable para la humanidad.

—¿Y qué opinan los otros vecinos del pueblo de tu peculiar forma de vida?

—Oh, bueno, ellos todavía no han sido tocados por la luz... Me miran de reojo y me critican porque sus corazones están llenos de envidia.

—Claro, en el fondo desearían vivir como tú: Rodeado por tres mujeres que te tratan como al león de la manada, cuidan la prole y la casa y llevan adelante las tareas de la granja; con trabajar de noche, tú ya tienes bastante.

—¡Cuán equivocada estás! No imaginas la ingente cantidad de tareas que llevo a cabo cada día. Yo me ocupo del tractor y...

—Sólo faltaría que también les hicieras arar a ellas.

Margarita no tardó en acercarse llevando una cesta repleta de huevos morenos que entregó a Dafne. Ambas se besaron en las mejillas cariñosamente e intercambiaron distintos comentarios. Dafne pagó por todas las viandas que se llevaba y no tardó en abandonar la masía a bordo del viejo Citroën.

Sadurní y su familia plural, como le gustaba llamarla, vivían en aquella granja desde hacía unos años. Urbanitas desengañados, desertores de la gran ciudad, habían optado por acogerse a un modo de vida distinto, como si fueran pioneros en el viejo Oeste

americano y, pese a que a escasa distancia de la granja, detrás de las altas montañas, discurría una moderna autopista y hasta había un aeropuerto, ellos se habían encerrado en un islote casi intemporal y sus costumbres diferían poco de las que pudieran seguir otras gentes hacía ciento cincuenta años. Se alimentaban prácticamente de los productos que obtenían de la granja y el resto, lo vendían a otros vecinos y sobre todo, a los domingueros que llegaban de la ciudad ansiosos de paladear alimentos con su auténtico sabor, tomates con sabor a tomate, albaricoques perfumados, pollo cuya carne no recordara a la harina de pescado.

Encontró a la abuela Cinta sentada en una butaca de mimbre a la sombra del algarrobo; sostenía entre sus manos una vieja edición de *Romeo y Julieta*; una vez más, releía aquellos textos únicos capaces de conmoverla con la belleza de su prosa pese a que, prácticamente, debía conocerlos de memoria.

—Sadurní, como de costumbre, ha intentado camelarme para que me convierta en su cuarta esposa. Está como una cabra.

—Sí, el pobre hombre insiste sin darse cuenta de que pincha en hueso, porque tú eres absolutamente territorial como la propia *Alba*; si otra hembra se acercara a lo que tú consideras tu parcela, la morderías en el cuello hasta conseguir echarla.

—No te pases, abuela, simplemente estoy educada en otra mentalidad. Supongo que las familias plurales como la de Sadurní pudieron ser útiles en condiciones de vida muy adversas, cuando había muy pocos hombres o éstos habían muerto y era preciso formar grupos compactos para sacar adelante a los hijos y el hogar, pero ahora todo es muy distinto.

—Es curioso que la felicidad e incluso la moral, el concepto de pecado, dependa del momento social y cultural en que vivamos. Las mujeres adúlteras, en el pasado eran lapidadas; ahora salen en las revistas y cobran por airear sus trapos sucios, nadie las repudia. Siglos atrás, muchas mujeres sabias fueron condenadas y quemadas en la hoguera acusadas de brujería; ahora, advenedizas que saben de magia lo que han aprendido en un cursillo por correspondencia, se anuncian hasta en la televisión, pagan sus impuestos y hasta pueden ser consultadas por políticos conservadores o agentes de

bolsa.

Los días pasaban, el verano discurría plácido y Dafne entretenía su tiempo con la lectura, los largos paseos, las tareas propias de la casa o el arreglo de las plantas, las largas charlas con la abuela y también, cuando ésta dejaba un poco libre el ordenador, navegando por la red.

El rostro de Oliver, el sonido de su voz, no se apartaba de su mente, era un recuerdo reciente pero casi obsesivo que había reemplazado por completo, hasta borrarlas, las viejas imágenes de su amor adolescente.

Lamentaba que su vida no fuera un video y no pudiera regrabarlo para cambiarle las escenas decisivas. Si hubiera actuado de otra manera, sin oponerse a sus propias pasiones, hasta era posible que la vuelta de Bibí al hogar conyugal no se hubiera producido. La almohada de su cama se mojaba de lágrimas muchas noches; no sollozaba, el llanto se deslizaba en silencio por sus mejillas. Se sentía profundamente deprimida y cuando por la mañana despertaba, casi lo lamentaba, qué grato hubiera sido cruzar el umbral de la muerte durante el sueño, apenas sin enterarse, y quedar liberada de aquel dolor opaco.

Había hablado varias veces con sus amigas por teléfono y sabía que Pilar estaba bien y que su relación con el médico chileno iba viento en popa, los poemas de Neruda funcionaban como el más eficaz y sólido de los amarres. En cuanto a Martina, se lamentaba de que Paco, el *mensaka,* era lo más parecido a una golondrina: Pasaba por el nido, picoteaba un poco y ¡hale! se subía a la bici y a lo mejor estaba varios días sin dar señales de vida.

—Dafne, deberías ir al pueblo y traerte unas cervezas, carne de cordero para asar, butifarras y otras cosillas, te haré una lista —le dijo la abuela aquella mañana de sábado.

Dafne no sabía en qué día vivía ni le importaba; en la masía, el tiempo parecía discurrir por otros parámetros y a ella, todo le daba igual.

—¿Cerveza? Si ni a ti ni a mí nos gusta la cerveza.

—Pero podemos recibir alguna visita. Que te las den ya fresquitas de la nevera, la gente llega con sed...

Dafne se encogió de hombros, no puso más reparos, aunque se dijo que, en aquella casa, raramente se recibían visitas, a excepción de algún excursionista que, de camino a la vieja ermita derruida, se paraba a pedir agua para llenar su cantimplora.

Puso en marcha el viejo coche que permanecía protegido del sol bajo un tejadillo de brezo y rodó en dirección al pueblo. Cuando ella no estaba, su propia abuela se ocupaba de realizar las compras; la anciana no tenía carné de conducir porque le habían suspendido las prácticas tantas veces que al final lo había considerado "misión imposible", con los examinadores de tráfico no servían los rituales mágicos para cambiar voluntades, pero manejaba bien el coche y nunca había tenido problemas. No salía a la carretera general, se limitaba a rodar por los caminos del pueblo y a una velocidad que la rebasaban hasta los ciclistas.

Dafne hizo las distintas compras en el supermercado, las cargó en el coche y compró también periódicos y algunas revistas de actualidad. Puso el coche en marcha y, lentamente, sin prisa alguna, regresó a la casa. El camino era estrecho y estaba asfaltado con descuido, como si hubieran aprovechado el material sobrante de la carretera general, los baches abundaban. Dos vehículos no podían pasar al mismo tiempo, pero como la circulación era tan escasa, raramente se producía aquel problema.

Un turismo blanco, un Seat Toledo de cristales tintados y con matrícula de Barcelona, rodando rápido, pronto quedó a su altura, se le pegó tanto al guardabarros posterior que le hizo soltar un gruñido. Se echó a la derecha para dejarle pasar y que no la incordiara con su presión.

El vehículo blanco la rebasó y rodó unos cien metros hasta que frenó con cierta brusquedad y quedó prácticamente cruzado sobre el asfalto, cortando el camino.

Dafne observó la maniobra un poco perpleja, ¿qué estaba haciendo

aquel individuo? La tranquilidad, el sosiego del pueblo, casi le había hecho olvidar el miedo que la angustiara en la ciudad, haciéndole temer por su propia vida, pero ahora, de pronto, resurgía ante ella transformado en la silueta de un hombre alto y delgado que se apeaba del coche blanco y avanzaba hacia ella; el sol en contra le impedía ver su rostro con claridad.

El camino estaba absolutamente solitario, un camino por el que apenas transitaba nadie, llegaba a la casa de la abuela y luego se adentraba en el propio campo. Si aquel hombre la atacaba de alguna manera, por mucho que ella chillara, nadie la oiría, nadie podría acudir en su ayuda. Muy inquieta, trató de maniobrar el coche para darle la vuelta, pero su nerviosismo era tal que el motor se caló.

Cuando el hombre estuvo un poco más cerca y pudo reconocerle, le faltó muy poco para desmayarse, sus oídos se llenaron de zumbidos y la vista se le nubló. El abrió la portezuela del Citroën, la cogió de la mano y materialmente la sacó del vehículo.

Apoyó la espalda de Dafne contra la carrocería del coche y devoró sus labios con pasión de hambriento, sin haber proferido aún una sola palabra.

Era Oliver.

Cuando él le permitió respirar, Dafne le echó los brazos al cuello y comenzó a besarlo y a llorar hasta dejarle mojada la camiseta blanca de manga corta.

—Bueno, parece que no estás enfadada conmigo.

—¡Te odio! ¿Cómo se te ha ocurrido venir? ¿Cómo me has encontrado?

—Sí, esto está tan escondido que no cuela decir que pasaba por casualidad. No te creas, ha sido un trabajo de auténtico sabueso, pero no podía consentir que no respondieras a mis mensajes, me cabrea mucho que me dejen con la palabra en la boca.

—¿Quién te ha dado esta dirección? —Las piernas le temblaban, de

no apoyarse contra el tórax del hombre se hubiera desplomado.

—Tu tía, no, por supuesto, pasé por la tienda y ella me dijo que no sabía nada de ti y tampoco quería saber, que eras una desagradecida y que le daba lo mismo que te hubieras muerto. Perdona, no debería decirte esto, pero...

—Cualquier cosa que me digas de ella no va a sorprenderme, por desgracia la conozco bien.

—Decidí cambiar de estrategia. Esperé a que Fede, el montador, acabara la jornada y me lo llevé a un bar de tapas. Compartiendo pinchos de tortilla, gambas picantes, almejas y unos dobles de cerveza, acabó contándome que te habías peleado con tu tía y te habías despedido. Él me dio la dirección de tu piso de la calle Valencia, pero añadió que si no te encontraba allí, es posible que estuvieras con tu abuela. No se acordaba bien del nombre del pueblo, me lo dijo aproximado, pero por la zona y la distancia, lo he localizado en un mapa de Cataluña. Me he metido en el bar del pueblo y he preguntado por ti. Ha costado un poco que me informaran, pero al final me han señalado la dirección. Me he perdido varias veces y ahora, al ver tu coche, me acercaba a preguntarte si ya iba por el buen camino, no te he reconocido hasta que he estado junto a ti.

—Es maravilloso verte de nuevo y tan bien, pareces totalmente recuperado.

—Uy, eso sí que no, estoy muy débil todavía, como he tenido que curarme en soledad, como un lobo herido y abandonado en la estepa siberiana. No había nadie para prepararme un caldito ni para cambiarme los vendajes.

Dafne se sintió culpable una vez más.

—Pensé que quedabas en buenas manos.

—¿En buenas manos? De eso ya hablaremos con calma.

—Si no te importa, aparta tu coche del camino, te rebasaré y te guiaré hasta la casa, abriré la puerta y pasaré delante, hay dos

perros sueltos y podrían atacarte, para ellos eres un forastero, no te conocen.

—Perfecto.

Todavía temblorosa por la emoción que la embargaba, Dafne puso el Citroën de nuevo en marcha y precedió al Seat blanco hasta penetrar en el recinto semi ajardinado que rodeaba la masía de la abuela.

Oliver estacionó el vehículo y se apeó sin preocuparse de quitar las llaves del contacto y mucho menos de cerrar las portezuelas, estaba seguro de que allí nadie iba a robarle el coche, máxime contando con la presencia de los dos enormes perros guardianes que corrieron hacia él y no precisamente sonrientes. Dafne les habló con tono autoritario y los chuchos frenaron su carrera. Como si hubieran entendido perfectamente lo que la mujer les decía, se acercaron a olisquear los pies del recién llegado y no tardaron demasiado en permitir que éste les acariciara la cabeza. Era evidente que el forastero era bien recibido en la casa. La abuela Cinta salió a saludar al recién llegado.

—Tú debes ser Oliver, ¿verdad?

—Sí, soy Oliver Climent, celebro conocerla, señora. ¿Su nieta le ha hablado muy mal de mí?

La anciana no se reprimió y le estampó dos sonoros besos en las mejillas.

—Te ha costado un poco encontrar la casa, ¿no crees?

Mientras Dafne se daba prisa en colocar dentro de la nevera todo lo que había comprado en el supermercado, no pudo aguantarse e interrogó a su abuela bajando el tono para que el hombre no pudiera oírla:

—¿Cómo has sabido que es Oliver? Yo nunca te he hablado de él.

—Tienes su foto en el tocador de tu cuarto, y has pasado tantas veces esa cinta con su voz que ya me la sé de memoria —Su voz no disimuló cierto tonillo de aburrimiento. Lo que más le molestaba

era que ofendieran su inteligencia.

—Dios mío, creí que no la oías. ¿Y cómo has podido intuir que hoy íbamos a recibir visitas? Porque tú me has mandado a buscar cerveza expresamente.

—Mi intuición se llama teléfono. —La anciana señaló el supletorio que colgaba de una de las paredes de la cocina—. Desde el bar, Quima me ha avisado que había llegado un forastero con un coche matrícula de Barcelona y preguntando por ti. Por la descripción, he supuesto que era Oliver y he dicho que, de acuerdo, que podía indicarle el camino de esta casa.

—Has debido avisarme. ¿Y si en vez de Oliver hubiera sido otra persona, alguien perverso, con malas intenciones?

—Alguien que llevara malas intenciones habría actuado con más disimulo, nenita. Oliver se ha metido en el bar del pueblo preguntando por ti, él es forastero e inmediatamente todos se han fijado en su cara y en su aspecto, no ha pasado desapercibido en absoluto. Además, no he captado ninguna vibración negativa en el ambiente, todo está perfecto y a tu laurel le están saliendo hojas nuevas en las ramas que se pusieron mustias. Ahora, como ya se está haciendo la hora de comer, ¿por qué no vais preparando la barbacoa? Haremos un poco de carne asada. Después de comer puedes llevar a tu amigo a dar una vuelta por los alrededores.

Dafne regresó junto a Oliver y le ofreció una cerveza que el hombre agradeció, hacía mucho calor.

—Cuando Albert ha sabido que iba a venir a verte, me ha ofrecido su coche para el viaje. Debiste caerle muy bien, porque él no presta su coche a nadie y menos a mí, seguro que está temblando de miedo pensando que voy a devolvérselo como quedó mi Yamaha.

—Tienes un amigo que no te lo mereces.

—Te he traído una cosilla —dijo él—. Recuerdo que me dijiste que no te gustaban las flores cortadas, pero he pensado que esto sí te gustaría.

Sacó una caja de cartón que había transportado colocada directamente sobre el suelo del coche, delante del asiento posterior, y se la tendió a la muchacha.

—Ten cuidado, es muy delicado.

Cuando Dafne abrió la caja, ante sus ojos maravillados apareció un olivo de tronco retorcido, idéntico a un añoso olivo de tamaño natural, pero en versión diminuta, era un *bonsai* precioso y como mínimo debería tener quince años.

—Ya que no has querido seguir ocupándote de mí, por lo menos tendrás que cuidar de este arbolito, porque estoy seguro de que no permitirás que se muera. Y cada vez que lo mires, te acordarás de mí, seguro.

—Dios mío —gimió, la emoción puso un nudo en su garganta y lágrimas en sus ojos—. Jamás me habían hecho un regalo tan hermoso.

El propio Oliver preparó la leña en la barbacoa y cuando las brasas estuvieron como rubíes encendidos, dispuso los trozos de carne sobre la parrilla, previamente les había esparcido tomillo, salvia y hojas de romero para que se impregnaran del aroma de las hierbas que crecían espontáneas en aquella tierra. Actuaba con la naturalidad de un cocinero avezado mientras abuela y nieta lo miraban embelesadas.

La anciana no pudo reprimir un comentario que encerraba cierta melancolía; se había quedado viuda cuando apenas contaba cuarenta años y se había pasado media vida enfrentándose sola a todos los problemas.

—Qué agradable es tener un hombre en casa.

Comieron al aire libre, en la gran mesa dispuesta bajo el añoso algarrobo, el ambiente era absolutamente relajado y alegre, como si compartieran a diario el ritual de alimentarse. Después de tomar café, acabada la sobremesa y cuando la conversación languidecía, la abuela casi les obligó a salir a dar un paseo, ella ya se ocuparía de lavar la vajilla.

Hacía calor, pero los senderos estaban parcialmente sombreados por árboles frondosos que les libraron del azote del sol.

Dafne le condujo hasta la vieja ermita semiderruida, pocos de sus muros se conservaban en pie y la cubierta a dos aguas prácticamente había desaparecido, sólo las vigas de madera permanecían inmutables en sus puestos, como el costillar de un dinosaurio. Las hornacinas, vacías de imágenes, apenas conservaban un resto de pintura azul que en su momento quiso representar la bóveda celeste.

Hiedras feraces habían tomado posesión del recinto y como tentáculos de un pulpo verde, atrapaban las viejas losas del pavimento.

Eran unas ruinas muy hermosas y desde aquel montículo, la vista podía extenderse y apoderarse de un paisaje de verdes perennes y exuberantes pese a la aridez general del terreno. Los árboles que allí arraigaban eran tan perseverantes como sus gentes, sabían perforar la tierra con sus profundas raíces y extraer de ella la humedad, el alimento necesario para nutrirse y desarrollarse vigorosos.

Acuciada por la melancolía, quizá tratando de paliarla con la serenidad del paisaje, Dafne se había acercado muchas veces a aquel lugar, siempre lo había considerado bello, pero nunca le pareció tan espléndido como en aquella ocasión, acompañada de Oliver, cogida de su mano. Corroboraba así las palabras de Lyn Yutang, un escritor de origen chino que asegura que la mitad de la belleza depende del paisaje y la otra mitad, de los ojos que lo contemplan. Los viajeros compulsivos que recorren el planeta en busca de los parajes más bellos y que, insaciables, jamás se sienten del todo satisfechos, quizás lo hacen porque no viajan acompañados de la persona amada. Dafne, junto a Oliver, era capaz de ver hermosa y sugestiva hasta la barcelonesa plaza dels Països Catalans, que todo el mundo confunde con una gasolinera y que rehúyen hasta las palomas.

—¿Cómo sigue tu relación con Bibí? —Dafne soltó al fin la pregunta que la había estado torturando desde que Oliver llegara al pueblo.

—¿Seguir? Esa relación se cortó en su día y para mí es agua pasada.

Pretendo no ser menos inteligente que un caballo y no tropezar dos veces con la misma piedra.

—Pero, ella...

—Bibí se enteró de que había sufrido el accidente de moto, pensó que me encontraría de moral baja y aprovechó para venir a verme. Aún conservaba un juego de llaves del piso, digamos que yo no había tenido tiempo ni dinero para cambiar la cerradura de la puerta blindada, y cuando me di cuenta, ella estaba dentro del cuarto. Me dejó perplejo, era la persona que menos esperaba ver en aquel momento, y supongo que cuando tú llegaste debía tener cara de estúpido.

Dafne hizo lo posible para no echarse a reír.

—Eras la pura imagen del desconcierto —asintió.

—Bibí se presentó dispuesta a reconciliarse conmigo al precio que fuera. Las cosas con su *manager* no han debido rodar como ella esperaba y pensó que lo más práctico era regresar al hogar conyugal, porque debe estar sin trabajo y ya se habrá gastado todo el dinero que sacó de las cuentas. Intentó convencerme por las buenas y seducirme por las malas, cuando le interesa es capaz de emplear todos los argumentos, pero yo le repliqué que antes que volver a acostarme con ella, me la cortaba.

La joven esbozó una mueca de evidente incredulidad.

—No me creo que tú dijeras eso ni en broma.

—Bueno, si no le dije esas palabras exactas, fue algo muy parecido... —dibujó una mueca de pícara complicidad. Sus ojos eran como los de un niño bueno capaz de las peores travesuras—. Lo que sí le dejé muy claro es que yo no soy plato de segunda mesa, que es evidente que ella había cometido un grave error al abandonarme por ese imbécil de su *manager* que es un tipo de media bofetada, pero que el asunto ya no tenía arreglo, yo ya tenía superados mis traumas y no la echaba de menos en absoluto, es más, que le agradecía que se hubiera largado porque eso me había permitido ver claro. Que le deseaba mucha suerte en el mundo de la

pasarela y la publicidad y que se olvidara de mí.

—¿Seguro que le dijiste todo eso?

—¿Por qué dudas tanto de mí? Te estoy diciendo la pura verdad, te prometo que lo único que deseo es olvidar que alguna vez estuve casado con Bibí y pensar que todo fue producto de una mala borrachera. Mira, hasta podría perdonarle que me dejara con números rojos, pero lo que hizo el otro día antes de marcharse de casa, bueno, eso ya fue definitivo, revela que no tiene la más mínima sensibilidad.

—¿Qué es lo que hizo? —inquirió, llena de curiosidad.

—Salió del dormitorio hecha una furia, llamándome de todo menos guapo, y cuando Bibí se enfada, se le olvida su tenue barniz de sofisticación y emplea un lenguaje que es capaz de ruborizar a un camionero. Cuando yo pensaba que abandonaba el piso, se metió en mi estudio y salió a la terraza.

—¿Y?

—Me enteré de lo que había hecho un par de horas más tarde, cuando la portera subió despotricando por haberle ensuciado el patio de tierra, plantas y macetas rotas. Bibí tuvo la maligna idea de arrojar por la baranda todos esos proyectos de árbol a los que he dedicado tanto tiempo, no me ha servido de nada la ilusión que he puesto en ellos ni lo que me ha costado conseguir todas esas semillas, pues son especies protegidas muy difíciles de obtener.

—¿Ha sido capaz de una crueldad semejante?

—Sí, una crueldad inútil para ella y con la que sólo ha pretendido hacerme daño, me ha herido donde más podía dolerme. Si en aquel momento la llego a tener a mi alcance, la hubiera estrangulado sin remordimientos.

—Vaya, que es como una figura de bronce, hermosa pero hueca.

—La belleza no ha de estar sólo en la superficie de la piel, ha de fluir del interior; el rostro más hermoso es el que irradia inteligencia y bondad, como el tuyo, al margen de que también eres

preciosa —le dijo, mientras le acariciaba la mejilla y sus ojos de mirada intensa permanecían clavados en los de la mujer—. Y esa belleza es la única que no puede ajar el paso del tiempo, trasciende y se mantiene inmune al deterioro físico porque está al margen y por encima de modas y cánones estéticos. Mira, pronto hará cuarenta años que mis padres se casaron, supongo que mamá no se parece en absoluto a aquella jovencita que se acercó al altar vestida de blanco, pero estoy seguro de que mi padre sigue viéndola tan hermosa como aquel día porque ella es dulce y cariñosa y los dos se aman. Yo pretendía que mi matrimonio fuera como el de mis padres, pero no supe elegir a la mujer adecuada.

Oliver siguió hablando, persuasivo. Dafne suspiró, vencida. Aunque los argumentos del hombre hubieran sido menos sólidos que el agua del Mediterráneo, la hubieran convencido igual porque estaba ansiosa de creerle.

Se besaron entre las ruinas centenarias. El le prodigó infinitas caricias llenas de ternura, pero no se propasó, se controló perfectamente pese a que la soledad absoluta del lugar favorecía cualquier tipo de comunicación, por profunda e íntima que ésta fuera. Además, Dafne no estaba dispuesta a rechazarle de nuevo y creyó dejárselo claro. No supo si debía sentirse contenta por la actitud respetuosa de Oliver o un poquito frustrada porque él no se dejaba dominar por la pasión o el deseo que pudiera sentir. ¿Sería que ya no le gustaba lo suficiente?

Él se interesó por conocer las causas que habían motivado su marcha de “Hogar Siglo XX” y ella se las explicó minuciosamente, pero omitiendo el nombre del político extorsionado.

Le contó el accidente sufrido por Pilar y también los temores que había sentido creyéndose acosada por un sicario, un miedo quizá irracional que la había impulsado a abandonar el piso de la ciudad y refugiarse en el pueblo.

—Lo que me has explicado es muy delicado y creo que lo mejor para tu propia seguridad es que lo olvides todo. Ha pasado ya cierto tiempo y si ese político no ha vuelto a ser presionado, se dará cuenta que no existe ningún otro documento para poder extorsionarle, se sentirá más tranquilo y no correrá riesgos, porque

tratar de hacerte daño también es peligroso para él, podría quedar atrapado en su propia trampa.

—Lo que tú me sugieres es lo más prudente, lo admito, pero tampoco soy tan sensata para tratar de olvidar este asunto. Me revienta que ese tipo se salga de rositas después de que Pilar estuvo a punto de morir por su causa y, encima, siga captando votos de sus electores que le consideran intachable y un acérrimo defensor de los valores morales. En la anterior campaña electoral recuerdo que le filmaron en su casa de campo, una casa con mucha piedra y madera que ofrecía una imagen de rústica solidez. Detrás tenía una chimenea encendida con llamas vivaces pese a que no hacía frío, un bonito perro tendido a sus pies, como una alfombra, y los hijos y la esposa alrededor, sonrientes, guapos y felices, la imagen típica y tópica que las películas nos muestran de los políticos yanquis en familia y que aquí han copiado sin rubor porque esa estética funciona siempre. Ha timado a sus votantes.

Oliver asintió. Su rostro era más serio que un documento oficial.

—Te comprendo y me fastidia tanto como a ti que me vendan un queso con gusanos, pero tú no tienes prueba alguna de todo lo que me has contado y aunque acudieras a un periódico con esa información, no publicarían nada porque no podrían corroborarlo y sería un riesgo para el propio periódico, aunque fuera de la oposición.

—Y lo peor es que no tomé ni la precaución de sacar fotocopias de aquellos documentos. —Dafne suspiró, molesta y abatida—. Los entregué directamente a mi tía y pese a que me he esforzado, no recuerdo de qué banco era el cheque y mucho menos el nombre del médico que firmaba aquel informe ni cómo se llamaba la clínica francesa...

—Aunque las tuvieras, nadie admitiría unas fotocopias como prueba, cualquier inexperto puede manipularlas y poner unos nombres en lugar de otros.

—Tienes razón, pero al menos serían un hilo... Estirando, estirando, quizás se llegara al núcleo de la madeja. Haber perdido esa información creo que va en contra de mi propia seguridad.

Volvió a besarla, quizá pretendiendo hacerla callar de la manera más dulce y convincente posible.

—Deja este asunto en suspenso por ahora, quizá en otro momento sea oportuno retomarlo, ni siquiera estamos en período electoral. No quiero presionarte, pero ¿no sería bueno que fueras pensando en volver a Barcelona?

—Sí, tienes razón, he de buscarme otro trabajo porque las cuatro perras que tengo en el Banco pronto se me acabarán. Me he sentido tan deprimida y con la moral tan por los suelos que he pensado que no era el mejor momento para buscar empleo; no puedo convencer a nadie de que soy estupenda si yo misma pienso que soy un desastre.

—Esta misma tarde regreso a Barcelona, entiendo que es un poco precipitado pedirte que vengas conmigo, pero en cuanto lo hayas meditado y decidido, llámame y vendré a buscarte. Mientras, no dejes de cuidar el bonsai y piensa en mí mientras lo hagas.

Regresaron a la casa y estuvieron conversando con la abuela que incluso mostró a Oliver su biblioteca en la que guardaba varios incunables, y aquello significaba que el joven le había caído francamente bien, la anciana raramente mostraba a nadie sus valiosos libros. Había oscurecido ya cuando Oliver decidió que debía emprender la vuelta. Se despidió de las dos mujeres y se sentó ante el volante del coche blanco.

Cuando conectó los faros del vehículo, comprobó que las luces no se encendían. La llave de contacto funcionó, pero los ojos del coche seguían apagados. Oliver, preocupado, sacó una caja con repuestos y cambió las bombillas pensando que podían estar fundidas. Los faros continuaron sin iluminarse.

La abuela intervino con su proverbial sensatez:

—No puedes marcharte así, ya es de noche, podrías matarte sin ver la carretera y ya has comprobado que está plagada de curvas, o cualquier otro vehículo podría llevársete por delante si no te ve.

—No entiendo qué puede haber pasado...

—Alguna avería eléctrica, cosas que pasan. Lo mejor es que te quedes a dormir aquí y mañana, de día, podrás marcharte aunque los faros no funcionen porque con la luz del sol no te harán falta. ¿Tanta, prisa tienes en volver a la ciudad?

—No, pero tampoco querría causarles molestias.

—Tranquilo, en el piso de arriba hay una habitación para invitados, te prepararemos la cama y puedes ocuparla con toda confianza. Por una noche, no te importará brindar protección a dos mujeres desvalidas, ¿verdad?

—Si insiste, yo me instalo aquí encantado.

—Yo misma me ocuparé de preparar la cena, algo ligerito. Vosotros podéis seguir charlando de vuestras cosas.

La abuela se metió en la cocina, cerró la puerta y comenzó a trajinar entre sus cazuelas mientras canturreaba.

Ocho

El silencio, casi absoluto, se había enseñoreado de la casa. Sobre el alféizar de la ventana del dormitorio de Dafne, el *bonsai* recibía la luz de la luna, el magnetismo de un cielo limpio de nubes. Como sus hermanos mayores, debía vivir a la intemperie.

La temperatura ambiental había descendido bastantes grados y el calor ya no era agobiante; sin embargo, Dafne, enfebrecida, daba vueltas en su cama, incapaz de conciliar el sueño. El hombre estaba a escasa distancia, al otro lado de la pared, y aquella proximidad era insoportable para sus sentidos.

Lejos de calmarse, cada vez se sentía más y más excitada, ni ella misma entendía qué le pasaba, era como si hubiera tomado una droga afrodisíaca. “La droga es él, su sonrisa, sus ojos traviesos, el contacto de sus manos, los besos que me ha dado”, pensó.

Cuando ya no pudo soportarlo más, se levantó de la cama. A la tenue claridad que se filtraba por el ventanal, se contempló en el espejo. Cubierta por el liviano camisón de batista blanca, su cuerpo se transparentaba nítido bajo la tela. La mata de vello de su pubis destacaba como una oscura llamada, también las aréolas, los pezones erectos presionando contra la tela. Sus ojos brillaban en la oscuridad y sus mejillas estaban más sonrosadas que nunca mientras sus labios se abrían para aspirar más aire porque casi se ahogaba. Salió al pasillo. Sus zapatillas apenas produjeron un tenue roce sobre las grandes losas de arcilla roja. “Sólo faltaría que tuviera la puerta cerrada”, temió, pero siguió adelante, imparable, dispuesta a solventar de la manera que fuera los obstáculos que pudieran interponerse en la consecución de su propósito.

Le bastó empujar la puerta de gruesa madera para que ésta cediera y se vio al fin dentro de la alcoba que ocupaba Oliver. Cerró la puerta de nuevo y corrió el cerrojo, no iba a permitir que nadie les interrumpiera.

La piel morena del hombre destacaba sobre las ropas blancas del lecho, sólo le iluminaba la claridad lechosa que se filtraba a través de la ventana abierta. Recostado contra el cabezal, el embozo de la sábana le cubría hasta la cintura, el brazo izquierdo sobre la almohada detrás de su propia nuca, como sosteniéndola. Estaba despierto, quizás esperando algo.

—Te has retrasado mucho —le dijo, simplemente.

Abrió la sábana invitándola a tenderse en la cama junto a él, estaba completamente desnudo y su cuerpo irradiaba un magnetismo irresistible. Ella obedeció sumisa, ansiosa de cumplir una orden que no le producía rubor alguno.

Se abrazó contra él para absorber el calor, la energía que emanaba de su tórax. Oliver se volcó sobre ella y comenzó a besarla en el cuello, en las orejas, sin olvidar los labios que le devolvieron la caricia con una pasión que estallaba súbita, incontenible. Volcán adormecido durante largo tiempo, despertaba con brusquedad y era capaz de arrasarlo todo. El ligerísimo camisón pronto se constituyó en un molesto obstáculo que impedía el roce completo de sus cuerpos ansiosos y era un freno para las caricias. La mujer se despojó apresuradamente de él, estaba loca de impaciencia, de urgente deseo. Cuando él besó sus pechos y succionó sus pezones, fue como si de su vientre, de su sexo, se apoderara el fuego del infierno. Esperaba el dolor inminente, pero lo deseaba tanto que no le importaba en absoluto, experimentarlo sería parte del propio placer. Sus manos atrapaban la espalda varonil y si él hubiera deseado escapar, le habría sido imposible, ella lo agarraba como si estuviera en alta mar a merced del oleaje y él fuera la única tabla a la que asirse.

Cuando el hombre se dio cuenta de que el canal que pretendía invadir no era tan fácil ni expedito como esperaba pese a las facilidades que la mujer le estaba dando, a su exaltada entrega, su desconcierto propició un ligero retroceso.

Ella le suplicó ahogadamente que no se detuviera, que siguiera adelante hasta poseerla por completo, porque mil veces prefería morir que verse privada de aquel placer tantos años esperado. Necesitaba sentirse llena y saciada al fin, ¿qué importaba sufrir un

pequeño tormento si después la esperaba el paraíso?

La boca de él sorbió sus gemidos mientras el trépano se abría paso rompiendo obstáculos, rebasando escollos. El ritmo se aceleró después en la búsqueda del éxtasis profundo mientras Dafne flexionaba las rodillas y abría las piernas para minimizar el dolor y sus caderas se agitaban acoplándose al movimiento del hombre. Iba tras el orgasmo que ya volaba hacia ella, asequible y próximo, y no le importaba perder la piel para conseguirlo. Y cuando al fin la invadió, la sensación fue tan terrible y turbulenta, tan demoledora y gratificante, que no le hubiera importado morir si así perpetuaba el instante. Las ardientes oleadas surgidas de sus entrañas se enroscaron en su cuello casi ahogándola y ascendieron después hasta el cerebro para apoderarse de él y engullir todos sus pensamientos, dejándola fuera del tiempo y del espacio, temblorosa y aniquilada por el ímpetu de sus sentidos, totalmente cubierta de sudor mientras sus piernas aún se agitaban con las últimas contracciones.

—¿Te he hecho daño? —inquirió Oliver algo preocupado, ya normalizada su respiración, un poco menos exhausto que ella, pero igualmente saciado.

Dafne se refugió en el interior del amplio tórax y llenó de besos aquella parte de piel que apenas unos días atrás aún permanecía cubierta de vendajes.

—Tú no puedes causarme ningún daño físico, sólo moral si me dices que no me quieres, porque yo estoy loca por ti.

—Te amo, y mi amor es absoluto y completo, no sólo amo tu cuerpo sino tu alma, quiero compartir mi vida contigo, mis alegrías y también mis inquietudes. A tu lado, la felicidad deja de rehuirme, se vuelve asequible. Necesito tu cariño, tus mimos, esos cuidados de los que me privaste de golpe, que tus palabras y tu risa hagan más pequeños mis temores. El tiempo que has estado a mi lado, tu presencia iluminaba la casa, me daba igual que estuviera vacía porque tú la llenabas con tu voz, con tu sonrisa, con tu perfume que todavía permanece entre sus paredes. Soy egoísta y te quiero a mi lado para que me ayudes a superar las dificultades, porque si estoy solo ya me siento incapaz. Yo te protegeré de quien quiera hacerte

daño, pero tú también me protegerás a mí con tu ternura.

No tardó demasiado en aferrarse otra vez al cuerpo de Oliver para exigirle que la amara de nuevo, la noche era larga y propicia, ningún ruido les sobresaltaría y ella era una alumna novata ansiosa de aprender, de recuperar el tiempo tan lastimosamente perdido.

Cuando la joven despertó sobre el lecho del cuarto de invitados, Oliver no estaba a su lado. Las campanitas del reloj de carillón que había en la sala le anunciaron que ya eran las doce de la mañana, el sol brillaba con fuerza.

No necesitó recordar las vivencias de la noche anterior, las tenía clavadas en la mente y se vio a sí misma como la aventajada actriz de un video porno gimiendo de placer y haciendo cosas que ni siquiera se había llegado a plantear y que ahora, a la luz del día, teñían sus mejillas de rubor.

Y como prueba tangible, las sábanas de la cama mostraban manchas diversas y muy significativas; si pretendían ser discretos, los dos se habían lucido. Se apresuró a retirar las sábanas y las amontonó para meterlas en la lavadora de inmediato, antes de que nadie pudiera verlas.

Sacó la cabeza por la ventana y vio que Oliver y su abuela conversaban a la sombra del algarrobo; hablaban en tono bajo, casi confidencial.

—¿Qué le estará explicando?

No pudo por menos que alarmarse, Oliver Climent no era un hombre muy hermético precisamente.

Se duchó y se vistió con un pantalón corto blanco y una camiseta amarilla de tirantes que le daba un aire muy juvenil. Después de conectar la lavadora, salió al patio. Al verla aparecer, Oliver se levantó y la besó en la boca con perfecta naturalidad.

—Como tardabas en despertar, tu abuela y yo ya hemos desayunado.

Dafne se sentó a su lado y su cara era de niña que no sólo ha roto un plato sino varios.

La abuela apenas le dedicó una ojeada.

—Oliver y yo hemos estado charlando y hemos decidido que lo mejor es que te vayas con él a Barcelona, ya es hora de que espabiles y empieces a buscarte otro trabajo, llevas demasiado tiempo aquí y tanto aire puro hasta podría perjudicarte.

—Ah, ¿ya lo habéis decidido? ¿Y mi opinión no cuenta?

—Digamos que no es necesaria. Oliver meterá tus cosas en el coche y me parece una buena idea que te instales en su piso, él te cuidará y de paso te ahorrarás el pago del alquiler. Oliver me ha prometido que te protegerá y yo estoy segura de que cumplirá su palabra, porque si no lo hiciera, esta abuela deliciosa que soy ahora podría transformarse en una auténtica bruja iracunda. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo —asintió Oliver con una amplia sonrisa.

Dafne no se atrevió a formular objeción alguna, se lo daban todo hecho y lo más sencillo era obedecer. Por otra parte, lo que ella quería era no separarse nunca más de Oliver, vivir con él. Si hacía falta, levantaría a su alrededor una alambrada de espinos para que Bibí no pudiera acercársele de nuevo.

Se metió en la cocina para prepararse un poco de desayuno y mientras lo hacía, la abuela Cinta penetró también en la cocina.

—¿Qué te ha contado Oliver? —quiso saber Dafne.

—Algunas cosillas y te aseguro que le he escuchado con mucho interés. Por cierto, Oliver tiene un aura estupenda, es un hombre robusto y muy vigoroso y además, no fuma.

La abuela se vanagloriaba de ser capaz de ver el aura de las personas; según ella, era una especie de envoltura de aire caliente de entre dos y ocho centímetros de espesor, reluciente y con los colores del arco iris si la persona en cuestión estaba sana.

—En cuanto a ti —prosiguió—, tu aura ha mejorado sensiblemente

esta mañana, empiezas a estar compensada.

—Eres una bruja...

—¿A ser una mujer astuta le llamas ser bruja? ¿Piensas que los faros del Seat Toledo se estropearon solos? Mira, tu amigo podrá saber mucho de química, pero de electricidad no tiene ni idea. Saqué un pequeño fusible de su coche y esta mañana he vuelto a colocarlo, verás lo bien que funcionan hoy las luces, lo mismo que anoche funcionó todo lo demás.

—Dios mío... ¿qué sabes tú de eso? —Sus mejillas se pusieron más rojas que un tomate madurado al sol.

—Aquí hay mucho silencio y aunque mi oído ya no es tan fino como antes, no estoy sorda. Ovidio ya dejó escrito que antes la liebre cazará al perro que una mujer se resista a un amante hábil y tierno.

La abuela debía suponer que era Oliver quien había tomado la iniciativa. Dafne prefirió no sacarla de su error.

—Por cierto, ¿querrás tener hijos pronto?

—Pero, ¿qué pasa esta mañana? —balbució—. No paras de desconcertarme...

—Mira, yo no soy tu madre, pero como si lo fuera y me siento en la obligación de hacerte unas cuantas recomendaciones prácticas antes de que puedas meter la pata, así que me he tomado la molestia de prepararte un pequeño calendario con previsiones para seis meses.

—¿Y qué previsiones son esas?

—Tus días fértiles. Si vas a vivir en pareja y por el momento no deseas tener hijos, será bueno que tengas en cuenta esos días tabú. Ayer noche no había peligro y hasta tu próxima menstruación, puedes estar tranquila. Luego, mejor consultas el calendario.

—Mira, abuela, agradezco que te hayas molestado tanto, pero hace bastante tiempo que se inventaron las píldoras anticonceptivas y son eficaces al cien por cien; en cambio, si hiciera caso de tus

infalibles cálculos, ya me veo recibiendo un premio a la natalidad.

—No me subestimes tanto, eso que ahora llamáis planificación familiar es tan viejo como la noche de los tiempos. En todas las épocas ha habido mujeres sabias capaces de controlar la fertilidad para no tener descendencia en épocas de hambruna, sequía o guerras, traer hijos al mundo cuando éstos van a pasar penalidades sólo lo hacen los inconscientes. Y si no te lo crees, te mostraré unas cuantas recetas y métodos que aparecen en libros muy antiguos que guardo en mi biblioteca.

—¿Sabes que te digo? Que no me fío de ti ni un pelo, para salirte con la tuya eres muy capaz de hacer trampas, y ni sé las veces que me has repetido que te encantaría tener bisnietos...

—Bueno, ¿y qué? Ya tienes treinta años, si te descuidas serás una primípara añosa.

Dafne, resoplando, asió la bandeja con la cafetera y su propio desayuno y salió de nuevo al jardín para tomarlo junto a Oliver a cuyos pies se habían tendido los dos perros alsacianos. Le habían aceptado como un miembro más de la familia y no se apartaban de él.

—En cuanto me descuido, tú y mi abuela os ponéis a confabular en contra mía. ¿A cuántos pactos secretos habéis llegado a mis espaldas?

Oliver se echó a reír espontáneamente.

—Los dos te queremos y no vamos a perjudicarte en absoluto. En cuanto a tu abuela, es una mujer genial, llena de intuición, muy culta e inteligente. Lo mío ha sido un amor a primera vista y ya le he pedido su mano, pero me ha dado calabazas y tengo que conformarme con la nieta...

—¡Miserable, en cuanto me descuido me traicionas!

Oliver se sirvió café de nuevo.

—Como te decía, mientras tú dormías, tu abuela y yo hemos estado hablando largo y tendido, pasando de un tema a otro, y se me ha

ocurrido una idea.

—Como imagino que debe ser genial, mejor no me la digas.

—Te hablo en serio, Dafne. Tu abuela es una experta en temas parapsicológicos y ha hecho alusión a la pantomnesia, ya sabes, esa facultad que los humanos poseemos de recordar todo lo que nuestros sentidos perciben.

—Sé a qué te refieres: Nuestro subconsciente archiva toda la información que nuestros sentidos captan, no olvida nada, aunque a nivel consciente no lo recordemos.

—Exacto, ahí quería ir a parar. Dijiste que no recordabas los datos concretos que aparecían en esos documentos comprometedores que hallaste en el *bureau* de Perla de Oriente, pero esos datos seguro que están guardados en alguna parte de tu memoria. No sé hasta qué punto no sería interesante recuperarlos y lo digo pensando en tu propia seguridad, tú hiciste hincapié en ello y creo que tienes razón.

—Me encantaría acordarme, recuperar el hilo de la madeja, una madeja que después no sé cómo emplearía, pero lo que tampoco deseo es que tú sepas demasiado.

—Vamos a vivir juntos y hemos de compartir cualquier riesgo. Además, ya sé que el político de marras es Augusto Valle-Corrales, alias Gustito, he recordado el video de su campaña electoral.

—Caramba, tienes una memoria excelente.

—Hacer el amor me deja la mente clara y despejada, oxigena mis neuronas y pienso con más rapidez, es como una dosis masiva de aspirina.

—Entonces, tranquilo, te garantizo que no vas a tener más jaquecas, yo me ocuparé de ello.

—Sí, ya me he dado cuenta de que eres una novata que aprende muy rápido. Volviendo a lo de antes, creo que la única persona que puede conseguir que recuerdes los datos de esos documentos es tu abuela.

—Uy, uy, ¿me estás proponiendo que me deje hipnotizar por ella para que los saque de mi memoria?

—Sí. Por lo que me ha contado, creo que es capaz de conseguirlo, máxime porque ella ejerce una influencia positiva sobre ti y además te conoce muy bien.

—En eso te doy la razón: sabe lo que deseo igual o mejor que yo misma.

Dafne se tendió sobre el amplio sillón reclinable donde la abuela solía ver la televisión e incluso dormitar. Siguiendo las instrucciones que la anciana fue desgranando con voz suave y profunda, relajó sus músculos para erradicar toda posible tensión, confiaba su cuerpo a la fuerza de la gravedad. Sus pies quedaron separados entre sí unos dos palmos y las palmas de sus manos, hacia arriba, se mostraban abiertas, distanciadas unos diez centímetros a ambos lados del cuerpo. Los hombros, horizontales, no acusaban el peso de la cabeza, cómodamente apoyada contra el alto respaldo.

Adecuó el ritmo de su respiración a las instrucciones que recibía mientras relajaba cada una de las zonas de su cuerpo, comenzando por los pies y acabando por los párpados y el cuero cabelludo.

No tardó demasiado en alcanzar un agradable estado de relajación profunda muy próximo al trance, en total abstracción del ambiente exterior y la capacidad crítica. La hipnosis envolvería su pensamiento lógico y haría hablar a su subconsciente.

—Dafne, ante ti hay una pantalla de televisión, es gris, no hay ninguna imagen en ella, pero pronto, muy pronto, comenzarás a verlas...

—Sí, ya empiezo a verlo... Qué hermosura, pero qué grande es... tengo miedo de que no quepa, de que me parta por la mitad... Dios, qué cosa más buena... Sigue, Oliver, no pares... no pares... no pares, aunque me mates...

Oliver Climent deseó ser tragado por la tierra, pero la tierra no solía aceptar cuerpos vivos y pasó de él.

La abuela, prescindiendo de aquellas primeras imágenes que escapaban incontenibles y llenas de fuerza de la memoria reciente de Dafne, fue reconduciendo cuidadosamente su interrogatorio hasta que, al fin y no sin esfuerzo, la muchacha logró visualizar los documentos hallados en el *bureau* y repetir en voz alta los nombres que iban apareciendo en aquella ficticia pantalla de televisión que sólo estaba en su mente. Oliver fue tomando nota de todo en un bloc.

El diminuto olivo no tardó en regresar a su caja de cartón, emprendía la vuelta a la ciudad, sólo lo habían sacado a pasear. Dafne ya había metido sus cosas en el maletero y abrazaba a la abuela para despedirse de ella mientras unas lágrimas escapaban de sus ojos; había llegado triste, asustada, y se marchaba feliz, con muchos problemas, pero feliz. El amor había ido a buscarla y la intensa luz de ese amor era capaz de ahuyentar las tinieblas de pesadumbre que pudieran envolverla.

—Espero que no os olvidéis de mí y volváis pronto a visitarme.

Tuvieron que echar a los dos enormes perros del interior del Seat, ya se habían instalado en el asiento posterior, les encantaba ser paseados en coche.

Oliver probó las luces del Seat Toledo y comprobó con asombro que funcionaban perfectamente.

—Está visto que las cosas de la electricidad tienen mucha magia, se estropean y luego se arreglan solas. Menos mal, porque con lo quisquilloso que es Albert con su coche, diría que la avería es culpa mía.

Oliver hizo sonar el claxon como despedida e inició el regreso a Barcelona. El trayecto era largo y no deseaba encontrarse con la caravana que un domingo sí y otro también colapsaba la tortuosa N-340, una carretera construida en tiempos de los romanos (ellos la llamaban Vía Augusta) y que permanecía prácticamente igual; en tantos siglos sólo se había apañado algún bache y añadido un poco de asfalto. Quizá por ello, su trazado estaba jalonado por un montón de cruces guarnecidas con flores de plástico con las que

parientes y amigos pretendían rendir un ingenuo homenaje a los que habían dejado su piel sobre aquel asfalto.

Mientras circulaba, Oliver fue exponiendo a la muchacha sus planes inmediatos:

—En primer lugar iremos a tu piso a recoger las cosas que consideres más imprescindibles, hemos de aprovechar que hoy tenemos coche, porque mañana se lo he de devolver a Albert. Y no temas, en cuanto pueda compraré un coche nuevo aunque tenga que pagarlo a plazos.

—No hace falta que sea nuevo, uno de segunda mano te saldría más barato.

—De eso, nada, tú no sabes lo que a los hombres nos gusta estrenar. Te aseguro que anoche quise morirme, pensaba que aquello no podía pasarme a mí, desflorar a una mujer... Lo único que lamento es que eso es parte de nuestra intimidad como pareja y no puedo explicarlo a mis amigos, porque se iban a morir de envidia.

—¿Bibí no era virgen?

—Que va, la primera vez que me acosté con ella me di cuenta en seguida de que no era el primero y posiblemente ni el quinto, pero me dije que no podía ser tan antiguo en esas cuestiones, que era un ciudadano europeo y no iba a reaccionar peor que un francés o un noruego, así que lo asumí y me consolé pensando que a partir de conocerme, seguro que ella me sería absolutamente fiel. El tiempo me demostró que estaba equivocado, pero ahora, la vida acaba de ofrecerme un regalo inesperado: Una chica dulce, bonita e intacta que me estaba esperando. Soy un tipo afortunado.

—La afortunada he sido yo al encontrarte. He conocido a unos cuantos hombres antes que tú y muchos de ellos me han propuesto que nos acostáramos, pero me sublevaba la idea de practicar un sexo sin amor; estimo mucho mi propio cuerpo y no quería que tomara posesión de él un desconocido por el que yo no sentía cariño alguno y al que posiblemente al día siguiente no volvería a ver, me parecía una situación humillante.

Cuando llegaron a la ciudad, Oliver se dirigió al lugar donde Dafne vivía, en el Ensanche. Subió el coche a la acera, era imposible pensar en encontrar una plaza de estacionamiento, y la acompañó al piso.

Ella franqueó la puerta con su llavín y sin temor alguno; ya no estaba sola, Oliver la acompañaba y su presencia le infundía una seguridad que nunca había experimentado, era como si él pudiera protegerla de todo. Dentro del buzón, atestado de propaganda con las ofertas atrasadas de varios supermercados, Dafne encontró una postal que Pilar le enviaba nada menos que desde Portillo, la estación invernal con más prestigio de Chile. Su amigo el doctor la había convencido para que le acompañara en su viaje, ningún sitio como aquél para acabar de reponerse y pasar sus vacaciones. Pilar escribía que era muy feliz y el lugar, tan maravilloso como la compañía. Allí no pasaban ningún calor, todo lo contrario, porque las pistas andinas estaban cubiertas de nieve. Y que no podía seguir escribiendo porque su doctor la estaba esperando para tomar un pisco...

Dieron un vistazo general al piso, todo parecía estar bien, a excepción de los geranios, muertos de sed dentro de la bañera.

Disimuladamente, Dafne sacó de la nevera el bote de mahonesa conteniendo la fotografía recortada de Bibí Sesma y lo arrojó al cubo de la basura; por suerte, el hombre no llegó a percatarse de su maniobra, Dafne se hubiera sentido profundamente avergonzada, pero una mujer celosa es capaz de cometer las mayores tonterías, pensó, tratando de disculparse a sí misma.

Sobre el toallero del baño colgaban las últimas prendas lavadas justo antes de marcharse del piso: unas braguitas y un sujetador de color de rosa con pequeños rombos negros. Oliver, a su lado, parpadeó al verlas.

—Es curioso. Recuerdo que una noche tuve un sueño muy intenso... Tú estabas desnudándote delante mío, como a un par de metros de distancia, lo hacías con mucha sensualidad, como una bailarina de *striptease*, y llevabas un bikini como ese, rosa con rombos negros. Yo alargaba las manos para atraparte y no lo conseguía pese a que lo deseaba ardientemente. Te aseguro que fue un sueño de lo más real

y cuando desperté, bueno, hube de cambiar las sábanas...

—Aunque nos entretengamos un poco, no importa, ¿verdad? —Le cogió de la mano y lo condujo a su propio dormitorio mientras reía traviesa, con mucha picardía—. No quiero que puedas sentirte frustrado pensando que no soy capaz de hacerte un *striptease* en vivo y en directo. Tú no sabes lo aburrido que resulta desnudarse delante de una foto que seguro va a tener las manos quietas...

Introdujo una cinta concreta en el radiocassete que tenía sobre la mesilla de noche y accionó la tecla de *play*.

—*You can leave your hat on* —musitó roncamente Oliver, identificando la sugestiva música—. Pero, como tú no llevas sombrero...

Se demoraron más de lo previsto.

Las paredes de aquel cuarto de soltera que tan impregnadas estaban de soledad, de suspiros de melancolía, se nutrieron al fin de la energía vivificadora que sus cuerpos emanaron en la fusión perfecta.

—No entiendo como puedes ser una amante tan hábil cuando acabas de estrenarte. Me transportas al séptimo cielo, es como si poseyeras una sabiduría instintiva y natural, de verdad que no necesitas aprender, lo tuyo es innato. Tu sexo irradia una temperatura más alta que el de las otras mujeres que he conocido y te mueves de una manera que es imposible resistirse. Toda tu piel parece despedir un alucinógeno que anula mi razón y cuando te entregas, eres toda sensualidad. Vas a convertirme en tu esclavo —musitó el hombre con palabras entrecortadas.

—Mi cuerpo reacciona así porque te quiero, me inundas con tu calor y mi sangre corre más aprisa. Y es como si un fluido que no controlo escapara por mis poros para atraparte y que no puedas escapar, porque lo que yo quiero es tenerte siempre pegado a mi carne, dentro de mí, dándome lo mejor de ti.

Él tenía razón, ella misma se maravillaba de la forma en que su cuerpo respondía. Aquel animalito antes huraño que sus piernas

cobijaban, cada equis horas reclamaba ser alimentado. Y ansioso de dar y recibir placer, siempre se mostraba propicio y asequible.

Era como si al fin se hubiera despojado de un pesado corsé de yeso y calzado sus pies con patines con los que corría y corría. Y cada vez alcanzaba mayor velocidad, casi volaba, segura de su habilidad y de que ningún obstáculo se interpondría en aquella carrera cuya meta era el templo del placer, un templo que sustentaba una única columna, espléndida y altiva, símbolo de poder y vida.

Oliver hizo varios viajes con el coche y el piso que Dafne mantenía alquilado quedó prácticamente vacío de sus efectos personales, porque los muebles eran propios de la vivienda.

En los días siguientes, la joven se ocuparía de llevarse las últimas cosas que quedaran y de ordenarlo todo en el piso de la calle Muntaner. Comprobó que éste ya no estaba tan vacío como ella lo viera la última vez, Oliver lo había acondicionado de forma práctica con algunos muebles que le había regalado un amigo que se cambiaba de casa. La ropa estaba guardada en un armario y en el salón, los diversos objetos ocupaban su lugar en un mueble estantería, el televisor ya no estaba sobre el suelo de parquet y, en general, la vivienda se veía bastante arreglada.

Oliver le entregó las nuevas llaves del piso, había cambiado la cerradura de la puerta blindada y ya no cabía temer molestas intromisiones de su “ex”. Y le hizo prometer a Dafne que la primera cosa que haría el lunes, sería salir a comprar una cama nueva y amplia para ambos con su correspondiente colchón, empezaban una nueva vida y debían hacerlo estrenando el mueble más importante de la casa; la cama vieja, que se la llevara el transportista y la tirara al primer contenedor que encontrara.

Nueve

Llamó por teléfono a Martina para explicarle que había regresado a Barcelona y estaba instalada en el piso de Oliver. Su amiga, devorada por la curiosidad, no se quedó contenta con las explicaciones que Dafne le dio y la emplazó para comer juntas y así poder interrogarla a fondo, no la ató en una silla delante de un foco por pura casualidad. Pilar continuaba en Chile.

Se encontraron cuando Martina salió de la oficina y juntas se metieron en un restaurante de comida italiana que estaba bastante tranquilo y podían conversar a gusto.

—Así que Oliver fue a buscarte al pueblo desesperado.

—Sí, estuvo haciendo de detective hasta que logró localizarme, es inteligente como él solo.

—Y luego, debió aprovechar que era de noche para filtrarse en tu habitación como si fuera un gato y le recompensaras tras la azarosa búsqueda.

—Pues no, fui yo quien se coló en su cuarto, y lo habría hecho aunque me hubieran advertido que debajo de su cama había una mina a punto de estallar.

—Caramba, así que fuiste tú quien abusó de él. Si que te ha pillado fuerte, no esperaba que pudieras reaccionar así, parecías más modosita. ¿Y qué tal lo hace?

—Es fantástico, estoy loca por él.

—Sí, sí, no hace falta que lo jures. Oye, ¿y no pensaste que tu arrebato podía ser muy peligroso?

—¿Peligroso, en qué sentido?

—Podías quedarte preñada de entrada, que fuera la primera vez no

te libra de una barriga. ¿O es que él ya iba preparado con los globitos en el bolsillo?

—¿Cómo iba a perder el tiempo pensando en eso? O me acostaba con él o reventaba, una de dos.

—Qué bárbara eres —bufó Martina mientras enrollaba los espaguetis en su tenedor dándole vueltas.

—Me faltan apenas dos días para el período, así que pronto saldré de dudas, yo me siento tranquila y mi propia abuela opinó que no corría peligro.

—¿Le contaste a tu abuela...? —Martina iba de sorpresa en sorpresa, creía conocer bien a su amiga, pero Dafne le estaba saliendo por peteneras.

—No hizo falta, es un lince y se entera de todo. ¿Sabes que hasta se entretuvo en prepararme un calendario señalándome mis días fértiles?

—No serás tan cretina de hacerle caso, ¿verdad? Esos médicos, Ogino y el otro, creo que se llamaba Knaus o algo así, divulgaron un método de planificación familiar tan eficaz que es el responsable del *baby boom*, se hicieron famosos precisamente porque llenaron el planeta con un montón de hijos nacidos de los crédulos que confiaron en su sistema. Mi madre me explicó que yo también soy una hija de Ogino.

—Mira, lo que yo quiero es tomar pastillas, como tú, pero no tengo ganas de ir a visitarme a un ginecólogo que me va a repasar de arriba a abajo antes de darme la receta; por el momento, a mí sólo va a tocarme Oliver.

—Tranquila, eso te lo soluciono yo en seguida. Primero, te daré una clase práctica de cómo tomarlas...

Martina, encantada de poder aleccionar a su amiga, comenzó a explicarle minuciosamente la forma en que ella misma tomaba el anticonceptivo oral, la marca y dosis del mismo y las contraindicaciones a que se exponía, pues parecía saberse el

prospecto de memoria y lo cierto es que era casi terrorífico con tantas advertencias. Y antes de separarse, se ofreció para comprarle ella misma las pastillas en una farmacia que no cerraba al mediodía. Dafne aceptó y Martina salió cargada con tres cajas.

—Para la luna de miel, con tres cajas tendrás bastante, ¿no? No obstante, mi deber es insistirte en que antes de empezar con las pastillas te pases por el médico.

—Tranquila, ya iré cuando lo juzgue necesario, yo no fumo y mi salud es excelente.

—¿Y cuándo desearás tener hijos, Oliver no los quiere?

—Aún no hemos tenido tiempo de hablar de temas tan serios, pero lo que sí tengo muy claro es que no deseo ser madre soltera. Si nace un hijo, será estando ya casada con Oliver, con todos los papeles en regla, y yo no sé el tiempo que puede tardar en ser libre de nuevo, porque no creo que su "ex" le dé facilidades.

—Caramba, me has salido de lo más conservadora.

—Tienes razón, soy una antigua. Esta situación no me gusta nada, me siento incómoda y un poco avergonzada, porque lo que yo quiero es que Oliver sea mío delante de todos y con documentos firmados, dejar de ser "la otra", pero por el momento, eso es imposible.

Dafne pensaba que la Felicidad con mayúsculas debía ser lo más parecido a su vida junto a Oliver. Llevaban varios meses conviviendo y la comunicación entre ambos era completa, absoluta, lo mismo a nivel intelectual que físico, se mimaban mutuamente y no podían vivir el uno sin el otro. Eran amigos íntimos y amantes apasionados. En la soledad de ambos, encontraban la compañía perfecta.

Dafne se había puesto en contacto con un anticuario viejo conocido de su tía y con el que ella misma había mantenido cierta relación. Cuando *monsieur* Balthazar supo que buscaba empleo, le faltó tiempo para ofrecérselo en su tienda, una de las de mayor solera y

prestigio en la ciudad y especializada en antigüedades francesas. En su opinión, entre él y Dafne existía una *bonne intelligence*.

Los conocimientos que la muchacha había adquirido casi como un hobby resultaban idóneos para aquel puesto y para ella constituía un placer las horas que pasaba en el comercio, rodeada de auténticas obras de arte y atendiendo a los clientes que pasaban por la tienda, unos clientes nunca apresurados y que meditaban muy bien sus valiosas adquisiciones, personas especialmente receptivas a la belleza y al magnetismo con que el transcurrir del tiempo impregnaba aquellas piezas únicas e irrepetibles que, por otro lado, siempre constituían una inversión rentable, pues el paso de los años sólo hacía que incrementar su valor.

Monsieur Balthazar rondaría la setentena, pero como era el dueño del negocio, sólo Dios podía jubilarlo y él aspiraba a soplar un pastel bien iluminado con cien velas. Nacido bajo el signo de cáncer, sus ancestros se habían dedicado también al mismo negocio y él llevaba la profesión en los genes y hasta escrita en el horóscopo. Era un viejo zorro, más hábil que el más veterano vendedor de alfombras del Gran Bazar de Estambul.

Nacido en Jaca, hijo único de padre oscense y madre parisina, había heredado de ésta un acusado acento galo que él potenciaba y solía salpicar su diálogo con expresiones francesas que posiblemente alguno de sus clientes no entendería, pero él las consideraba de lo más apropiadas y oportunas. Se apellidaba Gómez, mas todo el mundo le conocía por *monsieur* Balthazar.

Su madre le había bautizado con un nombre que le parecía rotundo y sonoro, nombre de rey mago. La dama se sintió un poco molesta cuando años más tarde leyó “El vientre de Paris” de su compatriota Zola y descubrió que al viejo caballo que tiraba de un carro para transportar las hortalizas al mercado de las Halles también le llamaban Balthazar, pero la cosa ya no tenía remedio.

La anciana señora no debía tener menos de noventa años y mantenía el porte digno y altivo de una aristócrata de la corte de Luis XVI. Cuando estaba muy aburrida, siempre acompañada de una sirvienta a la que ella llamaba “mi dama de compañía” y apoyada en un bastón con empuñadura de marfil (que a veces esgrimía como

si fuera un arma contra los coches mal aparcados sobre las aceras), se pasaba por la tienda y tras dar un vistazo a todas las antigüedades allí acumuladas, se arrellanaba en uno de aquellos sillones de brazos que más parecían un trono. Si había suerte y llegaba algún cliente, no se recataba en conversar con él e, indefectiblemente, le explicaba que era descendiente directa de la condesa de Rémusat, una gran escritora francesa que había sido dama de honor de la emperatriz Josefina y que había muerto allá por el 1821. En el poco tiempo que llevaba en la tienda, Dafne Marés había oído la misma historia como mínimo en seis ocasiones, tantas veces como la anciana había pasado por el comercio. La vieja dama de ideas fijas trataba a su hijo casi como si éste todavía fuera un niño, y lo asombroso es que a él no parecía molestarle, quizás ni llegaba a darse cuenta. Dafne pensaba que la culpa de que *monsieur* Balthazar aún permaneciera soltero a tan tierna edad debía ser de su severa madre.Cuando alguien deseaba invertir en una antigüedad realmente valiosa, era obligado recalar en aquella tienda, porque lo que *monsieur* Balthazar no había hecho jamás era engañar a nadie, era un experto y lo que él aseguraba, iba a misa. Él dejaba siempre muy clara la diferencia entre brocanteros y anticuarios: los primeros sólo vendían piezas con menos de cien años, y eso, para él, significaba algo terriblemente nuevo, casi a medio cocer.

En aquel momento, el mejor mueble de la tienda, la joya de la corona, era una arquimesa de ébano con incrustaciones de concha roja y que se databa en el siglo XVII. Recordaba a una obra arquitectónica y su interior estaba tapizado en terciopelo negro porque, según *monsieur* Balthazar, aquel mueble habría pertenecido a una viuda, la cual guardaría en sus casillas y cajoncillos sus joyas, alhajas, puntillas y otros objetos pequeños, pero de gran valor utilizados para embellecerse y adornarse. La arquimesa descansaba sobre patas torneadas como columnas y tenía los pies en forma de bolas aplastadas. Era imposible verla desde la calle, estaba protegida de la luz exterior y de buena gana, *monsieur* Balthazar la hubiera metido en una caja fuerte dado su extraordinario valor y belleza. Sus ojos todavía vivaces se deleitaban con la contemplación de aquella obra de arte que para él debía ser mucho más hermosa que Claudia Schiffer o Judith Mascó, porque éstas eran aún demasiado jóvenes.

Mas, una pequeña sorpresa aguardaba a Dafne en un ángulo de la trastienda.

—Dios mío, ese *bureau* Sheraton es idéntico a uno que mi tía tenía en su tienda.

—Es que es el mismo, Dafne, tu tía me lo ha vendido. Y no entiendo qué pulga le picó, porque teniendo en cuenta el valor de ese mueble, me lo cedió relativamente barato, como si le tuviera manía. Y eso es bastante raro, conozco a tu tía desde hace muchos años y ella nunca desdeña la oportunidad de dar mordiscos, es una auténtica piraña.—¿Qué motivos alegó para deshacerse de él?

—Que en todo el tiempo que llevaba en su tienda, nadie se había interesado por él y que necesitaba cubrir unos pagos.

—Ya.

—Tú sabes que estoy especializado en mueble francés, Regencia, Luis XV, Luis XVI, etcétera, pero si tengo ocasión de adquirir un bombón como ese Sheraton, se me hace la boca agua y no puedo reprimirme, tengo el síndrome del coleccionista.

—Sí, es una auténtica preciosidad, yo misma estuve revisándolo y comprobé que está perfecto, no tiene ni un rasguño.

La joven, prudente, no hizo alusión alguna a los documentos hallados en aquel mueble y de los que su tía había sacado una buena tajada; después, ésta había preferido perder de vista el *bureau* que ya empezaba a parecerle molesto y hasta peligroso.

Cuando Dafne acababa su jornada al atardecer, Oliver siempre estaba esperándola; juntos se iban a cenar a algún restaurante o bien regresaban a su piso donde la joven preparaba la cena. Charlaban, veían un poco la televisión, se amaban y se dormían como angelitos exhaustos el uno en brazos del otro.

Oliver no paraba de echar cuentas calculando los meses que aún le faltaban para saldar todas sus deudas y que su sueldo les permitiera vivir con cierta holgura y hasta disfrutar de algún capricho. Dafne ya le había demostrado que era una administradora eficaz y

además, tenía su propio sueldo, estaba seguro de que con ella no correría otra vez el riesgo de caer en un pozo de números rojos.

Las únicas nubecillas que en algún momento podían enturbiar su felicidad era que Oliver aún no había obtenido el divorcio de su ex-esposa y el escrito que Dafne había redactado partiendo de la información hallada en el secreter de la vedette Perla de Oriente y que, por el momento, no había utilizado. Quería divulgarla, pero no sabía cuál era la mejor forma de hacerlo.

—Nuestra fauna política no dimite jamás de ningún cargo, no les importa ser acusados de hechos de especial gravedad, los niegan rotundamente y se quedan tan frescos. Y si es preciso, desvían la atención de la ciudadanía poniendo de relevancia asuntos que carecen de importancia pero que ellos se encargan de magnificar; tras una cortina de humo, son especialistas en ocultar las cosas que sí son fundamentales y que afectan a nuestra vida o a nuestra economía.

Aquella mañana de sábado otoñal, Dafne y Oliver permanecían aún en la cama con las piernas enlazadas, se resistían a abandonarla, disfrutaban de su tiempo de ocio y, una vez más, sacaban a colación el tema, todavía pendiente.

—Eres muy escéptico respecto a nuestros políticos.

—Pues sí, esto no es la India, pero las cuatro castas sociales están clarísimas: Primera, gobernantes y políticos; segunda, la clase militar; tercera, la clase industrial y mercantil y, por último, la clase baja. Nosotros somos parte de la tercera casta y con nuestros impuestos mantenemos a las dos castas superiores. Supongo que la cuarta casta, la de los seres más desafortunados, la conforman los que se nutren de las sobras de las otras tres.

Dafne admitió:

—Tienes razón. Por mucho que se diga, esas distintas castas no llegan a fusionarse, es como si rejas insalvables las separaran. Cada una de ellas discurre por sus propios carriles, son como trenes con destinos diferentes.

—No importa que vivamos en una supuesta democracia, las familias que mandan son las de siempre y sus cachorros son los que ahora ostentan el poder, da igual en qué partido militen. Se han repartido el pastel de la política, un pedazo para José, otro para Manuel, otro para Gustito... Muchos de esos políticos que nos gobiernan y deciden por nosotros, han ido todos al mismo colegio, son antiguos alumnos de un centro elitista cuyas aulas nunca pisó el hijo de un obrero. Se conocen de toda la vida, son compañeros de juergas y aunque en plena campaña electoral lleguen a insultarse y a ponerse verdes, en el fondo son como bomberos de un mismo cuartel y entre ellos no se pisan la manguera. Sé que te mueres de ganas de enviar la información que posees a un partido de la oposición para que se encarguen de airear los trapos sucios de Valle-Corrales, pero es muy posible que no se molestaran en investigar nada porque ellos, a su vez, también tendrán sus muertos en el armario y sus pactos secretos preparados con el adversario que triunfe porque, a la siguiente convocatoria, las cosas pueden estar justo al revés. Las masas de ciudadanos somos balanceadas hacia atrás y hacia adelante como un péndulo, la medida de la oscilación hacia la derecha es igual a la medida de oscilación hacia la izquierda.

—Entonces, la única alternativa posible para que esa información llegara al ciudadano que va a votar a su candidato, es que cayera en manos de uno de esos partidos independientes y minoritarios que saben que no obtendrán ningún escaño; como no van a precisar pactar, también son libres de actuar y divulgar lo que les dé la gana.

—De todas maneras, nadie va a arriesgarse a hacer una denuncia sin pruebas.

—Las pruebas pueden encontrarse. Si un partido, por poco importante que sea, apela a unos cuantos militantes estratégicamente colocados, éstos, como un pequeño comando de espías, buscarán los antecedentes necesarios para avalar una información fehaciente y contrastada. Tú y yo no lo conseguiríamos, pero seguro que alguien, en algún lugar, guarda informes y documentos que corroborarían el *affaire* de Valle-Corrales y Perla de Oriente: Amigos que conocían su romance, fotos que alguien les tomó, cintas de *cassette*, quizá una película, los propios archivos de la clínica francesa... Hasta las próximas

elecciones, tienen tiempo para entretenerse buscando el ovillo; el hilo conductor sería mi informe, los datos concretos que yo aporto y que son un buen punto de partida.

—No sé, no sé, me parece un riesgo importante.

—El riesgo desaparecerá en el momento en que esa información sea de dominio público.

—Eres tozuda.

—Sí, no descansaré hasta que la falsedad de ese hombre y el daño que causó a Pilar y a mí misma, no vuelva contra él como un *boomerang* para lastimarle.

—No olvides que las masas de gente somos como peones en un tablero de ajedrez, los gurus pueden conducirnos y sugestionarnos fácilmente; es más fácil asentir y obedecer que detenerse a meditar por qué y de qué forma quieren vendernos la moto. Y hablando de motos... Un amigo está dispuesto a venderse una Kawasaki 750 que es un primor, un auténtico subidón de adrenalina. Y me ha dicho que ya se la pagaré cuando pueda, que no tiene prisa... Es de color verde, preciosa.

Dafne palideció.

—Dios mío, ¿es que no piensas escarmentar nunca?

—Iría con cuidado. Los toreros también vuelven al ruedo, aunque los cornee el toro.

—Te lo suplico, Oliver, olvídate de comprar otra moto, no me obligues a vivir en una angustia permanente. Cuando sufro pesadillas, te veo saliendo despedido de una moto, es un miedo siempre agazapado en mi cerebro, se nutre de alguna parte de mí y mucho me temo que jamás me libraré de él.

—Pues, cuando yo tengo alguna pesadilla, me veo perseguido por una especie de mantis religiosa gigante que quiere devorarme. Como parte de mi trabajo consiste en matar insectos, mi subconsciente debe albergar el temor de que éstos acaben vengándose algún día. Y volviendo al tema de los accidentes, piensa

que un coche puede ser tan peligroso como una moto. Vivimos inmersos en la guerra del tráfico y puedes perecer en esa guerra aunque no poseas ningún vehículo y vayas de peatón. Desde que voy a trabajar con Albert en su coche, he de levantarme una hora antes, tardamos casi hora y media en llegar a la empresa y eso que apenas está a treinta kilómetros del centro de la ciudad. En cambio, con la moto, adelantaría a todos esos automovilistas que se quedan atascados cada día y se entretienen hurgándose la nariz.

Noviembre se desperezaba, el sol llegaba tarde a su cita matinal y sólo una claridad muy tenue invadía la alcoba, apenas debían ser las siete de la mañana de un día laborable.

Dafne pasó directamente del sueño a unas sensaciones físicas intensísimas a las que no podía resistirse ni mucho menos evadirse. Abrió ligeramente los ojos: el cuerpo de Oliver estaba sobre el suyo y se abría paso por el camino que más le gustaba utilizando aquel magnífico ariete de carne con que la naturaleza le dotara.

Fue un acto rápido, pero no menos placentero y cuando él saltó de la cama, la mujer se quedó con las piernas encogidas, todavía convulsionada y jadeante.

—Esto ha sido casi una violación, no me has dado oportunidad de defenderme...

—Pues, no te has puesto a chillar precisamente, te has abierto en seguida. Uno de rápido, distinto pero estupendo. Ya sabes que para mí es la mejor aspirina y hoy necesito tener la mente limpia y despejada...

—Suerte que tomo píldoras, porque con estos ataques por sorpresa llenaríamos la casa de enanos enseguida.

Oliver se metió en la bañera para darse una ducha y la joven fue tras él. Se enjabonaron y frotaron mutuamente controlando el volumen de sus palabras y sus risas para no despertar a los vecinos que aún pudieran estar durmiendo.

—Dafne, ya sé que dentro de la bañera no es el lugar más apropiado

para hablar de estas cosas, pero si no tenemos un niño es porque tú no quieres, yo estaría encantado.

—Lo sé, pero tú también sabes cómo pienso yo.

—Sí, quieres tener los papeles en orden, pero el tiempo pasa y... De verdad, me gustaría tener un hijo, sería la constancia de que he vivido, de que te he amado, es mi única rebelión posible contra la nada de la muerte, porque yo no creo en la reencarnación.

La mujer acalló sus palabras como solía hacerlo siempre, besándole, Oliver se estaba poniendo demasiado trascendente y eso hacía aflorar sus miedos.

—Además, es que tienes unas tetas estupendas y no pueden desaprovecharse —opinó con entusiasmo—. A cualquier crío le gustará tanto como a mí chupar de estos biberones.

Oliver no solía vestirse con traje para ir al trabajo, optaba por prendas cómodas y casi deportivas porque después, en la empresa, usaba bata blanca; pero aquella mañana, delante del espejo, se esmeró haciéndose el nudo de la corbata sobre una camisa blanquísima y bien planchada. Cuando se puso la chaqueta del traje negro, se volvió hacia Dafne buscando su aprobación.

—¿Qué tal estoy?

—Estás guapísimo, lástima que no te pongas traje cada día, o mejor no, tus compañeras acabarían acosándote...

—Todas están locas por mí, dicen que les recuerdo a Kevin Costner cuando hizo “Los Intocables”. Pero, tranquila, las mantengo a raya y no hago caso de sus insinuaciones.

—Mejor, porque tú eres mío en exclusiva y si alguna mujer intentara seducirte lo iba a lamentar.

Oliver acabó de abrocharse los botones de la chaqueta.

—Las primeras horas las dedicaremos a la presentación de los nuevos productos fitosanitarios de la empresa en la sala de conferencias —le dijo—. No voy a pedirte que vengas porque

supongo que te aburrirías con todos los rollos que tengo que explicar, pero a la hora del cóctel sí espero que te pases por el hotel, encima de la mesita te he dejado la invitación. Te presentaré a algunos compañeros que todavía no conoces, tomaremos unas copas y picotearemos un poco de las *delikatessen* que nos preparen, hoy podremos comer juntos.

—No faltaré y te tendré cogido del brazo todo el tiempo, para que todo el mundo sepa que no estás libre, que eres mío.

Dafne se arregló con más esmero del habitual, pese a que siempre iba vestida con mucha corrección y todo lo sexy que podía sin dejar de estar elegante. Aquel día, eligió un minivestido de fina lana color pruna que se complementaba con una levita a juego, medias oscuras y zapatos de tacón muy alto, y se dirigió a la tienda que abría a partir de las diez de la mañana. Tenía unos horarios poco convencionales, aquello no era un supermercado e incluso, para atender mejor a un cliente interesado y propicio, en ocasiones colgaban el letrerito de "cerrado" para evitar interrupciones molestas que podían enfriar una decisión de compra.

Al mediodía, se encaminó hacia el hotel del Paseo de Gracia donde se habían celebrado las distintas jornadas para presentar la nueva gama de productos de la multinacional química. El primer día se había dedicado a las novedades farmacéuticas, el segundo a la división de perfumería y cosmética, y en aquella tercera y última jornada, le correspondía a Oliver la presentación de la nueva gama de productos fitosanitarios.

La empresa deseaba dar una gran divulgación a aquellas jornadas y distintos periódicos habían publicado una amplia información al respecto, evidentemente se habían repartido los sobres correspondientes porque los medios de comunicación nunca hacían publicidad gratuita, aunque fuera encubierta. Se contaba incluso con la asistencia de personalidades llegadas de distintos países latinoamericanos, especialmente invitadas, y que estaban interesadas en importar productos para controlar plagas de insectos nocivos, y lo que parecía primordial es que dichos insecticidas fueran el máximo de respetuosos con el medio ambiente.

Cuando Dafne llegó al hotel, Oliver aún no había acabado su

exposición, pero la joven no osó entrar en la sala porque aquello podía significar una interrupción. En el gran salón contiguo donde iba a celebrarse el cóctel de clausura, ya había bastante gente reunida, hombres en su mayoría, charlaban entre ellos y aún mantenían cierta rigidez en sus ademanes, los camareros no habían recibido orden de comenzar a servir bebidas y todos hablaban sin un vaso entre las manos. Algunos mantenían los brazos a la espalda, otros los cruzaban sobre el pecho con una actitud ligeramente defensiva y los fumadores, se entretenían aspirando de sus cigarrillos.

Oliver aún tardó en salir de la sala de conferencias y cuando lo hizo, simplemente por la expresión de su rostro, Dafne supo que todo había discurrido perfecto. Estaba muy sonriente y a su lado Albert Prades, el jefe de ventas, también se mostraba satisfecho. Al descubrir a Dafne, Oliver le dedicó una sonrisa y un gesto de su mano, pero aún se entretuvo un tiempo intercambiando comentarios y estrechones de manos con distintos hombres que se le acercaron. En el evento estaban presentes los altos jefes de la empresa en España y varios cargos venidos de la sede central en Alemania.

Después, él y Albert se dirigieron al encuentro de la joven que besó cariñosamente a ambos en las mejillas.

—Cada día estás más guapa, Dafne, se ve que Oliver sabe tratarte como mereces. Si yo no estuviera casado y con dos hijos y una suegra, te haría proposiciones deshonestas porque estás hecha un bomboncito de licor.

Albert siguió piropeándola y también la halagaron otros compañeros de Oliver que le fueron presentados. El ambiente era distendido y absolutamente cordial.

Los camareros empezaron a servir bebidas tras la larga mesa cubierta con un mantel blanco mientras otro grupo de camareros empezaba a pasearse entre los invitados ofreciéndoles el sabroso contenido de sus bandejas, y eran lo suficientemente cuidadosos para no esquivarlos antes de que éstos hubieran conseguido atrapar los pequeños canapés con las puntas de los dedos a modo de pinzas, debían tener instrucciones concretas y severas al respecto, pues no

son pocos los cócteles donde pillar un pincho de tortilla es una auténtica proeza, los camareros son muy hábiles esquivando a los hambrientos y se acaban llevando de regreso a la cocina bandejas aún repletas que todo el mundo se pregunta quién consume. ¿Los propios camareros, sus familiares directos y lejanos que aguardan agazapados en las cocinas, acaso esas bandejas sirven para otros cócteles donde tampoco nadie consigue comerse los canapés, serán de plástico y siempre los mismos? Terrible incógnita.

Pero, en aquella ocasión y posiblemente porque la multinacional química no había regateado costes, todos pudieron saborear aquellos bocaditos deliciosos y de aspecto tan sugestivo, y uno de los que más disfrutó fue el propio Oliver, ya superada la tensión que siempre representaba enfrentarse a un grupo numeroso de personas que podían bombardearle con las preguntas más inesperadas. No era un hombre tímido y conocía bien su profesión, pero aquellas conferencias siempre eran un palo.

Y con la boca abierta se quedó, medio atrapado entre sus dientes un canapé de salmón, cuando vio avanzar hacia él una figura femenina en la que no pensaba en absoluto.

—Hola, Oliver, cuánto tiempo sin verte. Tienes muy buen aspecto.

Le echó los brazos al cuello con una actitud muy cariñosa y le besó en los labios. Oliver se tragó de golpe el pedazo de canapé y no se ahogó de milagro.

Era Bibí Sesma, pero no la Bibí que él conocía, era como si la estuviera mirando a través de una lupa.

Bibí seguía siendo muy llamativa, pero ahora en tamaño natural, pues debía haber pasado de la talla 38 a la 46 como mínimo. Como siempre, se movía sobre altísimos tacones.

Albert y la propia Dafne tuvieron que parpadear asombrados, la *top model* estaba casi irreconocible. Mas, fiel al sagrado mandamiento de jamás pasar desapercibida, se había vestido con un mono rojo que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y realzaba un trasero que parecía el tambor japonés que Kítaro había tocado en su último concierto en Barcelona y que era enorme.

Oliver quedó perplejo una vez más y rodeado de ojos inquisitivos, no supo por dónde tirar ni qué decir. Mientras él carraspeaba, Albert intervino echándole un capote:

—¿Qué haces tú por aquí, Bibí? No me digas que estás interesada en el tema de los insecticidas.

—Oh, no, ya sabéis que lo mío es el mundo de la moda, la cosmética, la belleza. Ayer pasé por este hotel y en el tablón de anuncios leí que hoy intervendría Oliver Climent, por eso he venido, para saludarle y darle un abrazo, la última vez que nos vimos no estuvo muy receptivo, supongo que sería por culpa de su accidente.

Bibí hablaba con absoluta soltura. Pasaba olímpicamente de la presencia de Dafne, que no parecía existir para ella, y todas sus sonrisas, sus cálidas miradas, sus gestos de coquetería, iban dedicados a Oliver que tenía el ceño más que fruncido y una expresión tensa y recelosa; no se fiaba en absoluto de su “ex” y lo que más temía era que le montara una escena delante de todos.

Bibí era muy capaz de intentar dejarle en ridículo sin importarle que los altos jefes de la empresa estuvieran presentes y seguro que se habían fijado en ella, pues con el mono rojo que lucía, era más visible que un camión de bomberos.

La situación se enrarecía a medida que los minutos pasaban, todos se sentían francamente incómodos a excepción de Bibí, metida de lleno en su papel de fastidiar.

—Bien, ya nos has saludado a todos, Bibí —la cortó Oliver, ceñudo —. Ahora, si eres tan amable, déjanos seguir conversando de nuestras cosas...

—¿De vuestras cosas? Esas cosas también me interesan a mí, seguro, todavía soy tu esposa. Ya sé que me has buscado una sustituta porque no te gusta dormir solo, y como has pensado que una furcia te salía muy cara y a ti no te gusta pagar, has escogido a esta enana que seguro que además te plancha las camisas y todo gratis. Tú siempre pensando en la economía, querido.

Oliver dio un paso adelante y la expresión amenazadora de su rostro asustó a la propia Dafne que, rápidamente, se interpuso entre el hombre y Bibí.

Acercó sus labios al oído de Bibí y le soltó unas palabras que nadie más escuchó, pero que tuvieron la virtud de que Bibí mirara hacia su propio hombro.

—Nos perdonáis, ¿verdad? Bibí y yo vamos al tocador a empolvarnos la nariz, enseguida acabamos.

Con la sonrisa más deliciosa del mundo, Dafne cogió por el brazo a Bibí y se la llevó hacia los servicios de señoras como si ambas fueran amigas de toda la vida.

Cuando estuvieron dentro del lujoso recinto con paredes cubiertas de espejos y encimeras de mármol sosteniendo una batería de lavabos, Bibí no perdió tiempo en observar la espalda de su vestido a través de los espejos.

—Me has engañado, la cremallera del mono no se me ha abierto como has dicho...

—¿De veras? Me ha parecido que estaba a punto de reventar, te has engordado tantísimo... He pensado que sería horrible que todos vieran que usas una faja debajo del mono si esa cremallera se te rompía por el culo.

—Esta estratagema para apartarme de Oliver no va a servirte de nada, porque volveré a la sala y ni tú ni nadie podrá impedir que acabe dejándolo en ridículo delante de sus compañeros y también de sus jefes.

—Mira, has tratado de insultarme y lo cierto es que ni me he irritado porque lo que tú digas, me resbala, pero a Oliver ¿no le has fastidiado ya bastante, es que tú nunca te das por vencida?

—Mira, guapita, sé que Oliver estaba loco por mí y tú eres muy poca cosa para hacerme sombra. Cuando tú caminas por la calle, seguro que los hombres no se vuelven para mirarte, en cambio yo, mi cara, va a estar en todos los *posters* de publicidad.

—¿Vas a anunciar mantequilla o botes de mahonesa en las vallas de algún país de famélicos? Porque con el aspecto que ahora tienes, serías el sueño dorado de una de esas tribus de caníbales que todavía meten a los exploradores en el caldero.

—Bueno, sufrí una especie de alergia muy rara y los medicamentos que he tomado me han hecho engordar un poco, pero el médico me ha asegurado que dentro de muy poco tiempo volveré a recuperar mis medidas, 90-60-90.

—Que ahora deben ser 90-90-130... Observo que el pecho es lo único que no se te ha engordado, pero tus cartucheras son peor que las de Buffalo Bill.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Bibí sacó una polvera y, siempre preocupada por su aspecto físico, comenzó a disimular unos molestos brillos de su nariz.

Dafne se giró como dispuesta a alejarse, dando por terminado el altercado. Cuando pensó que su enemiga estaba descuidada, alargó la diestra y sus dedos se engarfiaron en la abundante melena negra de Bibí.

Dio un brusco tirón. Los ojos de Bibí no se llenaron de lágrimas y tampoco aulló de dolor.

En la diestra de Dafne, como el trofeo de un guerrero piel roja, quedó enganchada la hermosa peluca de Bibí. Esta, atónita ante su propia imagen que le devolvía el espejo, palideció bruscamente, aquella jugada no la esperaba. Su propio cabello, corto, ralo y aplastado hasta aquel momento bajo la peluca, quedó visible iluminado por los potentes focos halógenos colocados sobre la batería de espejos.

—¡Devuélveme eso enseguida! —bramó.

—¡Pasa a buscarla por conserjería! —exclamó Dafne mientras corría alejándose del tocador.

Lo que Dafne hizo fue meter la frondosa peluca en la primera maceta que encontró al llegar al salón donde se celebraba el cóctel.

La mata de cabello negro apenas destacó entre el follaje exuberante de la planta. Haciendo esfuerzos por contener la risa, regresó al lugar donde Oliver y Albert aguardaban impacientes, quizá temiendo verlas regresar a las dos con la cara llena de arañazos.

—¿Qué ha pasado en el tocador? —inquirió Oliver muy preocupado —. ¿Qué has dejado en esa maceta?

—Bah, nada importante, la peluca de Bibí. Cuando hagan la limpieza ya la encontrarán, ya le he dicho a Bibí que pase a buscarla por conserjería. Lo que es seguro es que no va a atreverse a regresar a esta sala; sin su bonito pelo falso debe sentirse mucho peor que desnuda. Podéis seguir tranquilos comiendo vuestros canapés. Es increíble el cambiazo que ha dado, cuánto favorece una buena melena. Está visto que no hay nadie perfecto. Lo que tampoco entiendo es cómo ha podido engordar tanto, pobrecita, parece cosa de magia amarilla...

—¿Cómo sabías tú que ella llevaba peluca, te lo ha dicho en el tocador?

Oliver no salía de su asombro, con respecto a maniobras y estrategias femeninas seguía estando bastante pez.

—Para que ella confesara eso, habría que torturarla primero y yo no he tenido tiempo —explicó Dafne como la cosa más natural del mundo—, simplemente me ha extrañado que su melena siempre tuviera la misma longitud y fuera peinada prácticamente igual. Le he estirado fuerte de los pelos y como no ha chillado, he pensado que mi sospecha era cierta. ¿Nadie va a ofrecerme una copa de cava? Tengo la boca seca...

Oliver fue incapaz de mordisquear ninguna cola de gamba rebozada más, y lo que lamentó es que los *maitres* no hubieran previsto servir tazas de tila también, le estaba haciendo una falta rabiosa.

Dafne no se equivocó en su previsión: Bibí no osó volver al cóctel y tampoco fue a reclamar su peluca a conserjería. Al día siguiente, ya llamaría por teléfono para pedir que se la guardaran cuidadosamente, aquella peluca valía un pastón y a ella tampoco le sobraba el dinero, sería más exacto decir que estaba en las últimas.

Diez

En la tienda de antigüedades, *monsieur* Balthazar contaba también con la valiosa colaboración de Luciano, un restaurador de muebles que ya había alcanzado la edad de la jubilación, pero conocía su oficio tan bien que era impensable prescindir de él. Luciano gozaba de la absoluta confianza de *monsieur* Balthazar, se conocían desde hacía un montón de años, ambos habían envejecido juntos, y él fue el encargado de abrir la tienda aquella mañana.

Cuando Dafne llegó, encontró la persiana metálica levantada como de costumbre, pero Luciano le comunicó que *monsieur* Balthazar le había llamado para advertirle que estaba griposo en la cama y que posiblemente estaría varios días sin pasarse por la tienda. Que la muchacha atendiera a los clientes que pudieran presentarse y que le llamara por teléfono, pues había de darle determinadas instrucciones.

—Buenos días, *monsieur* Balthazar, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Dafne con voz sonriente, cuando el anticuario descolgó el auricular.

—Ay, un poquito fatal, como yo ya no estoy en la *bel âge* como tú, esta gripe es peor que una paliza... Cuídame bien la tienda, *chérie*. Hoy o mañana, posiblemente recibas la visita de la señora Gras, está interesada en un *bureau*...

—¿La señora Gras, es la esposa del diputado Gras?

—Ajá, toda una dama de la jet, tan de derechas como su marido y por supuesto, muy rica.

—¿Le muestro el Sheraton?

—Mejor no, haz hincapié en el Biedermeier, el Sheraton lo tenemos vendido siempre. Como precio de salida, pídele quince mil euros.

—¿Tanto?

—Sí, querida. Si la operación acabara en doce mil euros, ya me daría con un canto en los dientes, pero hay que darle oportunidad de regatear, ya sabes. Le das mi número de teléfono como si fuera un secreto y sugiérele que me llame para intentar convencerme aprovechando que estoy enfermo y en baja forma. Como va a pagar ella la llamada, no me importa el tiempo que podamos pasar regateando. —Como de costumbre, el viejo zorro no desperdiciaba la ocasión para salirse con la suya—. Trátala como a una reina, *chérie*, piensa que tiene un montón de amigas importantes que también son compradoras en potencia, ha de quedar contenta para que recomiende mi tienda. ¿Sabes que es prima de la señora de Valle-Corrales?

Al oír aquel nombre, Dafne palideció sin proponérselo y agradeció que *monsieur* Balthazar no pudiera verla a través del teléfono.

—No lo sabía.

—Pues sí. Las dos, con otras damas de la jet, andan ahora metidas en recaudar dinero para llevar adelante un proyecto de hogares de acogida para mujeres apaleadas por sus maridos. Como es un problema que se ha puesto de moda, desgraciadamente.

Luciano se fue a desayunar y como no estaba el amo para reprochárselo, Dafne estuvo segura de que no tardaría menos de dos horas en regresar; no se equivocó.

Quedo a solas en la tienda, dueña y señora, con la puerta de cristal y madera cerrada, pues sólo la abrían si el cliente les parecía de fiar. Pese a que *monsieur* Balthazar rechazaba cualquier cosa que significara evolución y progreso (la calculadora más moderna que había en la tienda era un ábaco) tenía instalado un buen sistema de alarma que le conectaba directamente con una empresa de seguridad.

Dafne se vio de nuevo ante el secreter de caoba pardo rojiza que perteneciera a Perla de Oriente y que, en parte, ya le había revelado sus secretos. Le acarició con sus dedos, con el calor de sus ojos dorados, y fue como pedirle al mueble su colaboración, que

mostrara sus enigmas, que no persistiera en ser un testigo mudo de sucesos que habían ocurrido en su presencia, que se abriera como una rosa ansiosa de exhalar perfume y mostrar la belleza de sus pétalos.

Accionó el tirador provisto de un pequeño embrague y el doble fondo del cajón superior izquierdo se desplazó suavemente, mostrando la oquedad que ya conocía. Y una duda la asaltó de pronto: ¿El ebanista Sheraton se habría limitado a dotar a aquel mueble de un solo escondrijo, el que ella había descubierto, o quizá habría alguno más?

Siguió manipulando despacio todos los pomitos, su fino oído permanecía atento a cualquier clic que pudiera producirse, mas ninguno de los otros tiradores se movió. Minuciosamente, fue sacando los cajones, uno por uno, les daba la vuelta, los examinaba. Cuando el mueble quedó libre de cajones, comenzó a repasar las maderas que componían el armazón general, comprobaba el grosor con sus propios dedos, colocándolos como si fueran un pie de rey, a la vez que golpeaba las maderas con los nudillos, buscando un sonido distinto, y estuvo así hasta que creyó captar que el lateral derecho emitía un ruido diferente al izquierdo, como si la madera fuera más delgada; sin embargo, el grosor aparente de ambos era el mismo.

Bajo la guía por la que se deslizaba uno de los cajones creyó descubrir una fisura. Introdujo las uñas y forzó la madera; corría el riesgo de partirse las uñas y fue en busca de un pequeño escoplo que manipuló como si fuera una palanca, pero con infinito cuidado para no arañar el barniz. Se desprendió al fin una doble plancha de madera y un nuevo escondrijo quedó al descubierto. Y allí, pegado contra el lateral, en pie, había un sobre de tamaño medio. Dafne no perdió tiempo en atraparlo. En su interior, protegidas por sendas cartulinas, descubrió cinco fotografías en color y de un tamaño bastante grande, catorce por veinte centímetros, más o menos.

Las imágenes captadas por el objetivo eran francamente insólitas.

Se dio prisa en colocar de nuevo el panel de madera camuflado bajo la guía que sostenía el cajón, lo apretó bien con las manos y con una gamuza, limpió todas las posibles huellas dejadas en el mueble.

Puso en su lugar los distintos cajones y el secreter recuperó su aspecto original. Aquel *bureau* había sido testigo mudo e impasible de no pocas escenas escabrosas y ahora, se resarcía en parte; fue como si el espíritu que anidaba en la madera se regocijara y, casi, casi, esbozara una sonrisa perversa.

Con manos temblorosas por el nuevo descubrimiento, Dafne guardó el sobre con las fotografías dentro de su propio bolso. No cometería otra vez el error de comentar su hallazgo al nuevo propietario del escritorio. La información era suya, ella la había encontrado y asumiría los riesgos que pudiera entrañar.

A la una treinta de la tarde solían cerrar la tienda, así lo hicieron también aquel día, y Dafne se despidió de Luciano regresando al piso que compartía con Oliver. Comía sola y hasta las cuatro y media en que volvía al trabajo, tenía tiempo para acondicionar la casa e incluso hacer las compras necesarias en un supermercado que no cerraba al mediodía. Cuando Oliver acababa de comer en el *self-service* de la empresa y antes de reanudar sus tareas, solía llamarla desde su despacho para saber cómo estaba y aquel día, también lo hizo. Dafne descolgó el auricular de inmediato, impaciente por hablar con él.

—Tengo que contarte algo muy importante.

—¿Que estás embarazada?

—De eso, nada, es algo relacionado con lo que mi abuela sacó de mi memoria.

—Ya.

—Procura no retrasarte esta tarde, ardo en deseos de que veas lo que he descubierto.

—Sea lo que sea, no sigas hablando y no necesito repetirte que debes ser prudente, ¿verdad? Te quiero...

Cuando aquella tarde, en la intimidad del hogar, Oliver Climent tuvo las cinco fotografías en sus manos, no pudo por menos que asombrarse y parpadear.

—Menudas fotos. Sería inútil mandarlas a ninguna revista por muy sensacionalista que ésta fuera, nadie se atrevería a publicarlas. Creo que sólo podrían salir en la portada de "El Jueves", convertidas en caricaturas.

En la primera foto se podía ver a Valle-Corrales desnudo y con ambas manos esposadas a los barrotes de una cama. Tras él, la bellísima Perla de Oriente, vestida en plan *sado* con ropa de cuero negra, blandía un látigo con el que le azotaba las nalgas mientras reía a carcajadas. El político parecía pasarlo pipa a juzgar por su erección, que era de aquí te espero. La escena tenía lugar en un lujoso dormitorio y, al fondo, perfectamente identificable, se veía el *bureau* Sheraton.

La segunda foto era muy similar a la primera, las ropas de la vedette eran también muy sugestivas pero distintas, por lo que cabía suponer que había sido hecha otro día.

Aunque no cabía duda de que el tipo en cuestión era Augusto Valle-Corrales, se notaban los años transcurridos desde que se tomaran aquellas instantáneas, entonces tenía mucho más pelo, su rostro era más terso y sus ojos aún no estaban cargados de bolsas. Debía estar harto de tanto amedrentar y someter al prójimo y, de vez en cuando, le salía la vena masoquista, necesitaba una satisfacción vinculada al sufrimiento y a la humillación y le gustaba que le atizaran en el trasero.

¿Le habría recomendado su psiquiatra seguir aquella terapia compensatoria? ¿Ocultos sentimientos de culpabilidad le impulsaban a buscar una posición de víctima?

La tercera foto debía haberse tomado una noche de carnaval, nochevieja o cualquier otra noche de orgía donde el alcohol y otras sustancias prohibidas habrían corrido en abundancia disolviendo todas las posibles inhibiciones. Se veía a cinco hombres cogidos de los hombros y con las piernas levantadas como tratando de emular a las coristas de una revista, pero ellos en plan *full monty* y no absolutamente desnudos, lo que hubiera resultado un poco menos ridículo. Uno llevaba una vistosa corbata azul, el otro un diminuto delantal blanco y una cofia, el tercero un corpiño rojo y un liguero también rojo, el cuarto unas bragas de mujer y el quinto, un

matasuegras... Eso sí, todos llevaban calcetines y zapatos, reían a mandíbula batiente y parecían la mar de divertidos. Al fondo, desenfocadas, se veían otras personas y varias mesas redondas cubiertas con manteles, el lugar podía ser un club privado o algo por el estilo.

La cuarta foto era una variación de la tercera, ejecutando un paso de baile distinto. Las caras de los cinco hombres eran perfectamente identificables.

En la quinta foto, centrado en ella como una diana blanca, en primer plano y casi despidiendo luminosidad, se veía un rotundo y espectacular trasero que parecía corresponder a una mujer, aunque su cara no podía verse. Sobre la carne desnuda, posiblemente con un lápiz de labios y con grandes letras, alguien había escrito: "URNA". Lo rodeaban los mismos cinco individuos de la tercera y cuarta foto que lo contemplaban con claro regocijo mientras sus manos diestras apresaban algo muy unido a sus cuerpos y que era mucho más grueso que un dardo. Parecían dispuestos y ansiosos de acertar en el oscuro centro de la redonda diana, posiblemente uno detrás de otro.

—Ya ves cómo se divierten unos cuantos individuos que nos mandan y deciden por nosotros. Y lo bueno del caso es que en esta foto hay dos políticos de izquierdas, dos de derechas y el quinto, el que iba de liberal, ya está enterrado, hace unos años se la pegó con el coche cuando conducía borracho. A lo peor salía de una orgía parecida a la que reflejan estas fotos. Ya me habían comentado que esos hombres eran compañeros de juerga y que gustaban de frecuentar los mismos lugares y compañías, pero estas fotos acaban de confirmarlo. Supongo que las hizo alguien muy próximo a Perla de Oriente, quizá una doncella suya, un *manager* o alguien por el estilo, y hasta es posible que las tomaran simplemente por precaución, para tener constancia de quiénes participaban en esas orgías por si un día acababan en tragedia.

Oliver se sentía no sólo profundamente molesto sino desencantado, hubiera preferido que Dafne no realizara aquel nuevo descubrimiento. Cuanto más se sabía, más asegurada estaba la decepción. ¿Es que no existiría ningún lugar o estamento en el que se pudiera hurgar sin temor a toparse siempre con heces y detritos?

Haz lo que digo, no imites lo que hago, pedían los más consecuentes y sensatos; el resto, te pedían que actuaras sin pensar y tú obedecías, porque pensar siempre erosiona la conciencia y luego, incómodos e inútiles remordimientos pueden amargarte la vida. La obediencia debida es un gran alivio, gracias a ella puedes dormir tranquilo, sólo has hecho que cumplir órdenes, la culpa siempre la tiene otro.

—¿Qué crees que podemos hacer, Oliver?

—Quemar toda esa basura e intentar ser el máximo de felices inmersos en nuestra ingenua mediocridad. Somos los individuos anónimos de la tercera casta, el escalafón más numeroso de la sociedad, los que estamos obligados a mantener esos valores éticos que algunos llaman burgueses pero que son simplemente de convivencia y sentido común.

—¿Me pides que queme estas fotos que son una prueba que corrobora la otra información que poseo sobre Valle-Corrales? —Los ojos femeninos brillaron de asombro.

—Sí —asintió rotundo—, y no sólo te lo pido, te lo exijo. Como verás, aquí no sólo están sucios los de un lado, los del otro tampoco son querubines. Además, un quinto hombre ya está muerto y, posiblemente, su familia tampoco merece que se divulguen esas miserias del pasado.

—Te recuerdo que mi amiga pudo morir por culpa de ese tipo.

—Se acabó, Dafne, he dicho que vas a quemar todas esas fotos y me obedecerás. Ahora vives conmigo, yo mando aquí y no quiero que esto pueda llegar más lejos. Espero no tener que repetírtelo.

La joven rezongó molesta, pero lo vio tan tajante y categórico que no se atrevió a seguir llevándole la contraria.

—Está visto que vivir con un hombre también tiene sus inconvenientes, de vez en cuando os sale la vena autoritaria y os ponéis insoportables.

—La curiosidad de muchas mujeres las ha llevado a la desgracia y a

la muerte, olvídate de seguir buscando pasiones y pecados ocultos. ¿De niña tu abuela no te explicó el cuento de Barba Azul? Resuelve crucigramas si es que te aburres en tu tiempo libre, pero no te metas en más líos. ¿Ha quedado claro?

—Perfectamente, no sabía que fueras tan mandón. Porque te quiero, voy a hacerte caso, te doy mi palabra de que no haré nada con esas fotos ni con el informe que escribí, pero tú vas a prometerme otra cosa: Que te olvidarás de una vez por todas de comprarte otra moto.

—Es que no tiene nada que ver una cosa con la otra.

—¿No? Tú eres el primero que me está ordenando no correr riesgos innecesarios.

Oliver bufó; de todas formas, insistió:

—Echo muy en falta una moto para desplazarme, es como el caballo del hombre moderno y me siento raro sin ella, deberías comprenderlo. ¿Imaginas a un vaquero moviéndose a pie por las inmensas praderas?

—Has leído demasiadas novelas del Oeste.

—Unas cuantas. Había un autor en especial que me encantaba, Ralph Barby, describía el Farwest como nadie. Yo pensaba que había nacido en Texas, pero una vez le vi en televisión y resulta que era barcelonés y se lamentaba de no haber puesto jamás un pie en América, entre otras cosas porque no podía costearse el viaje.

—Julio Verne tampoco viajó nunca, pero como todo está escrito en los libros, para estar documentado basta con saber leer y escuchar. Ahora, no sigas evadiéndote y dame tu palabra de que no vas a comprarte otra moto...

Aquella noche, con los ojos cerrados, Dafne comenzó a dar de nuevo vueltas al asunto que tanto la preocupaba. Como el propio Oliver le reprochaba, era muy obstinada. Y creyó encontrar una alternativa que hacía posible la intervención del Destino para que éste también jugara su baza en la singular partida.

A la mañana siguiente, obedeciendo las órdenes severas que Oliver le repitió antes de marcharse, se entretuvo en quemar fotos, pero sólo las tres en que aparecía el grupo de cinco hombres; ella no era ninguna puritana y no tenía por qué juzgar sobre la forma que éstos habían elegido para divertirse, pero sí era asunto suyo el accidente de su amiga, haber corrido ella misma el riesgo de morir y todo el terror que había experimentado creyéndose acosada por un sicario.

Se calzó unos guantes de algodón y con una gamuza, limpió cuidadosamente las fotos en que Valle-Corrales aparecía siendo flagelado, no debía quedar huella alguna de Oliver ni de ella misma y ambos habían tocado las fotos. Las introdujo en un sobre completamente nuevo que sacó de un paquete precintado y ocultó el sobre dentro de un libro que guardó en su bolso.

Monsieur Balthazar seguía griposo y cuando Luciano salió de la tienda para desayunar, Dafne no perdió tiempo en acercarse al *bureau* Sheraton.

Pensó que el escondrijo más fácil de hallar era el del cajón superior izquierdo, el que ella descubriera en primer lugar, e introdujo el sobre conteniendo las dos fotos de Valle-Corrales en el doble fondo. Previamente, ensució un poco el sobre pasándolo por encima de un mueble polvoriento para quitarle el aspecto de nuevo, se suponía que llevaba bastantes años oculto en el escritorio. Las fotos regresaban a su escondite original en el *bureau*, sólo cambiaban ligeramente de emplazamiento.

Cuando una hora más tarde se presentó en la tienda Mabel Gras, Dafne se deshizo en sonrisas y amabilidades.

La mujer del diputado Gras llevaba sus gafas de sol Moschino encima de la cabeza y melena rubia hasta los hombros. Acento de pija de la Bonanova, cordial y encantadora, tenía ya cierta edad pese a su rostro sin arruga alguna; posiblemente había pasado por las manos del cirujano plástico doctor Benito que era capaz de dejar a la momia de Nefertiti como recién planchada. Dafne pensó que, cuando ella fuera mayor, le gustaría parecer tan joven como Mabel.

En primer lugar, Dafne le mostró el Biedermeier y le cantó sus excelencias. Sutil y astuta, encendió uno de los focos cuya luz

incidía directa sobre el bellísimo Sheraton que quedó perfectamente iluminado, como una tentación.

—Sí, este secreter me gusta, pero ese otro... —Mabel Gras señaló el Sheraton —es una maravilla. ¿De qué estilo es?

Dafne le soltó la lección que tenía bien aprendida y le confesó su abierta predilección por el Sheraton.

—Ese *bureau* es una preciosidad, pero no está a la venta, *monsieur* Balthazar quiere retenerlo para sí.

—¿Por qué?

Dafne bajó el tono de su voz, haciéndola íntima y confidencial pese a que nadie más podía escucharlas. Estaban solas en la tienda y con la puerta cerrada con pestillo.

—*Monsieur* Balthazar me ha dicho que es por el síndrome del coleccionista, ya sabe, cuando consigue una obra tan singular como esa sufre si ha de desprenderse de ella, pero yo me temo que le mueven otras razones menos confesables...

—¿De veras, y qué razones pueden ser esas?

—Todos los expertos saben que Sheraton era un artista muy ingenioso que introducía en sus muebles infinidad de escondrijos secretos. Esos escondrijos los conocían sus primeros propietarios, los que tenían la fortuna de poder tratar con el ebanista, y en ellos solían ocultar alhajas, piedras preciosas, documentos especialmente valiosos o comprometidos. Localizar ahora esos departamentos camuflados es un auténtico desafío para una mente aguda y perspicaz, y estoy segura de que es lo que pretende *monsieur* Balthazar; pero eso requiere suerte y bastante tiempo y el pobre está ya bastante anciano y encima, va y se pone enfermo.

—Pobrecito, pues a mí me encanta este Sheraton, no hay color con el Biedermeier.

—Yo pienso lo mismo, estoy enamorada de él. Como estamos solas, puede examinarlo con toda libertad, pero, por favor, cuando hable con *monsieur* Balthazar no me delate, ya sabe que él no quiere

venderlo ni loco.

—No tema, querida, entre mujeres hemos de ayudarnos.

—No sabe cuánto admiro la obra que usted y su prima, la señora de Valle-Corrales, están llevando a cabo para proteger a las mujeres maltratadas por sus compañeros.

—Ay, sí, pobrecillas, cuando te explican sus desgracias domésticas te conmueves aunque no quieras.

—¿Y a ustedes no acuden también hombres maltratados?

—Pues no, no hemos tenido ningún caso.

—Claro, para que los latiguen, los hombres han de pagar, hasta en eso son diferentes, a nosotras nos atizan gratis.

Siguieron conversando, entre ambas se creó un buen *feeling*, y Mabel Gras se fue de la tienda llevándose anotado el número del teléfono particular de *monsieur* Balthazar, dispuesta a convencerle.

Horas más tarde, *monsieur* Balthazar la llamó para comunicarle:

—Dafne, prepara una factura a nombre de la señora Gras, ha comprado el Sheraton. Que Luciano le dé un repasito y que el transportista de costumbre lo lleve a casa de la señora Gras. Entrégale la factura personalmente y el recibo, ella te pagará al contado, con un cheque conformado por el Banco, asegúrate de que todo está correcto; aunque sea muy rica, en cuestiones de dinero no me fío ni de mi santa madre.

—Pensaba que iba usted a venderle el Biedermeier.

—No sabes lo pesada que se ha puesto diciendo que sólo compraría el Sheraton. Le he pedido un veinte por ciento más de lo que pensaba sacar y ella ha puesto el grito en el cielo por el precio que le he soltado, pero después de mucho forcejeo, le he rebajado un diez por ciento si lo pagaba al contado. Se ha quedado contenta y yo también, para qué negarlo. Ha sido un negocio redondo, porque tu tía Julia me lo vendió relativamente barato.

—Celebro que se haya salido usted con la suya. Discúlpeme, *monsieur* Balthazar, pero qué zorro es usted, cuánto puedo aprender a su lado...

—No te quepa duda, c*hérie*. Ahora, manos a la obra, no podemos permitir que la señora Gras se arrepienta.

El Sheraton no tardó en ocupar un lugar de privilegio en el lujoso hogar de los Gras.

Dafne fue a visitar a Mabel Gras para llevarle la factura y recibir el cheque nominal y conformado. Mabel estaba entusiasmada y besó efusivamente a Dafne dándole las gracias por su colaboración; había telefoneado a su prima Cuca Valle-Corrales y estaba esperando que llegara de un momento a otro para mostrarle su reciente adquisición. Seguro que ambas, como locas, se pondrían a buscar los escondrijos secretos del *bureau,* lo que descubrieran dentro de ellos ya era otro problema.

Once

Dafne preparó una cena especial y decoró la mesa con velas y un pequeño centro floral. Cuando Oliver lo vio, quedó un poco sorprendido.

—Creía que no te gustaban las flores cortadas.

—Ha dejado de molestarme su olor.

—Lo celebro, ¿y a qué se debe ese cambio?

—Tú me has cambiado, soy una mujer distinta gracias a ti. Ni siquiera necesito comer chocolate como antes para compensar mis depres porque ya no las tengo.

—¿Has quemado las fotos como te pedí o todo este decorado es para que no me enfade porque me has desobedecido? —inquirió receloso.

—He quemado tres fotos; las otras dos, las que implicaban a Valle-Corrales, han regresado al *bureau* donde Perla de Oriente las guardó. Si alguien las descubre alguna vez, no será mi problema, y tampoco las consecuencias que pueda tener ese hallazgo. Supongo que jamás sabré qué ha sido de esas fotos.

—Me has obedecido a medias.

—Digamos que la cosa queda como si jamás hubiera encontrado esas fotos, como si no supiera que existen. —Sonriente y muy mimosa, añadió—: Anda, cariño, siéntate a la mesa, he preparado unos langostinos al cava que deben estar de muerte y no podemos permitir que se enfríen.

Oliver suspiró y prefirió dar por zanjado el tema, siempre tenía un apetito excelente y el marisco era su debilidad, no era cuestión de perder más tiempo en discusiones.

Acababan de cenar cuando sonó el teléfono. Era la abuela Cinta para interesarse por ambos. Dafne conversó animadamente con ella y después, el propio Oliver le pidió el auricular; tras saludarla cariñosamente, le dijo que prefería charlar con ella desde su estudio. Dafne quedó un poco perpleja de que Oliver deseara hablar en privado con su propia abuela y cuando él regresó al salón, no perdió tiempo en interrogarle.

—¿Puedo saber qué os traéis entre manos tú y mi abuela?

—Le he pedido que venga a pasar unos días aquí.

—¿Y ella ha aceptado? Detesta la ciudad, la contaminación y el ruido la ponen de los nervios.

—Voy a pasar un tiempo fuera, Dafne y, la verdad, me da miedo dejarte sola, no sé en qué líos puedes meterte.

—¿Que te vas? ¿Y se lo has dicho a mi abuela antes que a mí?

—La cosa ha venido así. Albert Prades, Jordi Mas y yo, hemos de viajar primero a Venezuela, luego a Colombia, a Perú y finalmente a Chile. Desde la central en Alemania piensan que los técnicos españoles somos los más adecuados para viajar a esos países por la cosa del idioma. No tengo ningunas ganas de irme ahora, pero son gajes del oficio, se esperan pedidos importantes de la nueva gama de productos fitosanitarios y piensan que podemos hacer una buena labor de divulgación. No es la primera vez que visitamos países sudamericanos.

La mujer notó de pronto que tenía rodillas porque comenzaron a temblarle sin poder controlarlas.

—¿Es que no has visto las noticias que salieron en el telediario el otro día? Había unos altercados horribles en...—Cuando en otros lugares pasen noticias de cosas que nos han ocurrido aquí, como el 11-M, también pensarán que corremos grandes riesgos. Tranquila, mujer, los países son muy grandes y aunque un barrio esté en llamas y patas arriba, en otra parte de la ciudad la gente ha de enterarse por la tele o la radio de lo que ocurre.

—Vamos, que tengo que aguantarme y tragarme el miedo de los riesgos que puedas correr, vas a tener que coger un montón de aviones y utilizar muchos otros medios de transporte, posiblemente muy poco seguros.

De buena gana, la joven hubiera añadido “y encima, seguro que vas a relacionarte con un montón de mujeres y en esos países, son horriblemente cariñosas”.

—No exageres, volveré sano y salvo. —La hizo sentar sobre sus rodillas y le acarició el cabello como si se tratara de una criatura enfurruñada.

—En cambio, tú le pides a mi abuela que venga a controlarme y hacerme compañía cuando me he pasado un montón de años viviendo sola.

—Me siento responsable de ti, pienso que debo protegerte de todos y hasta de ti misma y ahora, no podré hacerlo.

—¿Y puedo saber cuándo te vas?

—Mañana a las diez salimos hacia Madrid, allí tomaremos otro avión para Caracas. Todo está programado.

—Seguro que hace días que conocías este viaje y vas y me lo sueltas de pronto, como un escopetazo...

—Quería ahorrarte preocupaciones. Ahora, ¿te importa si nos vamos a la cama? Me espera un tiempo de abstinencia, vale más que me vaya tranquilo, ¿no te parece?

Oliver Climent aún no estaba a bordo de un avión, pero aquella noche, fue como si estuviera pilotando un Thunderbolt. El caza de morro afilado, el cañón más potente capaz de volar, descendía a toda velocidad escapando de las nubes que pretendían atraparlo. Algo muy ardiente e intenso quería fluir de su interior y él no pretendía retenerlo, hasta su alma iba detrás en aquella caída en picado con la que pretendía perforar la corteza de la tierra. Y cuando abrió aquel pozo, con tanta profundidad que brotó magma ígneo, dejó escapar un rugido capaz de agrietar el fuselaje del caza.

Se levantaron temprano. Mientras Dafne se tragaba las lágrimas y una opresión en el diafragma le impedía llenar sus pulmones con todo el aire necesario, él sacó su maleta, ya preparada a medias; estaba acostumbrado a viajar y cargaba sólo con lo imprescindible..

Dafne fue a despedirle al aeropuerto. Cuando Oliver, acompañado de sus dos compañeros, traspasó las puertas que daban acceso a los vuelos, se dio cuenta de golpe de lo que significaba para ella: Él era el TODO. Sintió un miedo irracional, absurdo, casi infantil, como si el avión fuera un monstruo antediluviano capaz de engullir y devorar al hombre que amaba. Constató que, sin su presencia, sin la fuerza que emanaba de él y de la que ella se nutría, era como una mesa a la que sierran dos patas, pierde el equilibrio y ya es incapaz de mantener la estabilidad. El hombre no sólo le brindaba seguridad y protección; razonando con él, confesándole sus inquietudes, polemizando incluso, ella misma llegaba a conclusiones más ecuánimes y ponderadas, abortaba el peligro de subirse por las ramas por un exceso o un defecto. La mente humana es capaz de desbordar sus propios límites si otra inteligencia no la equilibra oponiéndole sus propios parámetros, de la comparación surge la armonía y el justo medio. El sentido común debe ser la feliz consecuencia de un diálogo positivo que clarifique ideas y ahuyente obsesiones.

Sufría migraña desde hacía tres días, desde que Oliver se marchara. Acababa de venirle la menstruación y se sentía fatal, no tenía ánimos ni para sonreír. No pudo aguantar sin comer chocolate pese al riesgo de los antiestéticos granitos, pero pensó que para cuando Oliver volviera, ya habrían desaparecido.

Cuando su abuela descendió del tren en el apeadero del Paseo de Gracia, se apresuró a explicarle que estaba indispuesta, temía que pudiera pensar que no le alegraba su llegada, aunque ambas se conocían tan bien que las explicaciones resultaban casi innecesarias.

—No sé los días que aguantaré aquí, nenita, con todo este ruido y la gente tan apresurada arriba y abajo... ¿Se está quemando algo? Bueno, mientras tú estés trabajando, aprovecharé para darme una vuelta por los museos, hace tiempo que no los visito y el MACBA, aún no lo conozco.

—También puedes hacerte tu chequeo médico anual.

—Qué pesada te pones con los dichosos chequeos. ¿Es que no ves que estoy como una rosa, que tengo una salud de hierro?

La abuela rondaría la setentena, una innata coquetería le impedía revelar su edad y, además, alardeaba de que los achaques de la vejez con ella no podían porque siempre tenía la mente ocupada, la curiosidad intelectual la salvaguardaba de la decadencia y la senilidad. Hablar de enfermedades se le antojaba humillante. Además, como respiraba un aire siempre limpio y se preparaba unas tisanas de hierbas muy especiales que ella misma recolectaba en el campo, se mantenía en plena forma, con las arterias tan limpias como las de un bebé. Bueno, con la artrosis de su rodilla sí que no había manera, suerte que con las aspirinas iba trampeándola. Era el único medicamento moderno que ella aceptaba, porque machacar cortezas de sauce como hacían los griegos le resultaba un poco engorroso.

Cuando Oliver telefoneó por la noche desde Caracas para explicarle que el vuelo hasta Maiquetía había sido perfecto y que ya estaban instalados en un hotel de la avenida Urdaneta, Dafne se sintió más tranquila, pero creyó oír risas de fondo y se le antojaron risas femeninas. Frunció el ceño y su migraña, fruto de la honda preocupación que la embargaba, persistió.

Cinta quiso conocer “Antic”, la tienda de antigüedades donde trabajaba su nieta y aquel tibio atardecer, se acercó al comercio. *Monsieur* Balthazar, ya repuesto de su gripe, pero todavía con una bufanda al cuello y chupando caramelos de eucalipto, se inclinó ceremoniosamente ante ella para besarle la mano como solía hacer con todas las damas. No tuvo reparo alguno en enseñarle las pequeñas maravillas que atesoraba en su tienda, para él siempre constituía un placer mostrarlas, y un diálogo fluido y animado se estableció entre ambos casi de inmediato, mas no tardaron en disentir cuando Cinta manifestó su entusiasmo por el mundo de la informática, algo que al bueno de *monsieur* Balthazar le producía urticaria.

Cuando Dafne, en una ocasión, osó proponerle comprar un ordenador e instalar programas de contabilidad y control de existencias que facilitarían la administración, estuvo en un tris de despedirla. Él llevaba sus libros de Mayor y Diario como le enseñaran cincuenta años atrás y escribía los nombres de las cuentas con letra redondilla. A la abuela, que se dio cuenta de ello, le salió la vena perversa y comenzó a marearlo soltándole una serie de términos y vocablos informáticos que al anticuario le sonaban a chino mandarín. Para hacerla callar, se la llevó a tomar un té; Dafne se quedó al cuidado de la tienda y a la hora del cierre, Luciano se ocupó de echar la llave.

La muchacha regresó al piso y preparó la cena para ambas, pero tuvo que cenar sola porque la abuela no apareció hasta casi las tres de la madrugada. Cuando llamó al timbre del portal, Dafne se levantó de la cama para abrirle las puertas.

—¿Dónde te has metido? ¿Sabes qué hora es? Ya pensaba que podías haber sufrido un accidente —la abroncó—. ¿No podías telefonearme para decir que estabas bien?

—No tenías que preocuparte, ya ves que estoy perfectamente —respondió con toda tranquilidad—. Balthazar me ha invitado al teatro y al acabar la función nos hemos ido a tomar un cóctel a "Boadas", en la calle Tallers. ¿Sabes que ese local se inauguró en 1933 y que por él han pasado Hemingway, Dalí, Picasso? Ha sido fantástico.

—Muy bonito, se suponía que ibas a cuidar de mí, no a irte de ligue con mi jefe el anticuario.

—¡Qué cosas se te ocurren, ligues a mi edad!

Se echó a reír espontáneamente. Tras las gafas de cristales progresivos, sus ojos vivaces despedían un brillo de juvenil picardía.

La abuela estaba exultante. *Monsieur* Balthazar la llevó al Liceo, donde ambos se deleitaron con una fabulosa "Tosca" en la que la diva Inés Salazar recibió "bravos" e inacabables ovaciones. La paseó por la ciudad para mostrarle distintos puntos de interés que él tampoco había visto personalmente. Se limitaba a ir de su casa a la

tienda y la transformación de la ciudad a raíz de las olimpiadas y posteriormente el Forum, la conocía gracias a la televisión, claro que se abstuvo de confesarlo. Para no perderse por los nuevos viales y quedar en ridículo, se subieron a un taxi y dio una buena propina al chófer.

En cuanto a Cinta, olvidó quejarse de la contaminación y del ambiente ruidoso y caótico de la urbe y hasta acabó admitiendo que Barcelona no estaba mal. La compañía de un hombre atento y obsequioso es capaz de hacer milagros.

Cuando Dafne iba a comenzar con una nueva tanda de píldoras anticonceptivas, pensó que no merecía la pena tomarlas. Oliver iba a pasarse un mes fuera y no le hacían ninguna falta, descansaría aquel ciclo. Seguía triste y deprimida, como si el alma hubiera escapado de su cuerpo para emprender un aciago y tortuoso viaje astral.

Él llamaba con frecuencia y se lamentaba de tener que ir de una ciudad a otra. Aquello no era turismo sino trabajo penoso, los altos jerarcas de la empresa no parecían haberse enterado de que no era la mejor estación para visitar aquellos países. ¿No podían haber escogido otra época? Contaba que Albert Prades se sentía fatal con las altas temperaturas y el cambio de comidas y estaba sufriendo los típicos percances del viajero, por allí le llamaban la venganza de Simon Bolívar.

Jordi Mas, su otro compañero, estaba perfectamente, él tenía salud de explorador o misionero y se estaba poniendo las botas con las sugestivas caribeñas. Como era un habitual de los McDonald's, su estómago era capaz de digerir hasta un estofado de hormigas.

Por su parte, Oliver le aseguraba que él estaba bien de salud y se comportaba como un cartujo, que sólo pensaba en ella. Dafne ansiaba creerle, pero los celos seguían clavándole alfilerazos. Para ella, Oliver era tan seductor, tan irresistible, que le parecía imposible que otras mujeres que merodearan cerca de él no le sometieran a acoso y derribo. Y los hombres, ya se sabe, cuando están en otros países, lejos del hogar, piensan que están obligados a ser buenos patriotas y dejar siempre bien alto el pabellón.

Aquel anochecer, por pura casualidad, la abuela estaba con ella en casa, parecía un poco sombría. Después de cenar, se dispusieron a ver el telediario de la cadena autonómica y cuando dieron los titulares de las noticias, Dafne abrió unos ojos como platos y pulsó la tecla de grabación del video: Aquel telediario merecía guardarse para el recuerdo.

Tras una breve reseña del locutor, pasaron una *filmación* en la que se veía al político Augusto Valle-Corrales bajando con cierto titubeo las escalinatas de una selecta clínica de la parte alta de la ciudad. Llevaba la cabeza más vendada que un *tuareg* y un brazo en cabestrillo. Sus ojos azules tenían mirada de anestesiado y todavía no parecía entender muy bien qué le había pasado. A su lado, sosteniéndole por el brazo sano, su esposa Cuca sonreía sin intentar disimular la fuerza de su carácter, y ella no tuvo inconveniente alguno en hablar para la prensa, es más, parecía encantada de hacerlo:

—Pueden ustedes estar tranquilos, mi esposo estará repuesto dentro de muy pocos días. Ha sufrido un lamentable accidente doméstico, digamos que ha resbalado en el baño, pero les aseguro que no es nada importante.

—Nos habían comentado que sufría conmoción cerebral con pérdida de memoria.

—Oh, no, qué exageración, digamos que sólo está un poquito aturdido por el golpe...

Cuca siguió hablando llena de sonrisas. Parecía una clónica de su prima Mabel, hasta lucía el mismo modelo de pómulos.

Elegante y sofisticada, con un largo fular de gasa color humo sobre el hombro de su impecable traje chaqueta gris firmado por Toni Miró, se apartaba con coquetería mechones de la rubia melena que trataban de ocultar sus bellos ojos sin patas de gallo pese a que debía rondar el medio siglo.

Cuando la noticia finalizó, Dafne pulsó la tecla de *stop* y detuvo el video sin poder contener una sonrisa de perversa satisfacción.

Hubiera jurado que Mabel y su prima Cuca no habían tardado demasiado en descubrir los secretos que encerraba el *bureau* Sheraton y que el “accidente doméstico” de Gustito Valle-Corrales debía ser consecuencia de los feroces sartenazos de su mujer. O no, posiblemente no había sido así, Cuca era demasiado fina para pegarle con una sartén, ella le habría atizado con un dragón de bronce de la dinastía Tang que debía de tener encima de la chimenea, pero posiblemente dolía lo mismo o incluso más. Por otra parte, si a su marido le gustaba tanto que le flagelaran, ¿por qué privarle de sus placeres masoquistas?

La abuela, que andaba algo despistada aquella noche, preguntó:

—Ese hombre que ha salido con tantas vendas, ¿no era ese político prepotente y dogmático al que tú detestabas?

—Pues sí, y lo único que deseo es que los golpes le recompongan el disco duro, a ver si deja de ser tan mesiánico y se olvida de salvarnos a todos.

—Por cierto, mañana tengo previsto tomar el tren y volver a mi casa, hace demasiados días que falto y me inquieta saber cómo estarán mis perros, encargué a un vecino que fuera a darles de comer, pero...

Dafne no disimuló su sorpresa. —Vaya, pensaba que te entretenías tanto con *monsieur* Balthazar que hasta te habías olvidado de *Thot* y *Alba.*

—Bueno, Balthazar es encantador, pero ¿sabes que me presentó a su mamá?

—Y ella te explicó que es descendiente directa de la condesa de Rémusat, que era dama de honor de la emperatriz Josefina.

—Pues sí.

—La vieja dama tiene ideas fijas.

—Y acabaría poniendo histérica a Santa Rita. A la tercera vez que me vino con la misma historia, pensé que si no salía huyendo corría el riesgo de estrangularla. Además, es una Yocasta incurable, la

culpa de que Balthazar siga soltero es suya, seguro.

—Me muero de curiosidad, abuela. ¿*Monsieur* Balthazar te ha tirado los tejos?

—Un poquito —admitió, sin poder disimular una sonrisa de satisfacción—, dice que me encuentra deliciosa, que con ninguna otra mujer puede hablar de tantos temas como conmigo, pero ¿qué quieres que te diga? Llevo muchos años viviendo a mi aire, en soledad, y estimo demasiado mi libertad para pensar en perderla ahora.

—Y conocer a la que podría ser tu futura suegra ha sido decisivo para que prefieras volverte a casita.

—Sí, ella no es una anciana, es una vieja, que no es lo mismo, e insoportable. Hasta que Balthazar no se quede huérfano no hay nada que hacer y eso, seguro que tardará, porque esa horrible mujer parece tener cuerda para rato.

—Y como tienes miedo de encariñarte demasiado con *monsieur* Balthazar, has decidido abandonar el campo de batalla antes de sufrir heridas más dolorosas.

—Más o menos, a ti no voy a engañarte. —Suspiró un poco. No obstante, añadió—: Si algún día, a Balthazar se le ocurriera pedirte mi dirección de la masía, puedes dársela. El número de teléfono ya se lo he dado yo misma.

—No te preocupes, hasta le dibujaré un plano para que no se pierda, porque supongo que preferirás que no se meta en el bar del pueblo preguntando por ti.

—Me daría un poco de corte, como decís los jóvenes.

Oliver la llamó y le contó las últimas anécdotas del viaje: Estaban en Colombia, concretamente en Medellín, donde Jordi Mas había estado a punto de morir.

—¿También ha cogido diarrea?

—Oh, no, la cosa ha sido mucho peor. Conquistó a una niña preciosa, se llama Candelaria y tiene unas curvas... Después de los arrumacos, se la llevó al hotel y cuando empezaban la faena, irrumpieron en la habitación cuatro tipos altos como armarios protegiendo a un quinto que era bajito, pero con una mala leche impresionante.

—¿El marido de la niña?

—Peor, el padre, y parece que es un capo del cartel que manda aquí. Jordi está vivo de milagro, porque la niña suplicó llorando a su papá que no le lastimara, pero no nos fiamos de que no puedan volver los gorilas y vamos a salir de aquí por patas. Estamos esperando un taxi que nos llevará al aeropuerto.

—Es curioso que sólo me hables de las aventuras amorosas de Jordi.

—Es el único que está soltero y sin compromiso.

—¿Albert se porta como un cartujo igual que tú?

—Él es fiel a su esposa —aseguró tajante.

Dafne pensó que Oliver podía temer que ella, algún día, se fuera de la lengua con la mujer de Albert y que nunca soltaría prenda de los posibles devaneos de su amigo; por su parte, Albert también sería discreto respecto a Oliver. Los hombres se protegían los unos a los otros con una singular ley del silencio.

—Además —prosiguió Oliver—, como tiene las tripas en pie de guerra y sólo toma arroz hervido, no está para meterse en berenjenales.

La siguiente llamada se produjo desde Lima.

—Estamos en un hotel junto a la plaza de San Martín que es precioso, tiene unas balconadas de madera tallada al estilo colonial que te encantarían. Pasaremos aquí un par de días y tomaremos un avión para Iquitos...

—Te llamo desde Iquitos, el puerto del Amazonas, es como un mar, tan grande que en el otro lado no hay orilla... El calor y la humedad casi nos impiden pensar. Hoy nos han llevado al Mercado de Belén, un barrio de casitas que flotan en el río, y hemos probado el famoso tacacho, es plátano verde machacado con carne de chancho, creo que es carne de cerdo. Estaba riquísimo, pero, no sé si sobreviviremos a la digestión. Es lamentable que los tres olvidáramos hacer testamento. Albert ha comprado unas botellitas de un licor afrodisíaco hecho con plantas de la selva, especial para hombres, y que aquí llaman "Levántate, Lázaro" y está empeñado en llevárselas a Barcelona. No paramos de ducharnos con agua fría y no es sólo para quitarnos el sudor. Las mujeres tienen aquí una manera de caminar que te ponen malo y con este clima, la testosterona se te sube a las cejas. ¿Sabes que por aquí las mariposas son grandes como pájaros y los mosquitos, parecen mariposas? No creo que ningún insecticida pueda con estos zancudos carniceros, aquí hacen falta cañones. Van a proporcionarme semillas de jacaranda, caoba, ébano y tagua, una palmera a cuyas semillas le llaman el marfil vegetal porque hacen botones con ellas.

Tres semanas sin Oliver, tres semanas devorada por la angustia, con una migraña permanente que, aparte de otros desarreglos, agudizaba su oído de tal manera que no soportaba los ruidos; el chirrido de los frenos de disco de los autobuses le producía auténtico dolor físico.

Mil pensamientos obsesivos dando vueltas en su mente le impedían conciliar el sueño que se demoraba esquivo hasta que la fatiga la vencía. ¿Qué estaría haciendo Oliver? ¿Las aventuras que atribuía a Jordi serían las suyas propias? ¿Estaría besando a otra mujer, quizás acariciándola, poseyéndola en algún chamizo de la húmeda y calurosa selva?

La abuela había regresado a su refugio en el campo y el propio *monsieur* Balthazar andaba un poco desasosegado y molesto. Aludía con frecuencia a Cinta y no siempre en términos elogiosos.

—Tu abuela es bastante díscola, a su edad debería ser menos rebelde y es suficiente como ella sola. Además, en cuanto te

descuidas, te habla casi como una de esas feministas radicales. ¿Sabes que me soltó un día? Que ella trataba de aprender del pasado y también del presente, que era una mujer de su tiempo porque estaba viva y receptiva, que era yo el que me había equivocado de siglo al nacer, que me hubiera sentido más a gusto en los tiempos de mi antepasada la condesa.

—Sí, mi abuela se basta a sí misma y no trata de disimular que está muy segura de sus ideas.

—¿Cómo es capaz de vivir sola en una masía a las afueras de un pueblo? Le sugerí que, cuando desee asistir a un concierto, visitar exposiciones o simplemente pasearse por Barcelona, podía instalarse en mi casa los días que ella quisiera, hay sitio de sobras y mamá estaría muy contenta de tener compañía y yo también, claro. ¿Sabes que me respondió tu encantadora abuela?

—Que ni loca.

—Sí, más o menos, y no sé qué me soltó sobre conflictos generacionales, como si eso aún fuera posible a nuestra edad y mucho menos a la de mamá.

—Creo que tiene usted razón, hablar de conflictos generacionales es una excusa, la cosa es mucho más simple: la gente se entiende o se aborrece, al margen de la edad que pueda tener.

—Por cierto, lo que Cinta no quiso decirme es cuántos años tiene. Cuando se lo pregunté, cambió de tema astutamente.

—Pues si ella no quiso confesarle su edad, lo siento mucho, pero yo también la he olvidado. Todo un caballero como usted, ¿cómo pudo cometer esa indiscreción? Las mujeres somos coquetas hasta la muerte y mi abuela no es distinta en eso.

A su pesar, *monsieur* Balthazar admitió:

—Tienes razón, *chérie*, porque hasta a mamá le molesta que el médico le pregunte la edad.

Doce

El hombre emergió del río, primero vio su cabeza, el oscuro cabello empapado pegándose a su frente amplia. Fue alzándose despacio y su poderoso torso brilló, infinidad de gotitas de agua multiplicaron los rayos del sol que le acariciaba y fue como un arco iris reflejado por la coraza de sus músculos pectorales.

Poco a poco, con una lentitud deliberada, fue mostrando el resto de su cuerpo, el vientre tenso cubierto de vello oscuro, las fuertes piernas, los pies que se clavaban en la arena para avanzar con largas zancadas. Estaba completamente desnudo, como un Adán en el paraíso, se vestía simplemente con su amplia sonrisa y ésta era más sugestiva, más convincente, que un montón de palabras.

Dafne no pudo por menos que clavar sus ojos enfebrecidos en el sexo del hombre, en parte oculto por el vello, y la visión le pareció tan turbadora que tuvo que entornar los párpados. Él tenía el bronce en la piel y en sus ojos, el verde de la hierba recién nacida.

La mujer, los pies quietos sobre la arena, también estaba desnuda. Sus partes íntimas quedaban parcialmente veladas por las coloridas alas de dos enormes mariposas, grandes como pájaros, que se habían posado sobre sus senos y el pubis, como pretendiendo ocultarla a la visión del hombre. Una vegetación generosa les rodeaba, húmedos verdes inabarcables. La soledad era absoluta, una soledad sin silencio porque multitud de pájaros emitían cantos, silbos o graznidos. A intervalos, los majestuosos guacamayos casi ocultaban el sol cuando cruzaban volando, con las enormes alas rojas y azules desplegadas como banderas. Monos aulladores balanceándose en las ramas, semiocultos por el follaje, emitían también sus gritos, quizás llamadas a la pareja, quizás advertencias a sus enemigos para que no osaran acercarse a su territorio.

—El Amazonas está lleno de pirañas, ¿por qué te has bañado en él?

Dafne prolongó su mirada al río y, corroborando sus palabras, vio

como los grandes peces de aspecto siniestro, agrupados en cardúmenes, daban saltos en la superficie del agua batiendo las mandíbulas, furiosos porque su presa había escapado y ya no podrían saciar su hambre permanente.

—Nada pueden hacerme —respondió él, arrogante, despectivo, y soltó una sonora carcajada. Parecía el rey de aquella selva.

—Pueden morderte y te harían mucho daño.

—Compruébalo tú misma, verás como no me han mordido.

Él se mantuvo muy quieto mientras ella se acercaba para examinarle con delicada atención, y no contenta con la información que sus ojos le aportaban, deslizó las puntas de sus dedos suavemente por toda la superficie de la piel del hombre para comprobar que las feroces pirañas no le habían atacado. No dejó un centímetro de piel sin rastrear; no se olvidó de la nuca, la espalda, las prietas nalgas, el vientre y mucho menos, el falo ni la bolsa de finísima piel que contenía los testículos y chorreaba agua.

—Has de hacerme un niño, no vuelvas a bañarte en el río, pueden morderte aquí.

El alargó una mano para atraparla y ella, traviesa, se dio la vuelta y echó a correr sobre la arena mientras reía a carcajadas. Corrió y corrió hasta que, jadeante, fue incapaz de seguir huyendo y se arrojó al suelo bajo la sombra protectora de una enorme palmera de cuyas ramas pendían pequeños falos de marfil, como si fueran los adornos de un singular árbol de navidad.

El no tardó en alcanzarla, la asió por un pie y tiró de ella para sujetarla y darle la vuelta. La mariposa que le ocultaba los senos como el tejido más sutil que pudiera imaginarse, salió volando y se posó en una de las ramas de la palmera; la otra mariposa aferrada al vello de su pubis, más obstinada, no se movió hasta que los dedos del hombre se alargaron para desprenderla, su diminuto cerebro quizás captó que corría un peligro inminente y emprendió el vuelo. Se posó junto a su compañera y ambas comenzaron a emitir agudas estridulaciones con las que manifestaban su protesta.

Pronto se vieron rodeadas por más y más mariposas, era un auténtico enjambre, llegaban de los confines de la selva hasta formar con sus alas una gigantesca carpa con la que protegieron a la pareja del intenso calor del sol, pero los rayos de éste se filtraban como si lo hicieran a través del rosetón de una catedral gótica y bañaban sus cuerpos con una orgía de luminosos colores.

El hombre ya se apoderaba de sus labios, sus manos ávidas abarcaban los senos enhiestos, el vientre que temblaba. La piel de ambos ardía mientras parecían fundirse el uno en el otro.

El río, desbordado, rebasó la orilla y avanzó hacia la pareja como un monstruo celoso. Sus aguas les rodearon y eran aguas muy cálidas y tan densas como la miel, pero de un color casi marfileño.

—El río es blanco como la leche —gimió Dafne cuando sus entrañas ya acogían las primeras embestidas del deseado intruso.

Y fue como si un brazo de aquel mar con nombre de río penetrara en su cuerpo por el canal del sexo, desbordándola hasta las orejas. Todos sus órganos quedaron inundados por aquella inmensidad líquida y hasta el corazón estuvo a punto de saltarle del pecho, incapaz de soportar tanta presión. El aire convertido en grito escapó de sus pulmones, la selva semejó temblar y las mariposas, asustadas, emprendieron el vuelo agitando sus alas mientras los intensos rayos del sol, ya liberados, bañaban la piel de los amantes, y eran tan brillantes, tenían tanta fuerza, que deslumbraron a Dafne incluso a través de los párpados cerrados. Hasta el águila arpía, majestuosamente posada en la soleada copa de un árbol gigante, se estremeció.

¿Era aquello un orgasmo o era el mismísimo Amazonas que la ahogaba mientras su corriente la arrastraba y un feroz oleaje no cesaba de agitarla?

Cuando anegada en sudor abrió los ojos, no vio las ramas de la palmera, tampoco el sol y mucho menos el río acunándola. Sí descubrió el rostro de Oliver, sus ojos verdosos brillando en la penumbra lechosa.

El sí estaba desnudo y todavía sobre ella. Su respiración jadeante

aún no se había normalizado.

Bajo su cuerpo no había arena sino las sábanas del lecho. Aún aturdida y convulsionada por las terribles sensaciones físicas que acababa de experimentar, sus ojos fueron desplazándose por las paredes conocidas, por los distintos muebles que arropaban la alcoba.

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde vas a estar? En casa, en nuestro dormitorio.

Cuando Oliver se ladeó apartándose ligeramente, la mujer dio un pequeño brinco y alargó su mano para encender la lamparilla. La luz trajo consigo la evidencia.

—Yo estaba soñando y tú, tú...

—Sí, me he metido en la cama como un ladrón. Te he visto tan hermosa, tenía tantas ganas, que no he podido entretenerme en despertarte.

—Pero, ¿de dónde sales? ¿De verdad estás aquí?

—Claro que estoy aquí, no soy ningún aparecido.

—Creía que era un sueño, un sueño asombrosamente real.

Le abrazó con toda la fuerza de que era capaz y comenzó a besarle como temerosa de que él pudiera disolverse en la oscuridad como un fantasma de ectoplasma.

—Hemos llegado al aeropuerto del Prat mucho más tarde de lo previsto, se nos han ido acumulando los retrasos.

—¿Por qué no me avisaste que volvías? Pensaba que, como mínimo, aún tardarías una semana.

—Los viajes te inquietan tanto que he preferido no decírtelo para que no te pusieras nerviosa.

—¿No teníais que ir también a Chile?

—Los mandamases de la empresa han dado orden de que regresáramos y nosotros, encantados, estábamos hasta el gorro de tanto viaje.

—Ha sido horrible, tenía miedo de que sufrieras un accidente, de que cayeras en brazos de otra mujer.

—Eso no hubiera sido un accidente.

—El accidente lo hubieras sufrido después, cuando yo te pillara por mi cuenta.

Siguieron conversando, besándose, abrazándose. El sueño había huido totalmente de Dafne, se sentía eufórica, vital y despejada, con la mente clara y lúcida, su persistente migraña se había esfumado como por arte de magia. Oliver ya estaba allí, a su lado, él era la droga que le permitía vivir y ya le había desaparecido el "mono" de la abstinencia. Volvieron a amarse; aún perturbado por el *jet lag*, Oliver no confiaba en poder dormirse con facilidad y aún no se había inventado una manera más divertida de aprovechar el tiempo.

Cuando Dafne despertó a la mañana siguiente, comprobó que Oliver dormía profundamente, vencido al fin por la fatiga. Se levantó procurando no hacer ruido y se dirigió al baño. Estaba llenando la bañera de agua caliente para borrar los rastros que la tempestuosa noche había dejado en su cuerpo cuando, de pronto, fue consciente de que aquel mes no estaba tomando pastillas.

Un poco alarmada, buscó en un cajón el calendario con las previsiones que le hiciera su abuela, suponía que basadas en el ciclo lunar que correspondía también con el ciclo femenino. Según aquel calendario, no estaba en sus días tabú.

Se bañó con toda tranquilidad, complaciéndose con la voluptuosa caricia del agua caliente sobre su cuerpo y se dirigió después a la cocina donde preparó el desayuno mientras canturreaba llena de felicidad.

Transcurrieron los días y en la fecha prevista, no recibió la habitual

“visita” de todos los meses. Algo alarmada, consultó con su amiga Martina que parecía saberlo todo sobre el tema.

—He descansado un mes de las pastillas y no me ha venido la regla cuando yo esperaba.

—Bueno, después de un descanso no puedes pretender que te venga el día exacto, suele demorarse un poquito, piensa que tus ovarios han de ponerse otra vez en marcha, no te preocupes, es perfectamente normal. ¿Cómo le va a Oliver el viaje, cuándo vuelve?

—Uy, si ya hace más de tres semanas que volvió, al final no se pasaron por Chile como estaba previsto.

Continuaron hablando, del viaje de Oliver y de temas diversos, especialmente de Pilar; ella y el médico chileno andaban por Barcelona buscando un piso asequible, algo imposible en una ciudad que apenas tenía suelo edificable.

Dafne y Martina se despidieron enviándose besos mutuamente y prometiéndose comer juntas cualquier día.

Dafne sentía crecer su inquietud, especialmente porque comenzaba a notarse bastante rara. Despertaba ya fatigada, sin ganas de moverse de la cama y el propio Oliver tenía que darle unas palmadas en el trasero para obligarla a levantarse. Y luego venían las náuseas, los vahídos. Desayunaban juntos, pero después, cuando él ya se había ido, unos molestos e incontenibles vómitos se presentaban con fastidiosa regularidad.

Telefoneó a Martina y le explicó qué le pasaba; no se atrevía a visitar a un médico porque daba por seguro que éste la recriminaría por haberse auto-recetado el anticonceptivo que, por lo visto, le había causado algún desequilibrio. Martina se hizo cargo rápidamente de la situación.

—Por supuesto, no te ha venido el período.

—Pues no, no entiendo cómo se me retrasa tanto, soy muy regular en estas cosas.

—Mira, hoy vamos a comer juntas, pero en tu piso.

Al mediodía, Martina se presentó llevando un pequeño estuche comprado en la farmacia.

Ambas se leyeron el folleto cuidadosamente pese a las protestas de Dafne que, con mucha suficiencia, aseguraba que aquella prueba era innecesaria, que todo debía ser producto de una alergia o algo por el estilo.

Martina no le hizo caso alguno y cuando el resultado del *test* fue visible, se lo mostró sin disimular una sonrisa de burla.

—Estás “muy” embarazada, Dafne.

—Imposible, tomé pastillas varios meses seguidos, luego...

—Descansaste, perfecto, y fue como hacer un tratamiento de fertilidad. Después del reposo, tus ovarios dijeron “allá vamos” y éste es el resultado. Mira que si tuvieras gemelos, menuda barriga iba a ponérsete.

Dafne, muy pálida, tuvo que sentarse; las piernas le temblaban.

—Ha de haber un error.

—¿Error, por qué te empeñas en negar la evidencia? Oliver volvió de viaje antes de lo previsto, ¿no? Y aparte de esas semillas de árbol que llevaba en su equipaje, seguro que iba cargado de otras semillas.

Con las mejillas arreboladas, Dafne no tuvo más remedio que asentir.

—No obstante, antes de decirle nada a Oliver, corroboraré la noticia con un médico. ¿Tu ginecólogo es bueno?

—Tú ya tienes que pasarte por el tocólogo... La verdad, me sorprende que hayas actuado con tanta falta de previsión; si no querías tener hijos hasta que Oliver estuviera bien amarrado con firmas y pólizas, te has lucido. Eres tan tonta que, aunque trates de disimularlo, se nota en seguida que eres de ciudad. —Martina había

nacido en un pueblo de la plana de Vic y nunca desaprovechaba la ocasión de arremeter contra los de Barcelona—. Cuando se descansa de las pastillas, hay que usar el “póntelo-pónselo”. ¿O es que tampoco sabes qué es eso?

Aquella noche, después de las diez, la abuela Cinta la llamó como solía hacer, aprovechaba que las tarifas telefónicas eran más baratas y así podían enrollarse un poco hablando. Y lo primero que le soltó fue:

—Oye, nenita, ¿por casualidad no estarás embarazada? A tu laurel le está saliendo otra rama en la base, y es muy recta y vigorosa.

Después de aquello, Dafne pensó que era inútil esperar un diagnóstico negativo del tocólogo; ya lo sabía hasta su abuela en el pueblo.

Aquella noche, abrazada a Oliver en la cama, ocultando su rostro en el pecho masculino como si hubiera hecho una de gorda, le confesó sus sospechas.

—Toda la culpa es tuya, me atrapaste por sorpresa, dormida e indefensa.

—Yo pensaba que tomabas pastillas, te observaba por las noches y veía que nunca te las descuidabas...

—Como ese mes estabas fuera, dejé de tomarlas, pensaba que eran innecesarias. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues yo, poca cosa más, ya he hecho los deberes y con buena nota, ahora es asunto tuyo; ya sabes, a lo hecho, pecho, y en este caso es imprescindible.

—Yo no quería ser madre estando soltera y nuestra situación económica tampoco es boyante.

—Cuando el niño llegue, mis deudas estarán todas saldadas, tranquila que podremos comprar pañales. En cuanto a estar casados, yo me siento unido a ti hasta la muerte, eres la mujer que amo, mi compañera, eso está escrito en mi corazón y no necesito que una autoridad lo corrobore con su firma, lo que vale es que tú y

yo deseemos vivir juntos, amarnos, sernos fieles y respetarnos. Que los papeles no son ninguna garantía para que una unión sea sólida lo corrobora mi propio caso o el de tus padres.

—Cuando por fin obtengas el divorcio, te casarás conmigo por lo civil y por la iglesia, no te escapas.

—Y por el rito budista también si te empeñas. ¿Sabes una cosa? A mí me encanta la idea de ser padre, por eso volví sin avisar, a ver si te pillaba desprevenida.

—¿Y si hubiera estado con otro hombre, qué?

—Te mato.

—A Bibí no la mataste.

—A ella no la quería como a ti, no merecía la pena ensuciarse las manos, y no me provoques con esas cosas ni en broma, tú eres mía en exclusiva. ¿Sabes que en la selva dicen que el hombre que rompe el virgo de una mujer ya es su dueño para siempre? Y te prohíbo que mimes más al niño que a mí, yo he de seguir siendo el rey de la casa. ¿Ha quedado claro?

—Unos pocos días en la selva pueden borrar años de civilización urbana, porque has vuelto de un silvestre...

Cuando volvió a hablar con su abuela, ésta no perdió tiempo en hacerle un montón de recomendaciones:

—Para los mareos matinales te irá de maravilla tomar miel de azahar, pero tranquila, en cuanto entres en el tercer mes habrán desaparecido esas molestias, no tienen ninguna importancia. Es un niño, lo sé por la forma en que ha brotado la nueva rama en tu laurel. Dile a Oliver que se ponga, he de felicitarle, sabía que no me fallaría...

Hasta el propio *monsieur* Balthazar se mostró complacido cuando supo que Dafne esperaba un bebé.

—Tu abuela debe estar muy contenta con la noticia.

—Sí, no pude verla, pero seguro que se puso a dar saltos, se pasaba la vida repitiendo que no quería morirse sin un bisnieto.

—Entonces, si está tan contenta, también estará más asequible, supongo.

—¿Quiere usted aprovecharse de su euforia?

—Bueno, me gustaría verla, charlar, incluso discutir un poco con ella. Me habló de que tiene unos incunables en su biblioteca que son fabulosos y he pensado que no sería mala idea visitarla este fin de semana. ¿Queda muy lejos su pueblo?

Dafne abrió un cajón del escritorio y sacó una hoja de papel en la que había dibujado un mapa.

—Ya era hora de que se decidiera.

—Caramba, que eficiencia la tuya, ya habías preparado el mapa, me adivinas el pensamiento.

—¿Si le cuento un secreto, no se lo dirá a mi abuela?

—Seré una tumba, *chérie.*

—Ella misma me sugirió que se lo dibujara para que no se perdiera usted.

Epílogo

Las amplias calles del polígono industrial estaban muy solitarias a aquellas horas del atardecer, los camiones solían descargar a primera hora de la mañana, justo al iniciarse la jornada.

El cielo, fosco y huraño, cubierto de densas nubes de color lila, rechazó ser coloreado con las pinceladas de luz roja del ocaso.

Rachas de viento casi helado se filtraban entre las naves y producían estremecimientos. Las ramas de ningún árbol se agitaban, nadie se había molestado en plantarlos, la belleza allí no parecía necesaria.

En una esquina, tres hombres admirados rodeaban una enorme motocicleta, era muy nueva, agresiva y absolutamente llamativa. Su carcasa verde refulgía como el caparazón de un insecto gigante, quizás una mantis religiosa capaz de devorar al macho que osara montarla.

Uno de los hombres era Albert; el otro, un desconocido para Dafne, tenía los ojos azules, vacuos y fríos. El tercero era Oliver. Estaba inclinado junto a la máquina y parecía acariciarla con sus manos que casi temblaban, ansiosas de poseerla.

Semejaba un niño deslumbrado ante un juguete que le alucina. No llevaba casco, el viento frío e intenso agitaba su cabello oscuro e indómito. Su rostro afeitado mostraba ya la sombra azulada de la barba incipiente.

Como dominado por una pasión a la que no podía resistirse, Oliver no tardó en colocarse a horcajadas sobre la máquina que no rechazó el peso de su cuerpo. Sus piernas fuertes la abrazaron y su abdomen se pegó al depósito como si éste fuera la espalda de una hembra receptiva; el puesto de conducción era muy *racing*.

—Puedes correr hasta doscientos cincuenta y el sistema de frenos te

permitirá apurar la frenada al máximo —le incitó el hombre de los ojos vacuos.

Oliver asintió con la cabeza, parecía absolutamente fascinado por poder manejar aquella máquina a la que ansiaba dominar a su antojo. No tardó en arrancar y por el tubo de escape, negro y pavonado, semejó escapar la cola de fuego de un cohete. Y como un auténtico cohete salió disparado, devorando el asfalto del polígono industrial.

El hombre, como loco, dio vueltas y más vueltas, describiendo arriesgadas curvas. El peso de la máquina, siendo excesivo, no era un obstáculo para sus brazos fuertes.

Albert y el otro individuo, muy quietos en la acera, casi inmovilizados por el frío, sólo veían pasar una ráfaga negro-verdosa que daba vueltas por el improvisado circuito sin apenas producir estruendo porque el motor funcionaba con una finura endiablada, su sonido era casi como la estridulación de un insecto.

¿De dónde habría escapado el perro negro y enorme, de fauces babeantes, que de pronto irrumpió en la calzada, todavía con la larga cadena colgando de su cuello?

Oliver, lanzado en la feroz carrera, le descubrió de súbito, sólo tenía unas fracciones de segundo para intentar esquivarlo y lo hizo desviándose apenas. A la endiablada velocidad de la máquina, fue suficiente para rebasar el bordillo, subirse a la acera y arremeter como un proyectil contra el muro de hormigón de una de las naves.

La mantis religiosa de color verde, satisfecha ya, agitó el lomo para desprenderse del cuerpo descabezado del macho que todavía se agitaba sobre ella en las últimas convulsiones de aquel orgasmo brutal conque culminaba una posesión que le llevaba a la muerte tras la batalla de dar vida.

Dafne Marés se agitó en el lecho, un sudor frío bañaba su cuerpo aún atormentado por la zozobra del horrible sueño. Todo, todo quedaba archivado en la memoria y esa memoria, a veces, se vengaba maligna. Mezclaba, alteraba, fusionaba vivencias con

miedos antiguos o placeres recientes y el resultado, lo mismo podía ser hermoso que dantesco como la pesadilla que acababa de sufrir. Suspiró. Acarició su vientre ya muy abultado y a través de él, a la criatura apoyada contra su corazón. En cuanto naciera, tenía que explicarle que sólo el amor crea vida en la Nada. Sin abrir los ojos, alargó su diestra y palpó buscando la tibieza de las sábanas que indicaría la proximidad del cuerpo de Oliver: las sábanas estaban frías, la cama vacía.

fin

Sobre la autora.

Miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España, nº 2578.

Información profesional actualizada en

http:// angelsgimeno.blogspot.com/

Tres de sus novelas publicadas: "El diablo azul", "Como un tiburón" y "El vestido, conforman la imaginativa trilogía "Barcelona Mágica". Estas obras ya van por su tercera edición, las dos últimas ediciones en Miami, FL, USA. (Olimpic, Portilla Publishing y Lady Valkyrie Publishing) para los lectores de habla hispana. Estas novelas están grabadas en audio por destacados actores y son comercializadas internacionalmente a través de la escandinava Saga Egmont en las plataformas Sonolibro, Storytel, Audioteka, etc. etc.

También ha editado: "El químico escéptico" y "La escritora fantasma" en Lady Valkyrie Publishing, Miami.

Ha editado "CREATIVOS DE LA VIEJA EUROPA", compendio de distintas biografías de creativos residentes en España. Portilla Publishing, Tampa FL.

En enero 2020 publica en OmniaBooks su novela "El diable blau" versión catalana.

Ha participado en la antología "Vintage'63", editada por Sportula (Gijón), con el relato "La masajista del presidente", inspirado en JFK.

Participa en la antología de relatos "Pájaros en la cabeza, mariposas en el estómago" editada por "Abrete libro", Madrid con su relato "Vivir en el delirio – Parmigianino".

La Biblioteca del Congreso de Washington DC ha grabado novelas suyas para lectores de habla hispana con problemas visuales, libros compartidos por distintas bibliotecas estadounidenses.

Relatos premiados en concursos literarios:

"L'abric Vermell", en lengua catalana, premio Sant Jordi 2018 de La Bisbal del Penedès.

"Homo hominis lupus", 1er. Premio Sant Jordi 2019 -La Bisbal del Penedès.

"La cuerda sagrada-Shimenawal", premiado en el concurso de fantasía nipona Cooljapan, publicación en antología KAIDAN de Ediciones Babylon, 2018.

"Viure en el deliri" (Parmigianino) – Concurs de la Vila de Gràcia.

Durante años, con pseudónimo, ha sido editora de obras de ciencia ficción, terror, románticas, novela negra, etc. con traducciones en Portugal y Brasil.

Reportajes sobre seguridad ciudadana publicados en la revista «Vivir en Barcelona». Es co-autora del libro "La ciencia ficción española", Ediciones Robel, Madrid 2002.

En la semana dedicada a la novela negra BCNegra 2019 forma parte de la mesa redonda inaugural de dicha exposición en la Biblioteca Jaume Fuster, Barcelona.

Publicación mensual en El Tunche, compendio de relatos de diversos autores, temática fantasía, suspense, ciencia-ficción y terror. Editorial Altolibros.

Barcelona, septiembre del 2022.